L · I · B · R · E

Pensamiento

primavera 2006 | 5 euros

51

DOSSIER:

SER PRECARIOS
adaptables y vulnerables

Situarse en contratiempo

CHINA: cambios internos y papel internacional

COSAS Y MÁS COSAS: Una visión trapera

índice

Consejo Editorial
Félix García, Antonio Rivera, Agustín Morán, Jose Luís Arantegui, José Antonio Carretero y Ángel Luis García.

Director-Coordinador
Chema Berro

Coordinación técnica
Mikel Galé

Producción
Secretaría de Comunicación de la CGT

Diseño e impresión
Textos i Imatges S.A.

Redacción
Calle Sagunto, 15. 28010 Madrid
Tel. 902 19 33 98. Fax. 914 45 31 32
e-mail: suscripciones@rojoynegro.info
web: www.rojoynegro.info

Depósito Legal: V-1735-1991
I.S.S.N: 1138-1124

L · I · B · R · E
Pensamiento

PAPELES DE REFLEXION Y DEBATE

CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO (CGT)

Nº 51 – PRIMAVERA 2006





A.R.C.E.
(Asociación de Revistas Culturales de España)

editorial

La actuación terrorista de ETA venía siendo, ya tiempo ha, una fuente de estatismo en las dos acepciones que de esta palabra recoge el diccionario: incremento del Estado y fortalecimiento de la quietud. Cierto que para el incremento del Estado y de la pasividad social, que es su correlato, el poder político utiliza cualquier circunstancia de acción u omisión, pero la acción de ETA, el terrorismo, ha sido la circunstancia más útil y duradera de cuantas el Estado hubiera podido encontrar a su alcance.

Sin embargo, no vale reducir el terrorismo a coartada del Poder ni tratar de suavizar su horror en contraposición a los numerosísimos actos de violencia atroz y cotidiana del capitalismo y del estatismo. La etapa reciente, la que ahora se intenta cerrar, viene definida por el terrorismo de ETA y es responsabilidad suya, de quienes han cometido y alentado esos actos. Es cierto, también, que simultáneamente se han cometido actos de terrorismo de Estado con víctimas mortales y otras arbitrariedades legales y policiales que habrá que cargar en su cuenta de responsabilidades. Pero eso no invalida ni suaviza la afirmación anterior de la responsabilidad central de ETA, ni hace aceptable el que esas responsabilidades se contrarresten.

Además, para quienes nos planteamos un trabajo social, el terrorismo -por lo menos el terrorismo entrado en lo sistemático y previsible-, por su encarnizamiento explícito y por su ruptura de cualquier hilo conductor entre medios y objetivos, adopta un carácter socialmente más dañino, añadiendo a la barbarie de nuestro tiempo el venir a cerrar el círculo y a darle un carácter de clausurado y para siempre, ya que impide o reduce a la impotencia cualquier otra forma de contestación social. No es poco.

Dada la situación en la que nos encontrábamos, la tregua permanente es la opción menos mala de cuantas podían producirse en relación a la actuación de ETA. La importancia del anuncio de tregua se reduce a abrir la posibilidad de poner fin a una época realmente ignominiosa para el conjunto de la sociedad. El ser esta opción la menos mala le convierte en una magnífica noticia, inicio de un proceso cuya culminación es absolutamente deseable y al que todos, cada uno de acuerdo a nuestras posibilidades, tendremos que contribuir, pese a las muchas reticencias y aun repugnancias que durante su andadura se nos puedan despertar.

Aunque esa culminación no añada horizontes y posibilidades a la actual situación, sí que solucionaría, y no es poco, el problema que ETA venía suponiendo, incluso para su propia causa. Ese final de una actuación degradada y degradante es de por sí una buena noticia, teniendo además la ventaja de que quizás nos permitirá ver y abordar el conjunto de la realidad en su normalidad nada halagüeña.

El proceso entre el anuncio de tregua y el acuerdo definitivo no va a ser, previsiblemente, un incentivo para la participación. La de la negociación es una etapa continuadora de la de guerra y durante ella el protagonismo va a seguir correspondiendo a los que lo han detentado en la anterior. Cierto que surgirán plataformas más plurales, pero, aunque adopten las formas de cauces de participación, no pasarán de ser instrumentos de aglutinación de fuerzas en torno a las posturas previamente establecidas, y seguiremos durante ese proceso en la misma dinámica dicotomizadora y excluyente que ha imperado durante el conflicto. Nos pacificarán -y eso sigue siendo deseable- los mismos que nos han mantenido en guerra.

Tampoco ese final va a significar algún grado de asunción de responsabilidades de todas las barbaridades cometidas, y esa no culpabilización se hará más dañina que las justificaciones utilizadas en la etapa de conflicto porque adquirirá carácter más definitivo, también porque llevará a la confusión entre la previsible y conveniente anulación o suavización de las consecuencias judiciales de esas actuaciones y su responsabilidad moral, que en ese momento debiera quedar más notoria. Esa no asunción impide cualquier reconocimiento real de las víctimas y de restañación de heridas, pese a que puedan producirse declaraciones que lo parezcan.



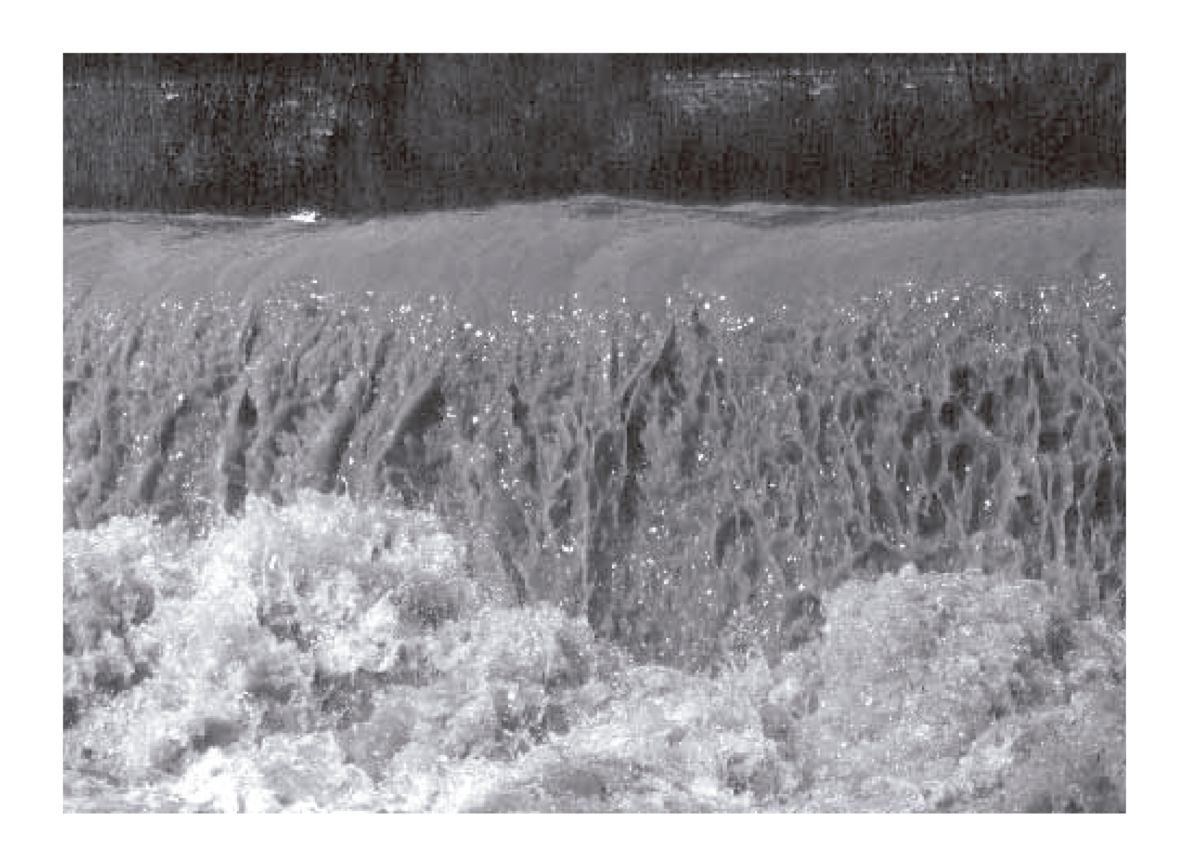
Pero todo eso, sin darlo por bueno, habrá que dejarlo para más adelante. A la realidad no se le puede pedir en cada momento más de lo que puede dar de sí y ahora habrá que conformarse con que ese conflicto no produzca más heridas ni víctimas ni conculcaciones de derechos, admitiendo incluso el que los agentes causantes sigan explicando lo inexplicable y traten de ocupar posiciones ventajosas. Esos aspectos negativos, que hoy no pueden plantearse como obstáculos al actual proceso, una vez culminado éste habrá que tratar de recuperarlos como no olvido y como propuestas que avancen en lo que hoy quede relegado.

Para terminar, tendríamos que tratar de reflexionar sobre lo que a nosotros mismos se refiere. En primer lugar, habría que reconocer que nuestra actuación durante el conflicto, siendo clara, no ha sido suficientemente explícita. Con todos los atenuantes de nuestra desigual incidencia y las dificultades que eso añade a la posibilidad de ejercer unas posturas propias, no hay que ocultar que el miedo a caer (o a que nos encasillaran, que es peor) en las posturas del poder nos ha restado valentía para explicitar y concretar esa postura contraria a la lucha armada que, en teoría, era suficientemente clara entre nosotros.

Un segundo aspecto del que aprender se refiere a los conflictos, los métodos de lucha y la negociación. En el caso que nos ocupa, el ejemplo en negativo es claro: existe un conflicto inicial que se trata de solucionar mediante un método de lucha; el método de lucha elegido y mantenido hasta el empecinamiento acaba convirtiéndose en el problema y desplazando al conflicto inicial hasta el punto que la negociación final se centra en los problemas generados por el método de lucha.

Frente a esa forma de hacer, necesitamos unos criterios radicalmente distintos. Nuestra tarea inicial es la de que las numerosas situaciones de injusticia se traduzcan en conflictos sociales. Para ello proponemos y adoptamos unas formas de actuación que tienen que ser acordes con el objetivo que se proponen conseguir, siendo fundamental que no se conviertan en atrapantes, sino que en cada momento puedan ser puestas en cuestión y rectificadas, para lo que es imprescindible que los protagonistas del conflicto participen y lo dirijan no sólo en sus objetivos sino también en las formas que adopta, entendiendo las modificaciones que en ella deban producirse, de modo que ni el método de lucha ni la CGT, en cuanto parte actora, acaben convirtiéndose en obstáculo para una posible solución. Para finalizar, la negociación no cierra habitualmente el conflicto sino que lo sitúa en otro plano, y una buena negociación, además de conseguir objetivos, nos tiene que situar en una mejor posición para seguir haciendo frente a la situación: habitualmente objetivos conseguidos y posición adquirida van unidos, pero no siempre y en esos casos debemos valorar más la posición que los logros.

Por último, la desaparición de una forma de actuación, violenta hasta el absurdo y de efectos altamente contaminantes, como la que ha venido manteniendo ETA, debe dejarnos el campo libre a la búsqueda de nuevas formas de acción que acaben con el testimonialismo adormecedor y resignado en el que están instaladas con frecuencia las causas sociales. Las formas de acción directa no violenta debemos planteárnoslas con la exigencia e iniciativa necesarias para que desarrollen su carácter de violentación de las numerosas situaciones de injusticia y arbitrariedad y de presión sobre los agentes que las causan.





A Contratiempo

Tomás Ibáñez

Lo propio de los tiempos es que cambian y que nos hacen cambiar con ellos sin que ni siquiera lo notemos.

No era precisamente ayer, pero tampoco han transcurrido tantos años desde los tiempos en los cuales las manifestaciones de protesta popular tenían que revestir necesariamente ese tono serio, severo y gris tan propio de los asuntos importantes sobre los que no se suele bromear. Incluso en los países donde ocupar las calles no era por aquel entonces tan arriesgado como en España, a nadie se le hubiese ocurrido hace tan solo cuatro décadas entrelazar la lucha con la fiesta, y la mera idea de que algún día nos movilizaríamos contra la guerra a ritmo de salsa se habría contemplado sin duda con una enorme perplejidad teñida probablemente de cierta reprobación.

Sin embargo, instalados en una sociedad donde el acontecimiento, la imagen, lo festivo, el espectáculo y lo mediático han pasado a ocupar un lugar preeminente, hoy nos parece perfectamente natural que las manifestaciones contestatarias adopten tonos festivos, cuiden los aspectos estéticos y procuren captar la atención de las cámaras de televisión para verse convertidas en unas imágenes que son, paradójicamente, las que les confieren realidad. Por supuesto, nadie decidió un buen día que las movilizaciones políticas podían dejar de ser solemnes y graves, simplemente ocurrió... No fue por casualidad, claro, sino porque las características dominantes de una determinada época impregnan subrepticiamente todo lo que en ella se produce, incluida la expresión de las propias resistencias que las cuestionan. Se dirá quizás que esa impregnación y esa mimesis solo afectan a las formas y se limitan a moldear la expresión o la manifestación de la protesta, dejando inalterados sus contenidos y sus resortes, sin embargo, no está tan claro que la independencia entre formas y contenidos sea menos ilusoria que la que algunos postulan entre fines y medios.

No estoy sugiriendo que el discurso del antagonismo social no deba estar en consonancia con el tiempo en el que se expresa, en esa sintonía radican precisamente sus claves de inteligibilidad, y está claro que ese discurso debe hablar con las palabras de su época si pretende llegar a sus destinatarios. Pero también está claro que es en este esfuerzo por sintonizar con las formas establecidas de la discursividad contemporánea donde radica el peligro de no hacer finalmente sino lo que los tiempos presentes pretenden que hagamos, limitándonos a seguir la corriente en lugar de procurar torcerla.

El reto consiste probablemente en conseguir pensar y actuar *a contratiempo*, pero sin dejar por ello de *pertenecer plenamente a nuestro tiempo*. Se trata, en suma, de asumir plenamente la incómoda tensión generada por la doble exigencia de sintonizar plenamente con el presente y de contradecirlo radicalmente.

La solidaridad antagonista

Una breve mirada sobre la evolución histórica del concepto de solidaridad y de las prácticas solidarias puede ser útil para ilustrar las implicaciones de esa tensión. Han bastado algunas décadas para que la expresión "Solidaridad Obrera" deje de ser una expresión hasta cierto punto redundante. En los tiempos de mayor difusión del periódico cenetista así titulado no era estrictamente imprescindible añadir la palabra "obrera" para especificar el sentido del término "solidaridad". En efecto, el propio concepto de solidaridad remitía directamente a la experiencia de las luchas obreras porque fue en su seno donde fue inventado, y porque sus claves de sentido se forjaron en el fragor de los conflictos sociales.

A lo largo del siglo 19 las prácticas de ayuda mutua y los lazos de unión que se fueron creando en el seno de las resistencias obreras rescataron un concepto urdido en el ámbito jurídico del derecho romano y lo traspasaron paulatinamente al ámbito moral. Es así como la solidaridad pasó de designar la responsabilidad jurídica indivisa contraída por varias personas en un determinado asunto (responsabilidad "in solidum"), a designar la ayuda proporcionada por unos trabajadores a otros trabajadores implicados en una lucha. Lo que se extrapolaba de esta forma desde el ámbito jurídico al ámbito moral no era sino la afirmación de que la suerte de los trabajadores estaba unida *de forma indivisa* tanto en las victorias como en la derrotas protagonizadas por una parte de estos.

Sin duda, la solidaridad representaba tan solo una de las diversas manifestaciones de las conductas de ayuda, y coexistía en el ámbito moral con otras prácticas como por ejemplo la caridad cristiana. Sin embargo, aun compartiendo ciertos aspectos las diferencias entre la solidaridad y la caridad eran clamorosas. Dar cobijo y sustento a los hijos de los huelguistas de La Canadiense no era tan solo proporcionar una ayuda bien intencionada a quienes la necesitaban, era también involucrarse en una lucha que se reconocía como propia aunque fuese protagonizada por otros. En tanto que vinculaba de forma indisociable la ayuda con la lucha, la solidaridad desbordaba la simple compasión y lanzaba un autentico *grito de guerra* porque la desdicha que la suscitaba era causada, tenía responsables, y era preciso ayudar a vencerlos. Las cajas de resistencia promovidas por los sindicatos no pretendían tanto dismi-

nuir los sufrimientos de los huelguistas como aportar municiones para seguir disparando al enemigo. El gesto solidario era un gesto eminentemente bélico, el apoyo que se brindaba tenía una finalidad precisa y un destinatario específico, la ayuda prestada remitía implícita pero directamente a la violencia, material o simbólica, que anidaba en un conflicto donde el antagonismo irreconciliable de las partes enfrentadas era tan evidente como lo era su dimensión política.

La solidaridad desarmada

Pero los tiempos cambian... Hoy la expresión "Solidaridad Obrera" ha dejado de ser redundante y es preciso adjetivar la solidaridad si se quiere acotar uno de los múltiples sentidos en los que se ha fragmentado. De hecho, el concepto de solidaridad se ha resignificado mediante un doble proceso de institucionalización que ha desactivado por completo su carga política.



Por una parte, se nos convoca periódicamente para brindarnos la oportunidad de expresar nuestros más elevados sentimientos participando desde casa en actos solidarios multitudinarios. Las impresionantes fiestas de la solidaridad organizadas regularmente por las televisiones combinan con maestría la incitación a la compasión con el espectáculo y con la diversión. En una sociedad basada en la lógica de la mercancía es obvio que ni siquiera los sentimientos podían quedar al margen de un mercadeo donde se consumen emociones y se les pone precio. Nuestra generosidad se ve espoleada por la erótica de participar en un acontecimiento importante- y lo es puesto que la televisión habla de él-, donde se puede incluso batir eventualmente algún record de donativos o de donantes, y donde ser solidario resulta al fin y al cabo sumamente liviano. A esas convocatorias periódicas, donde la solidaridad queda convertida, ella misma, en espectáculo, se suman convocatorias circunstanciales ante acontecimientos puntuales como las catástrofes naturales o provocadas por la mano humana, y se añaden emotivas campañas para afrontar algunos problemas endémicos como el hambre o las enfermedades.

Por otra parte se ha institucionalizado progresivamente la ayuda prestada de forma benévola a quienes están aquejados de las más diversas carencias y necesidades encomendando a las ONG y al voluntariado la creación de una red donde la solidaridad encuentra un permanente cauce de expresión.

Este doble proceso ha vaciado la solidaridad de sus antiguas connotaciones y le ha conferido unos rasgos *diametralmente opuestos* a los que presidieron a su desarrollo en el siglo 19 y en la primera mitad del siglo 20. Se ha evacuado toda referencia implícita a la lucha, a la violencia del conflicto social entre pudientes y explotados, y al intenso sentimiento de pertenencia a uno de los dos polos antagonistas. La solidaridad ya no evoca hoy el enfrentamiento social y político, ni la férrea voluntad de derrotar al adversario. Situada a mil leguas semánticas del enfrentamiento, tan solo evoca bondad y comunión de todos los seres humanos en un gran impulso de ayuda mutua que ignora lo político y que remite exclusivamente a los buenos sentimientos potenciando un clima general de papanatismo bien intencionado.

Esta claro que la solidaridad que se ejerce desde las posturas antagonistas se desmarca de las prácticas solidarias hoy dominantes, pero ¿cuantas veces cedemos, individual o colectivamente, a las presiones para contribuir "solidariamente" a paliar tal o cual desgracia acaecida en tal o cual parte del mundo, o para ayudar a resolver tal o cual carencia o necesidad manifestada por un determinado colectivo, aportando así nuestro granito de arena a la mutación contemporánea del concepto de solidaridad?

El problema no radica tanto en los avatares que haya podido sufrir el concepto de solidaridad como en la sospecha de que, de la misma manera en que algunas de las características dominantes de nuestro tiempo se han incrustado en las prácticas solidarias, también estén contaminando otros planteamientos antagonistas.

El civismo universal

Los actos de protesta, los actos reivindicativos, deben ser festivos pero no pueden ser violentos. Pueden ser más o menos radicales en sus contenidos, pero de-



ben ser exquisitamente cívicos y pacíficos en sus formas. Los telediarios no dejan lugar a la más mínima duda al respecto: una manifestación *exitosa* es una manifestación que se ha desarrollado *en tono festivo,* lo cual indica que no se han producido incidentes y que todo ha transcurrido pacíficamente. Parece que por sobre de todas las cosas la violencia es lo que debe ser exorcizado, hoy, de la vida social.

Que la violencia que marca nuestra época sea, o no, mayor que la de otros tiempos es una cuestión opinable, pero de lo que no cabe duda es que la violencia ocupa actualmente un lugar mucho más visible y que su presencia es tan constante como lo son, simultáneamente, las voces que la condenan. La espectacularización de la violencia se une a la conciencia de la fragilidad del planeta para alentar en nosotros un enorme deseo de paz.

Por una parte, las pantallas de los televisores rebosan de una violencia cotidiana que irrumpe en nuestras casas con cada informativo: violencia de género, violencia terrorista, violencia militar, violencia urbana, catástrofes naturales o humanas, cadáveres, sufrimientos, y mutilaciones por doquier... Día sí y otro también quedamos saturados hasta la saciedad por una avalancha de imágenes que no pueden sino provocar el hastío por la violencia y que abonan el terreno para que seamos hipersensibles a las exhortaciones contra la violencia que repite machaconamente el discurso institucional.

Por otra parte, se estimula la convicción - a la cual el ecologismo ha aportado sin duda su granito de arena- de que estamos todos en un mismo barco. Un barco que conviene preservar de los temporales, y cuya seguridad no debe ser amenazada por nuestras disputas porque si se hunde nos vamos todos a pique con independencia de nuestro nivel de renta y de nuestras discrepancias ideológicas. Creciente convicción, por lo tanto, de que en tiempos de globalización y de incipiente conciencia planetaria se impone la solidaridad, entendida como reacción compasiva ante la desgracia que aqueja al prójimo, y se requiere la constante evitación de la violencia.

Así las cosas, podría parecer que solo quepa sumarnos con entusiasmo al grito generalizado contra la violencia, aplaudir sin reservas su erradicación de la expresión de los conflictos y de las protestas, y que sólo quepa, en suma, celebrar la larga marcha hacia la progresiva pacificación del mundo. Y esto es efectivamente lo que deberíamos hacer si la partida a la que se nos invita no estuviese amañada y si se generalizase el desarme. Pero, mira por donde, solo uno de los contendientes debe entregar las armas, mientras la violencia que ejerce su oponente, y su capacidad para ejercerla, no cesan de crecer y de incrementar su grado de sofisticación.

Ya sé que desde las posturas antagonistas se asume perfectamente este tipo de planteamiento, sin embargo, en la práctica, ¿cuantas veces salimos a la calle temerosos de que se produzcan incidentes que

descalifiquen nuestra protesta, y dispuestos a intervenir para evitarlos? ¿Cuántas veces autocensuramos la contundencia de nuestras respuestas colectivas frente a las injusticias y a los atropellos para que no se nos tache de "violentos"?

Por supuesto, no se trata aquí de elogiar la violencia ni de celebrar su ejercicio pero sí se trata de incitar a dejar de participar en el juego de su obsesiva descalificación sistemática, y de su criminalización por principio, mientras no se cuestione con el mismo ahínco la violencia de las instituciones y del capital. Estas breves anotaciones en torno a la violencia, o mejor dicho, en torno a la inconveniencia de dejarnos atrapar en la interesada hipocresía del discurso oficial que la repudia, solo pretenden subrayar la relativa facilidad con la cual las resistencias contra el sistema acaban por formularse en los términos que él mismo nos sugiere.

Contra el discurso dominante que dice incluso cómo debe ser el contra discurso, contra las fuerzas que nos empujan a ser mero reflejo de nuestro tiempo no hay otra alternativa que la de situarnos *a contratiempo*, y esto significa que es preciso *radicalizar* nuestro discurso y nuestro quehacer aún a riesgo de cosechar mala reputación y de cotizar a la baja en la bolsa de la respetabilidad mediática.

Pero hablar de radicalismo no deja de ser problemático y requiere algunas matizaciones.

El imprescindible radicalismo

El dilema entre radicalismo y posibilismo es tan antiguo como la propia política y su expresión moderna data de los anhelos revolucionarios decimonónicos. Está claro que el radicalismo reduce las audiencias mientras que el posibilismo las ensancha. El primero ronda la ineficacia absoluta porque la insignificancia de sus tropas hace que ni siquiera alcance a iniciar la larga marcha revolucionaria que propugna. Frente a la tentación radical un reciente lema advierte acertadamente: *"solos no podemos, y además no sirve..."*. El segundo se hunde en parecida ineficacia porque acaba reproduciendo los rasgos fundamentales de lo ya existente: meros cambios cosméticos, al final de un viaje transformador de tan corto vuelo que ni siquiera merecía ser emprendido. Se podría decir, con igual acierto: "*juntos podemos, pero de nada sirve...*".

> El reto consiste probablemente en conseguir pensar y actuar *a contratiempo*, pero sin dejar por ello de *pertenecer plenamente a nuestro tiempo.*

Sin duda, lo ideal consistiría en hallar ese delicado punto de equilibrio donde el radicalismo aún conserva alguna eficacia transformadora y donde el posibilismo aún no ha perdido toda la suya. Saber detenerse en la vía del radicalismo antes de desembocar en el aislamiento extremo, saber detenerse en el camino del posibilismo antes de ser engullidos por la lógica dominante.

El problema, por decirlo de forma gráfica, es que ambos caminos discurren por pendientes fuertemente inclinadas y que no existe sistema de frenada. El radicalismo, o no es propiamente tal o bien exige dar incesantes pasos en la búsqueda de una mayor pureza, mientras que el posibilismo exige que se ensanchen cada vez más las bases de los consensos. Ninguna de las dos trayectorias es capaz de estabilizarse en un punto de equilibrio, las dos llevan en sí mismas su propio exceso y su ineficacia final a la hora de provocar cambios sustanciales. El radicalismo exige un radicalismo cada vez mayor, el posibilismo exige unos planteamientos cada vez más edulcorados, ésta es la lógica interna de ambos planteamientos.

Pero si bien es cierto que, abandonada a sí misma,

ninguna de las dos corrientes es capaz de autorregularse, sin embargo sí cabe la posibilidad de que, forzadas a coexistir en el seno de un mismo proyecto como puede ser, por ejemplo, el de CNT o el de CGT, cada una contrarreste los excesos de la otra. La única exigencia para que esto sea posible es que no se rompan del todo los puentes que hacen posible esa tensa coexistencia. Como es lógico los riesgos de ruptura siempre afloran con mayor intensidad en las filas radicales que en las filas posibilistas puesto que unas anteponen los contenidos al número mientras que las otras están dispuestas a negociar los contenidos para incrementar el número de quienes los respaldan. Sin embargo, el hecho de que sean los posibilistas quienes sean más proclives a tolerar voces radicales en sus filas es una feliz casualidad porque son precisamente ellos quienes más están necesitados de voces que hagan contrapeso a sus tendencias evolutivas. En efecto, los radicales reman a contracorriente y por lo tanto solo su propia dinámica interna les empuja hacia la creciente exacerbación de su radicalismo, mientras que los posibilistas van en la dirección de la corriente, y esta contribuye pues a arrastrarlos con mayor rapidez hacia el preciso punto donde su eficacia transformadora queda neutralizada.

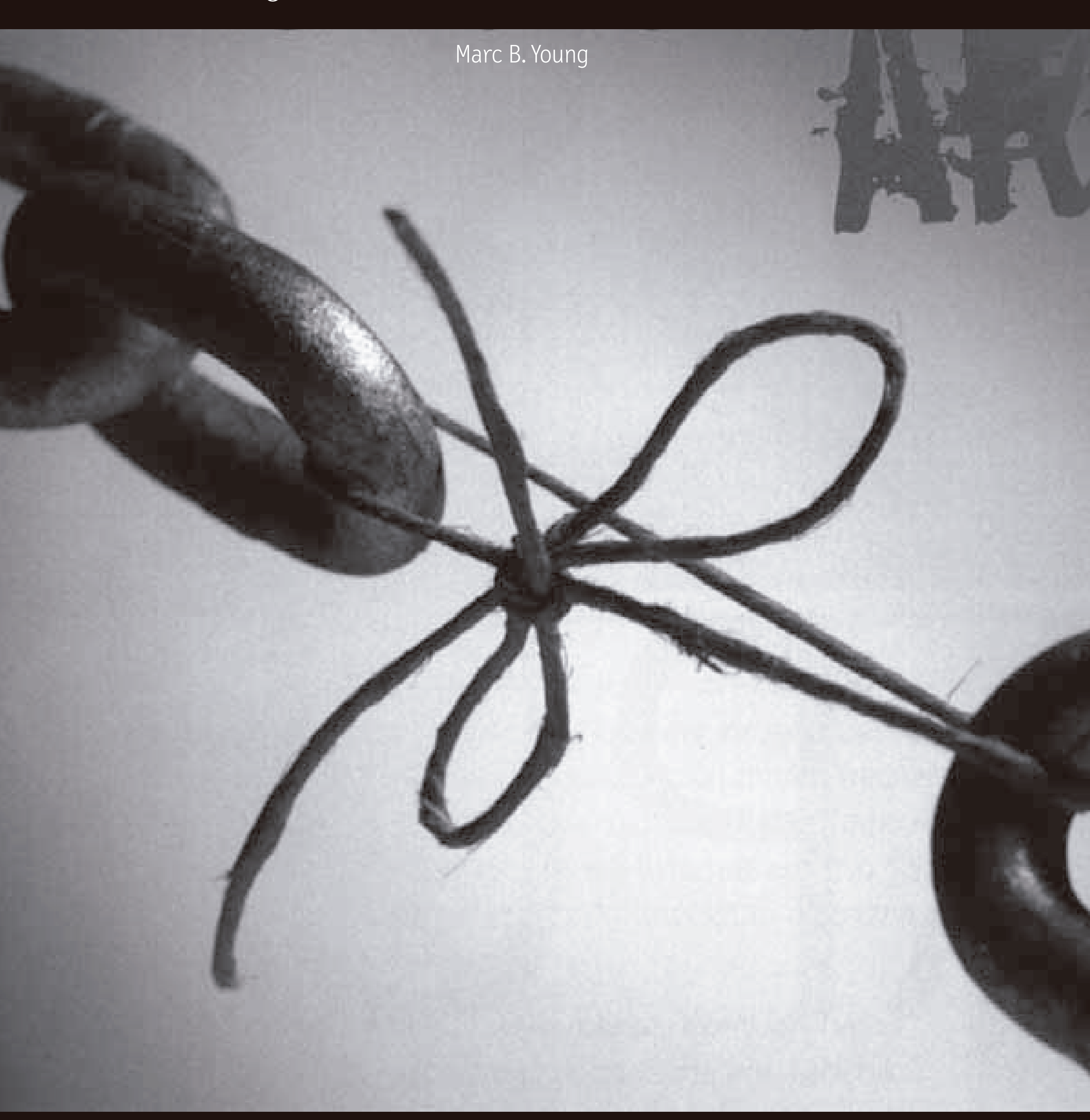
Dicho con otras palabras, desde la línea posibilista es mucho más difícil resistir a la simbiosis con las formas dominantes de producción de subjetividades, porque solo se puede *ser muchos,* y ser cada vez más, si se es como los consensos dominantes dicen que hay que ser. Es decir, conformes a los dictados de la época presente.

Desde la perspectiva de una transformación substancial de la sociedad contemporánea, ni el radicalismo ni el posibilismo tienen, por separado, posibilidad alguna. Su coexistencia es indispensable, a pesar de que ambos perciban al otro como un obstáculo que conviene neutralizar. Esto significa que es tan necesario y tan positivo militar en una u otra de estas dos corrientes puesto que ninguna es prescindible. Sin embargo, la creciente eficacia que están adquiriendo los medios de conformación de las subjetividades colectivas aconseja *situarse a contratiempo* y privilegiar, hoy por hoy, el fortalecimiento de *las voces radicales.*



AFL-CIO se rompe. ¿Crisis, renacimiento, o anécdota?

Marc B. Young



Durante el invierno de 2005, se quebró una federación sindical. Cuatro millones de trabajadores se van de una central laboral que contaba con trece millones (poco más de 10 por ciento de la clase obrera del Estado más poderoso del planeta) con un rico historial de lucha en las fábricas y minas de Norteamérica (pero armados para nuestro milenio con estrategias que se pueden resumir en el deseo de promocionar la suerte electoral del partido Demócrata).

Se trata de la Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO), cuyos líderes – una mezcla de apolíticos, liberales y socialdemócratas que, a pesar de su participación en el imperio-patriotismo obligatorio de su país, estarían más contentos viviendo bajo el *modelo social europeo* – se sienten frustrados. Saben muy bien que el gobierno de George W. Bush representa una forma radicalizada de la amenaza contra los trabajadores. Pero siguen siendo incapaces de movilizar a sus militantes ni contra la guerra ni la pobreza ni la precariedad. Esperan que los Demócratas puedan, un día, ofrecerles legislación capaz de dar la vuelta a sus males. Algunos van a seguir esperando.

En julio y agosto, algunos de esos líderes frustrados decidieron hacer algo distinto. La Unión Internacional de Empleados de Servicios (SEIU, sus siglas en inglés), Los Teamsters (Camioneros), UNITE-HERE (una fusión reciente de un sindicato de trabajadores de prenda y textil con otro de hostelería), los Trabajadores Unidos de Alimentación y Comercio (UFCW) y los Carpinteros crearon una nueva coalición llamada Change To Win (CTW) – Cambiar para Ganar. En el proceso, se llevaron aproximadamente un tercio de la militancia de la AFL-CIO, hablando un lenguaje apto para convencer a ciertos sectores de la izquierda de que su salida es el primer paso para la revitalización del movimiento sindical en los Estados Unidos.

Decían, simplemente, que su objetivo debería ser la "organización" de esos millones de trabajadores, sobre todo del sector de servicios (limpiadoras, empleados de banca, trabajadores y trabajadoras de las grandes cadenas comerciales, profesionales y especialistas), sin convenio y a menudo sin protección medica o sueldo digno. Decían, los líderes rebeldes, que la AFL-CIO malgastaba su dinero contribuyendo a las arcas del partido de John Kerry y Ted Kennedy. En cambio, declaró el presidente de SEIU, Andrew Stern, el cerebro de la ruptura: CTW usaría los recursos de sus militantes para crecer y defender a más trabajadores. Stern anunció que había tratado de renovar la AFL-CIO, que quiso convencer a sus ex compañeros de la importancia de reclutar entre los 'nuevos' sectores de la economía, pero ellos preferían vivir en el pasado. Exigió, con sus aliados, que la federación devolviera hasta la mitad de su presupuesto a los sindicatos y a la vez fomentar la fusión de organizaciones para reducir el número de sindicatos en aproximadamente dos tercios. Pero al final no fue posible.

Según Stern, tanto John Sweeney, jefe de la AFL-CIO, como los otros dirigentes que le apoyaban, eran "pale, male and stale" ("pálidos, varones y pasados"), adjetivos que evidentemente riman en inglés mientras venden una imagen del poeta/ sindicalista como hombre energético, abierto y emancipado. La verdad es que Andrew Stern, cuya profesión era trabajador social en los años previos a su ascenso a los rangos de la burocracia sindical, sabe vender su programa.

El resultado es que ahora hay dos centrales laborales en los Estados Unidos. (O tres, si se incluyen los anarcosindicalistas de IWW, más numerosos que en cualquier otro momento desde los años cuarenta, aunque todavía pequeña)

La seducción púrpura

Un número importante de activistas y periodistas, que buscan un movimiento sindical que *haga algo,* que diga algo (relativamente) provocador, han sido seducidos por CTW. A la presidenta de la sección sindical (SEIU) en la oficina donde trabaja el autor de este artículo, le gusta Andy Stern y su proyecto sobre todo porque trae carisma a un mundo un poco gris. Sabe hablar, sabe vestirse, entiende el márketing. Ha podido crear una imagen en morado, repartiendo bolígrafos, camisetas, carpetas, furgonetas – todos morados. Profesionales como ella ven sus propias perspectivas y estilo reflejados en Stern. Aunque están de acuerdo con la propuesta de que los sindicatos deben crecer, su actitud favorable hacia el nuevo "movimiento" es quizás tan cultural como política.

Mientras tanto, según la revista del *New* York Times, el creador de CTW es un visionario, un Moisés capaz de entender que la única salvación del sindicalismo en un mundo globalizado está en aceptar el fallecimiento (gradual, todavía en progreso, nunca absoluto) del sector clásicamente industrial. La siderurgia se va; los hoteles y los centros de salud se quedan. ¡Besemos el futuro!

En cambio, los que critican CTW (y este club tiene muchos miembros) dicen que su error más grave es el de minar la unidad del sindicalismo estadounidense. Para ellos, alejados del contexto europeo donde varias centrales con distintas tendencias ideológicas compiten entre sí, la unidad es un valor primordial. En su opinión, un sindicalismo con varias federaciones es un sindica-





lismo debilitado. Este es lo que piensa Lamar, un oficial del sindicato UNITE-HERE, un comunista que considera la fundación de la CTW "un grave error". Rechazado bruscamente por un alto funcionario de UNITE-HERE después de expresar este punto de vista en una reunión, Lamar prefiere que no se mencione su nombre real, aunque esté convencido de que los dirigentes de su sindicato no leen *Libre Pensamiento*.

Pero antes de examinar más profundamente los argumentos de los que defienden la integridad de la AFL-CIO, merece la pena reconocer la validez de la acusación principal contra la central: es una entidad gravemente enferma.

¿Quién puede negarlo? Las cifras del primer párrafo no mienten. La AFL-CIO no es pequeña, pero su peso en la sociedad sigue disminuyendo. En la ultima década la cadena Wal-Mart (de hipermercados baratos) ha llegado a dominar el sector comercial. Actualmente es el empleador número uno del sector privado, con tiendas enormes en prácticamente cada comunidad, pagando sueldos tan bajos que un porcentaje importante de su plantilla tiene derecho a *food stamps* (cupones con los que la gente pobre en EEUU puede comprar comida). Además, la empresa se enfrenta en los tribunales a demandas denunciando su política de discriminación contra las mujeres. Desde los años noventa, comunidades en todos los rincones del país se han movilizado para intentar impedir el establecimiento de tiendas Wal-Mart en su pueblo, sobre todo porque estos gigantes suelen destruir las redes locales de negocios familiares. Sin embargo, los sindicatos estadounidenses no han sido capaces de "organizar" ni una sola tienda. Es notable que UFCW, uno de los sindicatos que crearon CTW, es también el sindicato que intenta captar a empleados de Wal-Mart, hasta ahora sin éxito. Es decir, la incompetencia no ha sido monopolio de nadie. Pero está claro que los recursos considerables de la AFL-CIO no se han revelado muy útiles para incrementar el número de trabajadores con convenio colectivo.

Cifras del Secretariado de Trabajo demuestran el empleo muy limitado de la huelga por sindicatos estadounidenses. El año 2002, 47,000 trabajadores fueron a la huelga; dos años mas tarde, en el 2004 el número de huelguistas fue de 170,000 y las cifras disponibles hasta septiembre de 2005 cifran en 100,000 los huelguistas. En cambio, en 1933 con una población mucho más pequeña, casi un millón de trabajadores hicieron huelga y aproximadamente 1.5 millones al año siguiente. Nunca se ha inventado una herramienta tan útil para convencer a la patronal de que debe reconocer y hablar con la voz colectiva de los trabajadores. Pero hoy, la AFL-CIO prefiere evitar la confrontación.

Sin movilización contra la guerra

Mas cosas: da igual si una mayoría absoluta del publico estadounidense apoya o no la guerra en Irak; hay una cantidad enorme de ciudadanos que no están de acuerdo con la política exterior del imperio. Si el sindicalismo mayoritario estadounidense tuviera ganas de movilizar a la ciudadanía, la guerra ofrecería una oportunidad extraordinaria. Pero la AFL-CIO permaneció casi muda hasta su congreso del pasado mes de julio, en el que aprobó una tímida resolución sobre el conflicto declarando su apoyo a los soldados en Irak. Y después de ese mensaje de solidaridad vino el contenido "radical" de su declaración: Esos soldados "merecen un compromiso por parte de los dirigentes de los EEUU de traerlos a casa rápidamente." ¿Palabras criticas para la administración? "El pueblo americano fue llevado a conclusiones erróneas antes del comienzo de la guerra..." y "La AFL-CIO condena el hecho de que la ley promulgada por Sadam ,aboliendo derechos sindicales para los trabajadores del sector público, no ha sido anulada."

Más de lo mismo: Leo Gerard, uno de los dirigentes sindicales muy críticos con los creadores de CTW y presidente del sindicato de metalúrgicos (USW), abordó el tema en su mensaje de Labour Day (Día del Trabajador, que en Norteamérica no es el 1 de Mayo sino el 5 de septiembre). ¿Denunció la guerra, exigiendo una movilización popular dentro de los Estados Unidos dedicada a pararla? ¿Le pidió al Presidente Bush que reflexione, pida perdón y retire a las tropas? No. Con menos principios que Jacques Chirac, Gerard se quejó del hecho de que el Congreso se había negado a imponer un límite a las tasas pagadas por los soldados en Irak sobre sus tarjetas de crédito. Nada más.

En conclusión, incluso antes de reflexionar sobre el mérito del proyecto dirigido por los creadores de CTW, se puede decir, desde una perspectiva sindicalista y de izquierdas, que la muerte de la AFL-CIO no sería un desastre.

Pero volvamos a Lamar, el tipo que trabaja para UNITE-HERE. Dice que se opone a la ruptura sobre todo porque la unidad genera fuerzas y recursos que van a ser necesarios para hacer frente a la patronal. Es el mismo argumento hecho por Leo Gerard y John Sweeney, pero dado el historial de la AFL-CIO no convence, por lo menos en este contexto.

Pero Lamar dice otras cosas más interesantes, como que es verdad que SEIU crece, pero que una parte importante de ese crecimiento es fruto de fusiones con pequeños sindicatos. SEIU recluta a los que atrae creando locales enormes (el local es la unidad básica del sindicato norteamericano). Lamar añade que organizaciones como UFCW y SEIU son también famosas por firmar convenios baratos. De hecho, nadie niega que la estrategia central de UFCW en el sector de supermercados norteamericanos ha sido la de convencer a las empresas principales de que el "reconocimiento voluntario" de dicho sindicato en sus tiendas no tiene porque ser una opción costosa. El sindicato no se opuso a la creación de una plantilla mayoritariamente compuesta de trabajadores a tiempo parcial. Si las cadenas estadounidenses o canadienses donde UFCW tiene representación quieren abrir nuevas tiendas con inferior convenio (para competir mejor con la baratísima Wal-Mart), el sindicato lo acepta. Lo importante es que UFCW siga cobrando las cuotas a los trabajadores. Sectores críticos dentro de esta organización dicen que se ha convertido en, simplemente, un sindicato oficial *a la Mexicana*. Hay que reconocer que UFCW ha sabido mantener su presencia numérica en la economía norteamericana pero la pregunta obvia es, ¿para qué? Cuando se conoce que un secretario-tesorero local de UFCW (ni siquiera con oficina en la sede principal) gana un sueldo anual de más de $100.000,00 mientras que uno de "sus" militantes trabajando a tiempo parcial en un supermercado cobra menos de $10 por hora, entonces el lector tiene su respuesta.

> Stern no es ni ciego ni tonto yha apostado por los "ganadores". Los servicios sanitarios, los hoteles, la construcción, el transporte, los supermercados...; estos sectores no se van ni a China ni a México. Hay más astucia que solidaridad en esta estrategia.

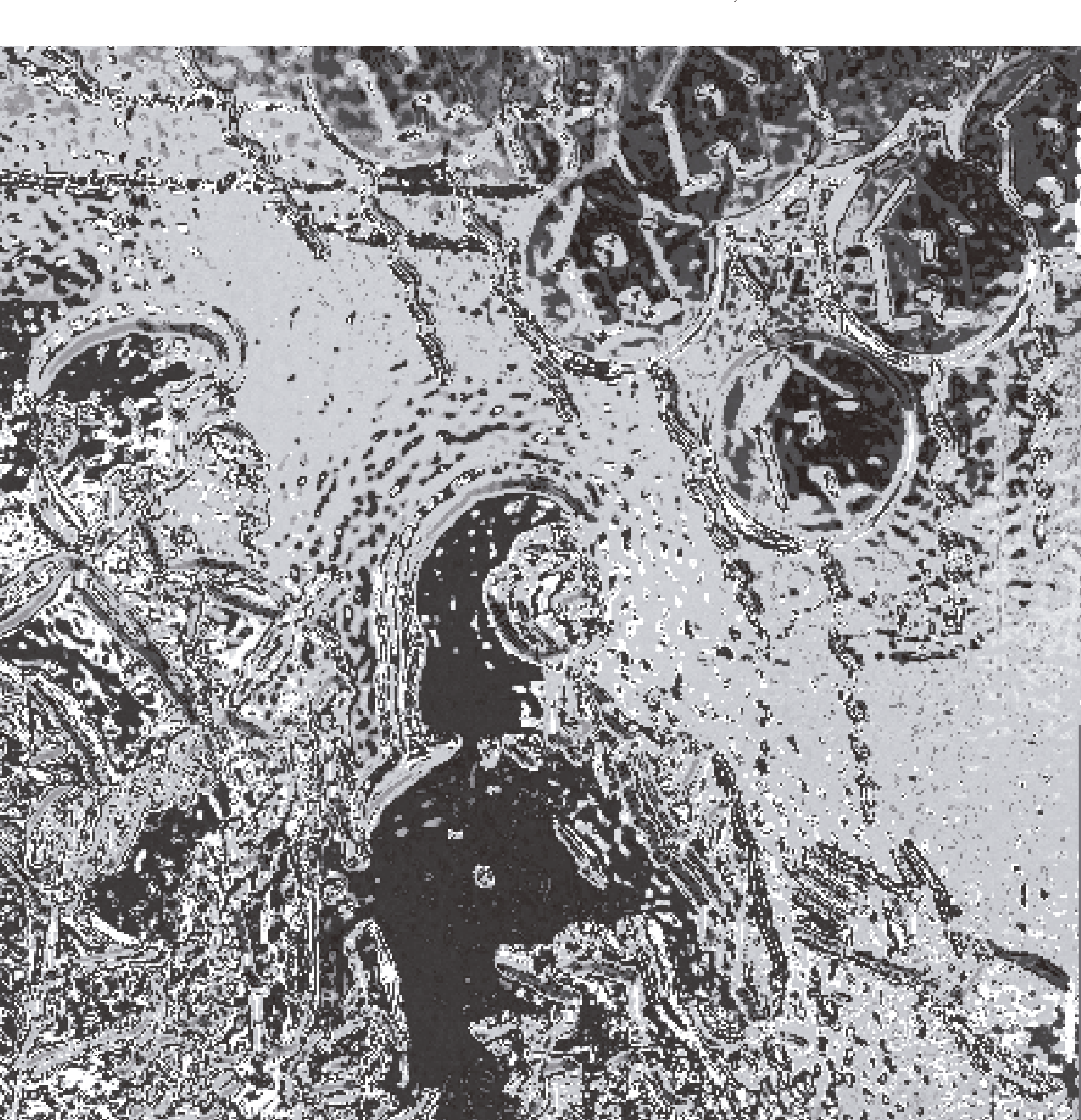
Una fusión nunca debatida

El proceso de la ruptura también provoca preguntas sobre la democracia sindical. Escribiendo en la página de web ZNet en agosto, Stanley Aronowitz, catedrático en la Universidad "City" de Nueva York, describe a Stern, James P. Hoffa (el presidente de los Teamsters) y los dos dirigentes de UNITE-HERE, Bruce Raynor y John Wilhelm como individuos "con la imaginación y recursos importantes para montar una campaña agresiva de reclutamiento." Pero en general, dice, son discípulos de los viejos métodos del sindicalismo burocrático.

Refiriéndose a la ruptura, Aronowitz nota que "sin duda" cada sindicato debatió la cuestión en sus consejos ejecutivos pero "como es la práctica normal en los

sindicatos de hoy, la militancia no participó en el proceso que finalmente condujo a la decisión de retirarse [de la AFL-CIO]. Tuvieron lugar reuniones en locales de todos los sindicatos pertinentes durante las cuales la retirada fue discutida. Pero los dirigentes actuaron unilateralmente. En organizaciones democráticas decisiones tan importantes seguirían, sin duda, un debate profundo entre los miembros, durante el cual tanto las ventajas como las desventajas serían examinadas...y un congreso abierto o referéndum tendría lugar para aclarar la opinión de la militancia." Parece que CTW no nació por decisión de asamblea.

Pero el déficit democrático en estos sindicatos no es de ahora. UFCW y SEIU son sindicatos con unos locales enormes donde no se han creado foros ni estructuras capaces de apoyar la participación. Recientemente en California, por ejemplo, se fusionaron dos locales SEIU en el sector de sanidad, creando una nueva entidad



La AFL-CIO es una entidad gravemente enferma ..., no es pequeña, pero su peso en la sociedad sigue disminuyendo.

grandísima. Sus afiliados se quejan de tener muy poco contacto con jefes del sindicato, de esperar semanas después de denunciar violaciones del convenio, sin recibir llamada alguna. Eleanor Sherman, transcriptora médica y militante de SEIU durante varias décadas, dijo a la revista *Labor Notes* que en cuanto a temas relacionados con seguridad en su empresa, "muy pocos problemas se resuelven. El proceso [para resolver disputas entre empresa y trabajador] es muy largo, pero aunque finalmente consigas una decisión, no significa que las cosas vayan a cambiar." Así es la cultura de la organización: los militantes son disuadidos de resolver directamente los problemas de su centro de trabajo y encaminados a esperar soluciones legales obtenidas por oficiales pagados que, en el mejor de los casos, están demasiado ocupados para responder a todos los problemas.

Andrew Stern y sus aliados creen que al capital multinacional debe oponérsele sindicatos grandes y fuertes; lo que no saben (o prefieren ignorar) es que espacios relativamente pequeños dentro de esas organizaciones también deben existir para garantizar que el sindicato pertenezca a los que lo apoyan.

Aunque parezca una anécdota no es anecdótico que el presidente de los Carpinteros, Douglas McCarron, que mantiene un control férreo de su sindicato, negando cualquier brote de democracia interna. sea amigo de Bush. Tampoco lo es que el más "progresista" Andrew Stern describa el sindicalismo en los siguientes términos: "Nuestro movimiento laboral se construyó en el contexto de una economía industrial en los años treinta. Era un sindicalismo basado en la lucha de clases, pero los trabajadores en la economía actual no quieren sindicatos que causan problemas; quieren que [sus sindicatos] resuelvan problemas."

¿Qué significa ese deseo de solucionar problemas? En California el sindicato de Stern colaboró con los dueños de residencias de ancianos, en el bloqueo de una propuesta legislativa que proponía mayor cuidado profesional para los residentes de esas instituciones, lo que también hubiera creado mas puestos de trabajo. Pero el sindicato se opuso a la ley, argumentando que lo importante era apoyar la competitividad empresarial.

Lamar, una vez mas. dice que Stern, que no es ni ciego ni tonto, ha estudiado la fuerza y dirección del viento y ha apostado por los "ganadores". Cree que CTW es una especie de "Premier's League" de sindicatos, compuesta por los equipos con más probabilidades en un futuro inseguro. Los servicios sanitarios, los hoteles, la construcción, el transporte, los supermercados...; estos sectores no se van ni a China ni a México. Hay más astucia que solidaridad en esta estrategia.

En conclusión puede que no haya motivos para llorar el hundimiento de la AFL-CIO. Pero tampoco ha llegado el mesías. Por supuesto los lectores de *Libre Pensamiento* saben que el mesías nunca viene. Pero si viniera, seguro que no llevaría púrpura.

Incluso antes de reflexionar sobre el mérito del proyecto dirigido por los creadores de CTW, se puede decir, desde una perspectiva sindicalista y de izquierdas, que la muerte de la AFL-CIO no sería un desastre.

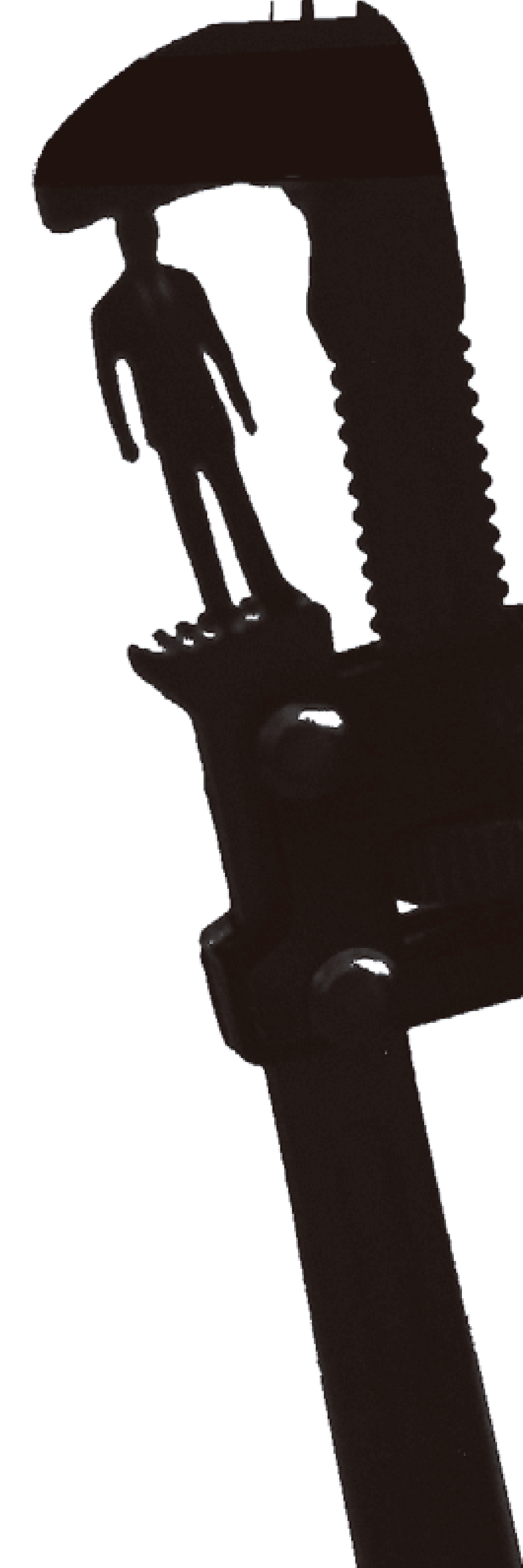




LA PRECARIEDAD

El Tunel
Hacia La Precariedad

Colectivo



Tendremos que empezar el artículo aportando algunos datos, como si estos fueran importantes, pero sin perder de vista que nunca son significativos ni capaces de describir la situación real. Pudiera ser perfectamente pensada una sociedad en la que la inseguridad fuera un aliciente; la eventualidad en el trabajo, ocasión para la diversidad; la movilidad funcional, divertida; la geográfica, elección del sitio de residencia; el empleo a tiempo parcial, expresión de diversas situaciones y valoraciones personales. Pudiera serlo, pero no lo es. Y, sin embargo, si lo fuera, unos datos similares estarían reflejando una realidad muy diversa. Los datos estadísticos cada vez dicen menos y pueden convertirse, aun siendo dato y dato real, en una forma de ocultación de la realidad que tenemos que aprender a captar por otros medios. Las actuales relaciones laborales vienen dadas por los incrementos ingentes en la capacidad de dominación del capital, por las formas cada vez más perversas que esa dominación va adoptando, por las abismales y siempre crecientes desigualdades que genera, por la supeditación de las necesidades al beneficio, por la inversión radical de lo que sería una relación admisible entre trabajo/satisfacción de necesidades/apertura de posibilidades, por la invasión y el adentramiento de esta realidad laboral y social en todos los órdenes de la vida.

Hoy podemos decir que la precariedad en el trabajo es el dato más significativo, y ciertamente lo es. Pero en el proceso que nos ha conducido a esta situación, la eventualidad en el empleo era la principal fuente de precariedad, hasta el punto que fácilmente se podían identificar. Esa identificación es ya absolutamente insuficiente y en el futuro puede que no tengan nada que ver: podemos acceder a una situación de empleo estable en la que la precariedad (la dominación, la supeditación, la puesta a disposición del conjunto de la vida,...) se incremente.

Recoger esa realidad, que no se deja encerrar en los meros datos, tratar de captarla y reflejarla de una forma que nos sea útil para situar nuestra actuación es lo que intentaremos (y nos daríamos por satisfechos si consiguiéramos hacerlo parcialmente) en este artículo. Pero empecemos por esos datos y por los pasos que hasta ellos nos han traído.

Reformas laborales en cadena

La estadística más reciente de las cifras laborales más generales arrojan el siguiente cuadro:

MERCADO DE TRABAJO (4º trimestre 2005 – en miles)

CONCEPTOS	MUJERES	HOMBRES	TOTAL
Población mayo de 16 años	18.710,5	17.941,6	36.652,1
Activos/as	8.784,8 (47,0%)	12.370,8 (69,0%)	21.155,5 (57,7%)
Ocupados/as	7.764,7 (88,4%)	11.549,6 (93,4%)	19.314,3 (91,3%)
Asalariados/as	6.564,0	9.184,9	15.841,6
Parados/as	1.020,1 (11,6%)	821,2 (6,6%)	1.841,3 (8,7%)

Añadir, tan sólo que de los 15.841.600 trabajadores asalariados, 10.491.200 (el 66,2%) lo tienen indefinido y 5.350.400 (el 33,8%) tienen contrato eventual.

Más significativo que los propios datos es el proceso por el que se ha llegado a esta situación. El cómo se pasa de uno clase obrera que tiene ganada la iniciativa y se mantiene a la ofensiva, a unos trabajadores, primero a la defensiva y posteriormente en retroceso. Una evolución que podemos ver a través de las variaciones en la legislación laboral que unas veces impulsaba y otras simplemente recogía un permanente retroceso en las relaciones laborales.

- 1977, Pactos de la Moncloa

Muerto Franco en 1975 y coronado Juan Carlos I como sucesor suyo y rey de España, los Pactos de la Moncloa trasladan el consenso democrático a las relaciones laborales. En ellos se acepta la necesidad de moderar los salarios como medida para combatir la inflación, la conveniencia de intervención sobre sectores industriales considerados menos competitivos (textil, naval, siderúrgico, metalúrgico, etc) y se establece la reducción del gasto público en los Presupuestos Generales del Estado.



Moderación salarial, reconversión industrial y reducción del gasto público serán tres factores de importancia que se mantendrán como una constante a lo largo de todo el proceso.

▪ 1980, Acuerdo Marco Interconfederal (CEOE y UGT) y aprobación del Estatuto de los Trabajadores.

El AMI inicia una política de pactos entre organizaciones, firmados a espaldas de los trabajadores y centrada sustancialmente en la moderación salarial para combatir la inflación y el paro, para salir de la "crisis" en definitiva. La política de pactos conseguirá, en su reiteración, poner fin a la participación de los trabajadores y a un periodo de lucha obrera en el que se venían consiguiendo incrementos salariales a costa de la tasa de ganancias del capital.

El Estatuto de los Trabajadores introduce los contratos en prácticas, a tiempo parcial, temporales de obra y servicio o por circunstancias de la producción, todos ellos, inicialmente, con carácter absolutamente excepcional y limitado. Además de otos retrocesos como el paso a manos del empresario de la decisión sobre indemnización o readmisión en caso de despido improcedente,.

La moderación salarial descargada con mayor facilidad y rigor sobre los que sufren una contratación precaria, abre una brecha entre trabajadores y da el paso, del ciclo de luchas colectivas a la búsqueda de compensaciones individuales (incrementos de jornada, horas extras) para recuperar las pérdidas salariales.

▪ 1981, Acuerdo Nacional de Empleo (CEOE, UGT, CCOO)

▪ 1983, acuerdo Interconfederal

▪ 1984/86 Acuerdo Económico y Social

Seis años de sacrificios (moderación salarial) a cambio de promesas. Seis años consecutivos de pactos en los que los sindicatos prescinden de los trabajadores que, en correspondencia, irán alejándose de los sindicatos. Seis años que irán cambiando radicalmente la forma de entender el sindicalismo y, también, el comportamiento de los trabajadores.

Durante este periodo se irá generalizando el trabajo eventual, con hasta 16 modalidades de contratación a la carta de las necesidades y aun de los caprichos del empleador, impulsando la división y la debilidad de los trabajadores.

Es también el periodo de la reconversión industrial: el desmantelamiento de sectores industriales enteros, intensivos en mano de obra, con grandes centros de trabajo en los que la anterior clase obrera había desarrollado su capacidad de movilización y ejercido el papel de motor y de palanca de la reivindicación. Todavía esos procesos de reconversión encuentran una oposición fuerte y capaz, pero son ya luchas defensivas, de resistencia, sin capacidad de generar un movimiento de oposición a los planes del capital y que se acaban saldando con una mayor compensación para los trabajadores afectados, muy lejos del papel de impulso de mejoras para todos jugado anteriormente.

La reconversión industrial es una desestructuración de las fortalezas de la clase obrera; la eventualidad introduce una división que va minando su unidad, primero colectiva y después en cada uno de los centros de trabajo; la moderación salarial pactada al margen desliga la negociación de la movilización y al sindicalismo de los trabajadores. Todo un coctel.

▪ 1985, Reforma del Sistema de Pensiones

Los retrocesos en las condiciones laborales van, como es normal, unidos a retrocesos en las garantías sociales, de la misma forma que el individualismo al que se empuja a los trabajadores en lo laboral se traslada con enorme facilidad a lo social.

▪ 1986, incorporación a la CEE

El camino que se viene recorriendo en España en materia laboral y social se está andando simultáneamente en todo el mundo. La crisis como ataque y la globaliación como conquista del capital supondrán un ingente crecimiento de la capacidad de dominación del poder económico. La incorporación a la CEE significará

> Podemos acceder a una situación de empleo estable en la que la precariedad, la dominación, la supeditación, la puesta a disposición del conjunto de la vida, ... se incremente

para nosotros un endurecimiento del encadenamiento a los dictados de ese poder económico cada día más mundializado. Las políticas de estabilidad, la lucha contra la inflación a costa de lo salarios y la reducción del déficit se llevarán a cabo a costa de los gastos sociales y de las condiciones laborales, siendo nuestra incorporación a la CEE un alejamiento real en logros sociales y laborales.

En ese contexto internacional, el acuerdo de Maastrich, la creación del banco de Europa como entidad independiente, así como la propuesta de Constitución, son como el trasfondo en el que quedan encuadrados los retrocesos laborales y sociales que estamos describiendo.

▪ 1992, "Decretazo" por el que se recortan las prestaciones por desempleo

Es la condición necesaria para que los parados entren a aceptar los empleos que se le van a ofertar en condiciones degradadas. Nuevamente la relación entre condiciones laborales y garantías sociales se hace obvia: los retrocesos en ambas se complementan.

▪ 1994, Reforma del Estatuto de los Trabajadores que desregulariza el pago de las horas extras, las nocturnas y otros pluses salariales

No parece muy relevante esa desregularización pero sí resulta indicativa de la decisión del capital de ir "a por todas" en su empeño por incrementar sus beneficios. Además, en un momento en que los salarios se recortan, las horas extras son una forma de compensar de forma individual lo que no se es capaz de defender colectivamente. Eso sí, incrementado gravemente el deterioro de las condiciones de trabajo y sin tener en consideración que ese alargamiento de la jornada real tenga una influencia exponencial en temas tan serios como, por ejemplo, la siniestralidad laboral.

▪ 1994, legalización de las Empresas de Trabajo Temporal (ETTs)

Las ETTs ya estaban funcionando antes de su legalización, hecho indicativo de la fortaleza desarrollada por la patronal para imponer sus exigencias aun saltándose la ley, o sin esperarla o impulsando modificaciones que vengan a ratificar lo que ya ha impuesto en la práctica. Son, también, un exponente de las "manos limpias" que en ese proceso de imposición férrea va adquiriendo el capital, externalizando los problemas, el "trabajo sucio" y sin adquirir ni siquiera el compromiso que una relación laboral acarrea. Es un proceso de desculpabilización. En 1999 la legislación limitó la arbitrariedad de las ETTs, equiparando salarios y vinculando subsidiariamente a la empresa con la ETT, con lo que esta vía pasó a un plano muy secundario, siendo reemplazada por las empresas de *outsourcing* o subcontratación: la empresa matriz es la que mantiene la dirección del proceso e impone las condiciones, pero es la empresa subcontratada la que traslada a los trabajadores los costos económicos y sociales. La externalización del trabajo se ha generalizado, tanto en procesos como en servicios y hoy todo se subcontrata hasta el punto que cabe la existencia de empresas importantes sin casi trabajadores directos. La empresa subcontratada es débil frente a la matriz, pero esa su debilidad y la facilidad para ser sustituida por otra (por ella misma con otro nombre y otra personalidad jurídica, en muchos casos) es lo que le hace fuerte ante los trabajadores

Años de moderación salarial a cambio de promesas, de pactos en los que los sindicatos prescinden de los trabajadores que, en correspondencia, irán alejándose de los sindicatos, años que irán cambiando radicalmente la forma de entender el sindicalismo y, también, el comportamiento de los trabajadores.

▪ 1997, acuerdo sobre Solución Extrajudicial de Conflictos

Si anteriormente se había pasado de solventar las discrepancias laborales por medio del conflicto entre las partes a la judicialización e individualización, el nuevo acuerdo pretende ahorrar ese paso, resolviendo por laudo y eludiendo hasta el débil grado de enfrentamiento que entraña la vía judicial.

▪ 1997, Acuerdo Interconfederal de Empleo, regulando los beneficios fiscales, subvenciones y bonificaciones a la contratación indefinida.

La contratación eventual, que ha sido útil como elemento de disciplina, rebajaba los niveles de productividad. Si la contratación eventual ha sido la fuente de precariedad y disciplina, en esta época ambas ya se han extendido a todas las condiciones de trabajo y al conjunto de la relación laboral. Los contratos indefinidos de nueva creación, un empleo fijo de segunda, son garantía suficiente para su conservación a la vez que posibilitan una mayor cualificación y aprovechamiento de la capacidad de trabajo en beneficio de la competitividad. De paso, con el argumento de favorecer la estabilidad en el empleo, las bonificaciones subvenciones y exenciones fiscales son un trasvase de rentas sociales a los beneficios empresariales. La contratación hoy es una fuente de ingresos, y los procesos reiterados de contratación y despido, cambiando de ubicación y aun de nombre, es una forma de especulación.

▪ 2001, nueva Reforma del Mercado de Trabajo por la que se aprueban los contratos de inserción y se amplían los de formación y los indefinidos de nueva creación (los fijos pero con menores garantías).

Continuación de lo hablado en el punto anterior en la apuesta por la precariedad indefinida en sustitución de la eventual, ahora menos rentable productivamente y ya no necesaria como elemento disciplinador.

- 2002, nuevo Real Decreto Ley que reduce los costes en el despido (eliminando los salarios de tramitación), recorta las prestaciones sociales de desempleo y las posibilidades de acceso y elimina un *colchón social* de desarrollo geográfico localizado, el subsidio de desempleo agrario, de gran importancia en un territorio económicamente deprimido.

El nuevo real decreto va en la dirección de hacer menos fijas las contrataciones indefinidas y degradar la cobertura por desempleo de forma que se obligue a la la aceptación de cualquier empleo en cualesquiera condiciones. A la gravedad de sus contenidos unió la de las formas de llevarse a cabo, sin pacto ni acuerdo previo, lo que obligó a las direcciones sindicales a convocar una huelga general, que consiguió la eliminación de algunos de los aspectos más restrictivos pero mantuvo la línea general: reduciendo drásticamente los salarios de tramitación, restringiendo fuertemente y eliminando para el futuro el subsidio agrario y manteniendo nuevos requisitos y restricciones en las prestaciones sociales.

- En la actualidad hay suscrito un documento programático, todavía por desarrollar, cuyo sugerente título es el de "Competitividad, Empleo estable y Cohesión social", lo que indica que la capacidad de introducir deterioros laborales y sociales parece no tener límite

Conclusión

Podría ser suficiente lo dicho hasta ahora. Quizás es el proceso lo que mejor define la situación, el cómo todo aboca a reiterados retrocesos que mutuamente se favorecen. Es esa dinámica de impulso a situaciones cada vez más retrocedidas la que se establece entre los cambios en la realidad y los habidos en la situación legal, y es similar la dinámica entre deterioro de las condiciones laborales y el de las garantías sociales, y, sobre todo, es la dinámica que se establece entre los retrocesos en las situaciones y los de las posiciones de los trabajadores.

De cada uno de los recortes salariales, de los procesos de reconversión, del incremento de la eventualidad contractual, de las externalizaciones, de la flexibilidad, de la facilidad de despido, etc., no sólo sale una clase obrera mermada en sus condiciones

La contratación hoy es una fuente de ingresos, y los procesos reiterados de contratación y despido, cambiando de ubicación y aun de nombre, es una forma de especulación.

Aunque sindicalmente haya que seguir adjudicando responsabilidades y poniéndoles caras y nombres, quizás hoy el poder económico es tan omnipotente como precario, tan capaz de generar formas de dominación como incapaz de variaciones de rumbo.



salariales, laborales y vitales, sale, sobre todo, una clase más dividida y más débil para hacer frente a las futuras imposiciones. Todo retroceso en las condiciones acarrea un retroceso en las posiciones que hará más fácil el siguiente paso. Cada posición, que es el punto de llegada tras la inmediata cesión, se convierte en punto de partida para la posterior.

Inversamente pasa con el poder económico; de la misma forma que nos hemos acostumbrado a leer año tras año sus incrementos en la tasa de beneficios del 15, 20 ó 25%, si pudieran baremarse sus cuotas de dominación vendrían a registrar incrementos muy similares.

Ese es el tema, las cuotas de dominación. Establecido su predominio, el poder económico es capaz de utilizar todas las situaciones: las de crisis y las de bonanza, las de inestabilidad y las de estabilidad, el paro, la contratación eventual y la indefinida,.. Por el contrario, a nosotros, perdida la capacidad de actuación cualquier situación nos resulta adversa.

La palabra que mejor define la actual situación es la de precariedad, vocablo que poco tiene que ver ya con el de eventualidad y que equivale más a sometimiento, a puesta a disposición y a supeditación, factores todos ellos que ya no se refieren sólo a nuestra faceta de trabajadores sino que afectan más a la totalidad de la vida.

Quizás todavía hay más. La precariedad quizás no sólo se refiere a nuestra relaciones laborales y al conjunto de nuestras vidas sino que ha pasado a ser el hecho dominante de la realidad en su actual etapa. Hemos generado algo que se nos escapa de las manos, que tiene su dinámica propia que es la que nos somete y nos supedita y nos pone a su disposición. Y aunque sindicalmente haya que seguir adjudicando responsabilidades y poniéndoles caras y nombres, quizás hoy el poder económico es tan omnipotente como precario, tan capaz de generar formas de dominación como incapaz de variaciones de rumbo.

No se trata de hacer un discurso apocalíptico. A la actual situación hemos llegado a lo largo de un proceso que más arriba hemos tratado de reseñar y nunca es totalmente imposible desandar lo andado, pero parece muy difícil cambiar esa dinámica general en la que estamos atrapados sin cambiar unas cuantas dinámicas previas. El desarrollismo requiere concentración e incremento de las desigualdades, y si cada uno queremos consumir cuanto más mejor, tendremos que hacerlo en contra de otros. Sin apuesta por la igualdad, la calidad de vida, la solidaridad y el reparto, la satisfacción individual y colectiva -bienes todos ellos que cuanto más se consumen más crecen- parece difícil, por no decir imposible, que nada cambie y que ninguna otra realidad sea posible.

Santiago López Petit



Algunas reflexiones muy provisionales sobre la precariedad.

1) La postmodernidad es nuestra época, en ella pensamos y (mal)vivimos. La postmodernidad radicaliza las lógicas y las aporías de la modernidad. En particular, el sujeto se convierte en engranaje del sistema y en función de orden. Pero si la modernidad era una mediación que no conseguía mediarse a sí misma, la postmodernidad gira aún más en el vacío, sin capacidad alguna de autojustificarse.

2) En la postmodernidad la realidad coincide con el capitalismo. Eso significa que todas las categorías espaciales de la modernidad (dentro/fuera, paz/guerra, orden/desorden...) han saltado por los aires. Estamos ante un continuum indiscernible en el que se mezclan interioridad y exterioridad, guerra y paz, orden y desorden. No existe la coyuntura. La coyuntura tiene que ser arrancada a la realidad misma. Nuestra apuesta es que la lucha que quiere vencer la precariedad puede hacerlo.

No existe la coyuntura. La coyuntura tiene que ser arrancada a la realidad misma. Nuestra apuesta es que la lucha que quiere vencer la precariedad puede hacerlo.

3) La categoría que permite dar cuenta, en última instancia, de todos los fenómenos que se producen en la postmodernidad es la de *movilización*. Todos y cada uno de nosotros estamos movilizados. Ciertamente, la explotación capitalista forma parte de dicha movilización, pero la movilización en tanto que es una "política de la relación" significa mucho más. Nuestra propia existencia es esa movilización de la vida. Nos movilizamos para (re)producir esta realidad obvia que se nos cae encima, cuando trabajamos, cuando no trabajamos, cuando nos buscamos a nosotros mismos, cuando construimos proyectos... De esta manera, la política encuentra hoy la vida.

4) Tomar el concepto de biopoder para describir esa entrada de la vida en la política, como una "puesta a trabajar de nuestras vidas" es muy insuficiente. Tal como se viene utilizando el concepto de biopoder todas las propuestas permanecen dentro de la crítica de la economía política. El biopoder es una extrapolación de la explotación capitalista que tiene dos consecuencias necesariamente: 1) No se sale de la centralidad del trabajo. 2) Las relaciones de poder, en último término, se deducen de las relaciones de producción. Por todo ello la política que se desprende de estos análisis no implica ningún cambio innovador a la altura de nuestro tiempo. Simplemente se sustituyen unas denominaciones por otras. Por ejemplo, en vez de clase trabajadora se habla de multitud, pero para nada se somete a crítica la misma noción de sujeto político y la idea de política que determina.

5) La movilización global de la(s) vida(s) crea, como decíamos, una realidad en la que se confunden guerra y paz, orden y desorden... Esta nueva territorialidad tiene la forma simultáneamente de *espacio fronterizo* y de *supermercado*. En el espacio fronterizo el límite se ha hecho virtual. Hay infinitas fronteras y también ninguna. Espacio de control absoluto en el que lo que eres viene determinado por las fronteras que te es permitido superar. Espacio fronterizo que también es supermercado donde escoger libremente. Eres la marca que puedes comprar. La movilización global produce un territorio aparentemente pacificado en el que la catástrofe le es inmanente/inminente.

6) Las unidades de movilización de esta *movilización global* son los individuos. Los individuos, es decir, cada uno de nosotros en tanto que centro de relaciones. Individuo es aquel que pone el "yo vivo" como centro que articula las diversas identidades contingentes: trabajador, consumidor, ciudadano... La novedad que comporta la movilización global reside en que te sujeta, cuando te abandona, y a la inversa, te abandona cuando te sujeta. Esta fragilización paradójica inherente a esta política de la relación constituye el *ser precario.*

7) La movilización global produce una individuación que no es normativa, aunque evidentemente, la normalización sigue funcionando como una especie de infrapenalidad. La normalización producía individuos normalizados pero *no* aislados, ya que consistía en la autoreflexión de un grupo en relación a una norma. En cambio, la individuación efecto de la movilización globalizadora produce individuos singulares en su radical aislamiento. Precariedad significa estar solo frente a la realidad.

8) Por esa razón la precariedad no es algo que nos pasa, y que puede dejar de pasarnos. La precariedad no es algo accidental sino un carácter verdaderamente esencial del ser que en esta sociedad podemos ser. La precariedad fragiliza nuestro mismo querer vivir, y en la medida que lo hace, nos encierra. En otras palabras: más allá de la dualidad inclusión/exclusión que la movilización impone existe una misma *fragilización* del querer vivir efectuada por el miedo. La sociedad postmoderna es una sociedad del miedo y de la esperanza. Las dos modos de control sobre el querer vivir.

9) Si la cuestión de la precariedad no es tanto estar sujetos a la exclusión/inclusión, como esta fragilización

que en ambos casos se produce, y que nos congela las mismas ganas de vivir, que nos ataca en lo más hondo y nos convierte en carne de psiquiatra, entonces está claro que la propia vida se ha convertido en el campo de batalla. Que la vida es hoy el *campo de batalla* significa que la vida lucha contra la vida (el otro) y también contra la muerte (paro). Dicho de otra manera: cuando la vida es el campo de batalla el poder funciona y se nos impone como el código "tener dinero/no-tener dinero". Este código organiza la vida y, haciéndolo, precariza nuestras vidas. El objetivo debe ser cortocircuitar este código. El dinero gratis fue un intento.

10) La consigna que durante tanto años fue válida, aquella que unía Marx y Rimbaud, "Transformar la sociedad y cambiar la vida", tiene que ser hoy repensada completamente. Cuando lo que se juega es nuestra propia existencia, porque la movilización efectúa una guerra contra todos nosotros, la vida ya no aparece como la solución sino que se convierte en el problema mismo. Cuando la vida es el verdadero campo de batalla ya no es suficiente con criticar la vida cotidiana, ni con pretender intensificar la vida. Enfrentarse a la vida como nuestro problema supone encarar - sin prepararse un camino de retorno - lo que es el ser precario.

11) Para entender cómo funciona el *ser precario* se debe tener en cuenta que, si bien la precariedad es social, la precariedad como tal se vive individualmente. Esta afirmación es clave ya que en ella se condensa toda la potencia, y también toda la debilidad de una lucha que tome la precariedad como objetivo a atacar. La precariedad, mediante el miedo y la esperanza, nos configura en lo que somos, es decir, como ser precario. Hablar de precariado en tanto que sujeto colectivo no es más que pretender imponer artificialmente un horizonte constitutivo a algo que, en su esencia, es individual y paradójico.

12) Si el ser precario tiene este carácter paradójico, social y a la vez individual, es evidente que las formas tradicionales de política no sirven. Con esto queremos decir que una política de lucha contra la precariedad debe ser completamente reinventada. Entre otras cosas, porque la politización ya no pasa por la conciencia de clase. La conciencia de clase permitía alcanzar lo universal desde el autoconocimiento concreto de la explotación. En cambio, la politización del ser precario nos deja en la intemperie, y nos aboca a tener que crear – tener que crear a partir de nosotros mismos – la alianza de amigos que no existe.

13) En el fondo, una política que quiera atacar la precariedad tiene que ser una *política del querer vivir.*



Si bien la precariedad es social, la precariedad como tal se vive individualmente. Hablar de precariado en tanto que sujeto colectivo no es más que pretender imponer artificialmente un horizonte constitutivo a algo que, en su esencia, es individual y paradójico.

Esto significa que dicha política, porque se encara al ser precario como esta paradoja que hemos descrito, deberá aunar dos componentes: el odio y la transversalidad.

a) *El odio a la vida* como prueba. Tenemos que reapropiarnos del odio. El precario tiene que odiar su vida, tiene que ser capaz de levantar una demarcación entre lo que quiere vivir y lo que no está dispuesto a vivir. Este odio libre es la potencia de vaciamiento de su ser precario.

b) la *transversalidad* como estrategia. Esta nueva política tiene que ser completamente transversal. Transversalidad significa que no hay un frente de lucha privilegiado (por ejemplo: el trabajo), sino que el combate se dirige contra la propia realidad entendida como un continuum de frentes de lucha. Evidentemente, esta transversalidad supone también el rechazo a ocupar una determinada identidad. Luchar contra la precariedad es atravesar todos los frentes de lucha sin cobijarse en identidad alguna que, por lo demás, siempre sería impuesta. Como los woblies americanos se organizaron atravesando las distintas divisiones étnicas, técnicas, de género... El precario que lucha de esta manera es capaz de desokupar el orden y abrir una tierra de nadie. La(s) tierra(s) de nadie clavadas en el espacio fronterizo son los lugares donde reponerse para volver a atacar el código del poder.

14) El odio a la vida y la transversalidad son las armas que expulsan el miedo y la esperanza. Son ellas las que socavan el ser precario y nos ponen más allá del aislamiento de cada uno. Así se aniquila lo que nos divide, y entonces descubrimos que poseemos una interioridad común. Los que luchamos contra la realidad poseemos una interioridad común. La interioridad común es el querer vivir en tanto que espaciamiento.

15) Una política contra la precariedad que hace de la vida un campo de batalla, una política del querer vivir tendrá siempre que mantener estas dos dimensiones (personal y colectiva) permanentemente unidas. Por eso hay que pensarlo todo de nuevo. ¿Qué supone politizarse hoy? ¿Qué es una alianza de amigos? ¿cómo llenar la tierra de nadie con nuestro malestar? ¿Cómo hacer del querer vivir un desafío? Sólo seremos capaces de responder a estas preguntas que nos interpelan si hacemos efectivamente de la vida nuestro campo de experimentación.

La sociedad postmoderna es una sociedad del miedo y de la esperanza. Las dos modos de control sobre el querer vivir.



TIEMPOS PRECARIOS

Manuel Cañada
CGT EXTREMADURA

“La vida, la salud, el amor son precarios, ¿por qué el trabajo no habría de serlo?”.

Laurence Parisot, presidenta del Movimiento de Empresas de Francia (MEDEF)

“Fuera de la actualidad se encuentran los que no son el día: los vencidos, los extravagantes, los proletarios”. Hoy la condición obrera se encuentra aun más fuera de la actualidad que cuando Miguel Espinosa escribiese estas palabras en su amarga novela “La fea burguesía”.

Hoy el mundo del trabajo está sumergido, invisibilizado incluso semánticamente: es curioso, por ejemplo, que incluso organizaciones filantrópicas como Amnistía Internacional o Greenpeace hayan adoptado la misma musiquilla de ocultación y dispongan de flamantes “departamentos de recursos humanos”. El trabajo humano, en cuanto recurso, dejó de ser sujeto social y “pasó a ser organizado por la empresa-capital y la sociedad-economía” [1].

Se trata aquí, por tanto, de hablar de lo innombrable y contribuir al paciente trabajo de desocultación. Se trata de escaparnos de la telaraña locuaz, del ruido dominante que esconde nuestras vidas.

Buscar trabajo hoy

“Mujer ecuatoriana trabajadora y responsable se ofrece para trabajar por horas en cuidado de niños, cuidado de ancianos, limpieza, plancha o cocina española sencilla. Experiencia y referencias demostrables”.

En Madrid, anuncios como éste pueden encontrarse en una marquesina de autobuses, en un supermercado, o en una tienda de fotocopias. Hoy, el trabajo puede buscarse en cualquier sitio. En cualquier sitio menos, obviamente, en una oficina del Instituto Nacional de Empleo. Al INEM se va, con los dedos cruzados y encomendándose a la fortuna, a solicitar la prestación o el subsidio de desempleo o por razones de fuerza mayor, pero de ninguna manera a algo que tenga que ver con encontrar trabajo.

La selva que se inaugurara oficialmente con la reforma laboral del año 94, legalizando las Empresas de Trabajo Temporal (ETT) y las agencias privadas de colocación, está ya densamente poblada. Sanguijuelas grandes y pequeñas, pirañas de todos los colores, buitres de todos los tamaños. Se ha producido y se está produciendo una hibridación, una combinación de formas diversas de depredación laboral que parece no tener fin.

Uno se puede encontrar con ejemplares transgénicos, productos de la mutación e ingeniería laboral, como el siguiente: para trabajar de reponedor, primero vas a una Organización No Gubernamental (primer despacho y primera entrevista) que pasa sus datos a una empresa que se dedica a gestionar mano de obra (segundo despacho y segunda entrevista), que a su vez intermedia con la subcontrata (tercer despacho, tercera entrevista y con suerte destino definitivo) que se encarga de la reposición de mercancías en la gran superficie comercial correspondiente (cuarta empresa o mejor dicho ente celestial, principio y fin de la Creación e inaccesible por definición para el mortal aspirante a reponedor).

Un ejército desarmado de precarios recorre incansable, de una punta a la otra, las grandes ciudades pertrechados de currículums y sonrisas telefónicas. O rellenan formularios en los que las empresas traficantes de trabajadores, como es el caso del Grupo Avanza-Recursos Humanos, incluyen, bajo el epígrafe “Referencias profesionales y personales (imprescindible cumplimentarlo)”, la pregunta sobre las empresas anteriores en las que el solicitante de empleo estuvo y el motivo del cese. Está mucho más cerca de lo que imaginamos (si no lo estamos ya, en este brutal retorno a la prehistoria del movimiento obrero) aquello que contara Edward P. Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra:* “Se estableció un pacto entre los patronos y uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido” [2].

Orientadores de empleo, orientadores sociolaborales, monitores, integradores, mediadores, gabinetes psicopedagógicos, trabajadores y educadores sociales, una división de trabajadores, precarios en su gran mayoría, que compone la floreciente industria de lo social, se encarga de explicarle a otros, tan o más precarios, la “importancia del currículum”. “Tienes que saber venderte”, repiten muchos, con palabras insensatas la papilla culpabilizadora fabricada en la batidora del poder.

Las empresas, mientras tanto, van refinando sus procedimientos de selección. La entrevista colectiva es uno de ellos, con sus preguntas desconcertantes para cada uno de los integrantes del grupo: “¿Cómo te ves dentro de 10 años?” Aunque las empresas más innovadoras han incorporado el original método del curso de formación-selección, o sea, 2 ó 3 días “formándote” gratis, y siendo observado previamente a la realización del ansiado contrato. Y todo esto no para trabajar de directivo, como los protagonistas de *El Método*, sino para ganar la friolera de 600 ó 700 euros mensuales.

Las dinámicas de grupo han hecho furor entre los procedimientos de selección. ¿Quién dijo que las empresas eran retrógradas o jerárquicas? Ahora se lleva mucho la técnica participativa. Profesionales precarios



por la estadística.

"El proceso de producción capitalista se presenta como proceso de apropiación capitalista de la fuerza de trabajo, que ya no es simple compra de esta mercancía, sino reducción de su naturaleza particular bajo el dominio propio; no será nunca más acto de intercambio individual, sino proceso de violencia social; no solo explotación sino control de la explotación" [3]. Mario Tronti identifica la naturaleza de "esa mercancía peculiar que es la fuerza de trabajo" y el nervio que cualifica la relación obrero-capital: violencia, control, poder en definitiva.

La externalización, la subcontratación, la flexibilidad, la precariedad laborales no son simplemente las consecuencias procesales de la producción flexible. Son, en primer lugar, un instrumento de dominio y de planificación del dominio sobre la clase obrera. El "uso capitalista de la clase obrera", prácticamente a conveniencia en este momento histórico, expresa en un espejo invertido la radical ausencia de poder social por parte de los trabajadores.

del gremio educativo se encargan de trasladar a las empresas todo el potencial horizontal y participativo incubado en los movimientos de renovación pedagógica o en los movimientos sociales alternativos. Inteligencia emocional, participación y "horizontalidad"... al servicio de la competencia entre los parados-precarios y el darwinismo empresarial. Las empresas de la guerra capturando y deglutiendo las creaciones y los aprendizajes del movimiento contra la guerra...

Otra invención notable es el "teléfono del candidato" que han fabulado, en su inagotable creatividad, sobre todo las grandes empresas como por ejemplo Atento. Si no te llaman y te inquieta que no te llamen, hazlo tú. Allí la empresa, sin que siquiera un encargado se manche la voz, te comunicará, a través de otro trabajador, casi con toda seguridad precario, que "no has superado el proceso de selección".

El diccionario nos indica que traficar es sinónimo de comerciar. Y el etimológico de Corominas encuentra su origen en "transficare" (manosear). Pues bien, las prácticas de selección y contratación hoy vigentes y dominantes, en lo que respecta al menos a parados y precarios, pueden denominarse, sin exageración alguna, de tráfico de trabajadores. Tráfico, en su doble sentido, de comerciar y también de manosear.

Interrumpamos ya la muestra de prácticas imaginativas de las empresas y avancemos una primera conclusión. La "gestión" de recursos humanos o del "mercado de trabajo" no es un dato más, un simple episodio de la dominación del capital sobre el trabajo. Con demasiada frecuencia los sindicalistas oficiales y "la izquierda" sustituyen el análisis por la contabilidad, la comprensión global por el economicismo, las relaciones sociales

¿Mercado de trabajo o de trabajadores?

"Ved aquí el mocerío. A ver ¿quién compra
este de pocos años, de la tierra
del pan, de buen riñón, de mano sobria
para la siega; este otro, de la tierra
del vino, algo coplero, de tan corta
talla y tan fuerte brazo, el que más rinde
en el trajín del acarreo? ¡Cosa
regalada!

Claudio Rodríguez:
"La contrata de mozos"

Agucemos el oído. Escucharemos hablar a trabajadores "mondos y lirondos" con naturalidad pasmosa de "el mercado". El mercado, como una fuerza telúrica, in-

eluctable, sagrada. El mercado como un dios regulador de haciendas y vidas. Y el mercado de trabajo como otra parcela más del gran latifundio de los hados.

En la sociedad capitalista "el trabajador queda rebajado a mercancía, a la más miserable de todas las mercancías" [4]. En el capitalismo, el trabajo, como plasmara vigorosamente Marx, "no sólo produce mercancías, se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía". Esta certeza, que constituía un conocimiento acumulado por los obreros a través de la historia y transmitido generacionalmente, ha sido arrumbada en los últimos años. Hoy es fácil encontrarse a licenciados universitarios que, a pesar de tener que malvivir durante años como teleoperadores, se abonan al "mito de la transitoriedad" [5] y a la ficción de la libertad de trabajo.

Frente al autismo de quienes se enrolan (e intentan enrolar a los demás) en el engaño de la "democratización" del mercado de trabajo, hay que volver al principio, a las certidumbres elementales. "Aquí no hay derecho al trabajo sino permiso de trabajo por parte de los empresarios; el derecho del empresario a obtener plusvalía tiene más fuerza que el derecho al trabajo y a un salario digno de todos los trabajadores"[6].

El problema no es que "el mercado de trabajo funcione mal", sino que el trabajo mismo constituya un mercado. Salirse de "la calandria dominante" es una condición indispensable siquiera para imaginar una sociedad distinta en la que el trabajo se libere del yugo del salario y de la alienación, y se atreva a preguntarse "qué, para qué y con qué consecuencias se produce"[7].

La naturalización de la precariedad

Vivir en ascuas. Vivir en la permanente vulnerabilidad, en la adaptación continua, en la ansiedad sistemática. Vivir en el presente perpetuo, en la desmemoria histórica, en el narcisismo tramposo del consumo. Así nos quieren, así nos tienen.

El poder fabrica nociones funcionales al totalitarismo de mercado que va imponiendo. Educación permanente, formación continua, sociedad del conocimiento, calidad total, empleabilidad... La adaptabilidad se convierte en una "virtud teologal" [8] al servicio del capitalismo flexible, de la producción especializada, de la multiplicación milagrosa de las mercancías.

Mentalidad precaria y sumisa: a su creación se han dedicado en la última década. Han conseguido normalizar, naturalizar la incertidumbre. Han conseguido que seamos incapaces de pensar otro mundo, de luchar por otro estado de cosas. Nos han hecho esclavos de nuestros contratos por renovar, de nuestras hipotecas eternas. Y todo ello mientras comprábamos su imaginario: han logrado que confundamos nuestro progreso con la expansión de sus grandes superficies comerciales, nuestra autonomía personal con sus negocios telefónicos o bancarios, nuestras derrotas con sus victorias.

> Inteligencia emocional, participación y "horizontalidad"... al servicio de la competencia entre los parados-precarios y el darwinismo empresarial.

Al fin acabamos aprendiendo en nuestros cuerpos magullados lo que significaba la palabra flexibilidad que invocaban continuamente. Supimos que flexibilidad tenía infinitos sinónimos: contrato basura, subcontrata, movilidad, accidente laboral, despido, individualismo...

Precariedad y competencia se funden en un solo cuerpo, se hacen indistinguibles. El poder moviliza todos sus instrumentos de reproducción ideológica y cultural para afianzar los nuevos "paradigmas": educar para la precariedad y para la competencia se convierte en uno de sus objetivos fundamentales. En la Universidad las empresas se introducen con fuerza, seleccionando y fidelizando a la clase dirigente del futuro, la que tendrá que hacer frente a las consecuencias (y convulsiones) de la sociedad precaria madura. En los concursos de televisión se aprenden las reglas básicas del todos contra todos: importancia de la doblez y de la delación, necesidad de una estrategia competitiva, lógica de el-ganador-se-lo-lleva-todo; y las empresas no tienen demasiadas dificultades al introducir sus mecanismos de división, de incentivos y negociación individuales.

"Adquirir experiencia laboral equivale a imitar a Ulises, hacerse astuto, doctorarse en razón instrumental, endurecerse frente al fracaso del otro. La ruptura con el *nosotros* es una prueba de madurez emocional"[9]. El psiquiatra Guillermo Rendueles ha analizado lúcidamente las transformaciones que se producen en esta situación de posesión del trabajador por el mercado. El yo oportunista se afirma para sobrevivir en el caos mercantil.

Un ejército desarmado de precarios recorre incansable, de una punta a la otra, las grandes ciudades pertrechados de currículums y sonrisas telefónicas.

“Ya sabes, aquí comes o te comen”: todos los pececitos de la precariedad repitiendo las metáforas de los tiburones, participando de los juegos suicidas de la selección natural diseñados en sus casinos, en sus clubes de golf, en sus residencias de campo.

Ser explotado no garantiza la conciencia de serlo, ni de sentirse explotado. “El sentimiento de explotación, que constituía uno de los motores de la identidad obrera, sigue vigente. Pero se vive ahora de modo individual, sin conexión con la colectividad” [10]. El poder consigue que desaparezca de la subjetividad obrera cualquier vestigio de clase. Son mayoría los precarios que se sienten clase media, que alejan su autoidentificación de cualquier referencia que huela a obrero o sueñan incluso con el éxito individual del pequeño jefe.

La identidad obrera, como afirman Beaud y Piafoux, queda desestabilizada, es arrinconada como un trasto viejo y conflictivo. Los contestatarios molestan: los que plantan cara son “piantes”, protestones, “están todo el día quejándose”.

El poder consigue eliminar el rastro del conflicto. Y el lenguaje de ellos y el nuestro van reflejando ese blanqueo de la explotación, esa adulteración de la realidad. Los empresarios ahora ya no son sino emprendedores. Ahora ya no despiden, se termina el contrato. Y las representaciones discursivas de la precariedad adoptan las metáforas de los juegos de azar (golpe de fortuna, suerte, ganar-perder, valía personal, nómadas...) [11]. La fuerza del destino retorna de su estado histórico durmiente para legitimar el capitalismo global.

A menudo hemos idealizado el nomadismo de este nuevo proletariado: nómadas que protagonizan el éxodo de la Ciudad de las Mercancías... Pero ¿qué éxodo es posible en estas condiciones? ¿Hacia dónde? Llamamos nómadas voluntarios a los que no son sino condenados a la trayectoria errática, a la biografía rota, al yo maleable. Y nuestra hipótesis, deseosa de hallar sujetos antagonistas, no es sino una mala réplica del viejo cliché: la “crítica artista” de mayo del 68 [12]. Pero el poder demostró ya sobradamente que es capaz de incorporar e incluso de ingerir como nueva vitamina la crítica artista: los cachorros de la revolución del 68, que cambiaron los adoquines de la barricada por los adosados de Majadahonda, convirtieron la incertidumbre bohemia en precariedad sistemática, la crítica a la cadena de montaje en carrusel espectacular de las mercancías.

La explotación y el miedo siguen ahí, el saqueo de las vidas precarias continúa, y ni todos los videoclips del mundo son capaces de cerrar esa herida latente. El descubrimiento de la impotencia personal y colectiva se resuelve en la clínica del psicólogo. “El nuevo fantasma que recorre Europa no tiene un mundo nuevo en su corazón sino una enfermedad del alma que ha sido bautizada en el ámbito anglosajón como mobbing (en castellano, acoso moral).... El mobbing es la caricatura del malestar laboral tradicional, un absurdo relato psiquiatrizado de las formas clásicas de fatiga o estrés laboral una vez descontextualizadas y expurgadas de su relación con la estructura de clases”[13].

El Marx corrosivo afirmaba que la Economía Política consideraba al obrero “como un caballo cualquiera que debe ganar lo suficiente para poder trabajar. No lo considera en sus momentos de descanso como hombre, sino que deja este cuidado a la justicia, a los médicos, a la religión, a los cuadros estadísticos, a la policía y al alguacil de pobres”. Y en nuestros días habría que añadir a la nómina de vigilantes de nuestro descanso al menos, a la televisión, a la publicidad y a las nuevas generaciones de alguaciles de pobres, y, de entre ellos, la legión de los psi..

Enfrentémonos a la precariedad soportando las verdades sin épicas postizas. Pero siendo capaces al mismo tiempo de eludir el riesgo del nihilismo, el peligro del “no se puede hacer nada”. El precariado no es una simple bola de billar del capital. No es sólo sujeto paciente, sujeto doliente. “El sujeto es al mismo tiempo producto y productivo, constituido en y constitutivo de las vastas redes del trabajo social”[14]. Rastrear las huellas de una conciencia de la precariedad, recorrer “el camino que va de la clase respecto del capital a la clase para si misma”[15], encontrar las pequeñas veredas donde se produce e hibrida una subjetividad revolucionaria. Resistir, convencidos de que “el trabajo vivo es una simiente que yace a la espera bajo la nieve”.



La gran transformación

Globalización, neoliberalismo, posfordismo, categorías-tentativas de interpretación de la Gran Transformación. Nos aproximamos intentando ponerle nombre a nuestro marasmo, a la derrota, al aplastamiento de las clases populares, a los posibles reagrupamientos para volver a una lucha que no sea simple rutina de supervivientes.

Se ha producido un prolongado golpe de estado contra el trabajo vivo, contra la inteligencia colectiva, del que la guerra de Irak (y las que vienen) no son sino el intento de reproducción del dominio por otros medios. Una subversión de las clases parasitarias para embridar el potencial explosivo que suponen la simple posibilidad de reapropiación colectiva de los productos de la cooperación humana (la biogenética o la revolución tecnológica, por ejemplo), la conciencia de colapso eco-

lógico producido por el capitalismo o la repugnancia de los pueblos colonizados frente al pertinaz imperialismo.

"La más superficial mirada del ser social muestra la indisoluble articulación entre sus categorías decisivas, tales como las de trabajo, lenguaje, cooperación y división del trabajo" [16]. El capitalismo cierra el círculo de subordinación de esas capacidades humanas. Algunos autores, tratando de explicitar la nueva calidad del régimen de dominación, afirman que "el capitalismo global funciona como un proyecto lingüístico". Otros, como Marco Revelli, apuntan a "una nueva sumisión de cualidades genéricamente humanas a la lógica de la empresa". La plusvalía absoluta, la subsunción de la sociedad en el capital de la que hablase Marx, pasa de tendencia a tangibilidad histórica.

Se está produciendo una hibridación, una combinación de formas diversas de depredación laboral que parece no tener fin.

Es ahí, en ese proyecto totalitario del capitalismo, donde podemos interpretar la precariedad del trabajo y de las vidas. En la globalización capitalista todo el trabajo tiende a la precariedad. La globalización es una política de clase que busca una subordinación permanente del trabajo vivo y la deconstrucción del trabajo como sujeto social. La deslocalización, la externalización o la calidad total son algunas de las excrecencias, las palabras que forman la lírica embellecedora de esta voluntad de poder del capital. En este sentido podríamos decir que "el telemárketing no es un sector económico sino una estrategia empresarial concreta de precarización y flexibilización de grandes segmentos de la fuerza de trabajo a través de la externalización"[17].

En la globalización todo el trabajo deviene potencialmente precario. El capital, al menos durante algunas décadas (el límite temporal de la desruralización del que habla Wallerstein), puede seguir hallando nichos laborales más precarios que los anteriores con la única frontera material de garantizar las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo.

Así nos encontramos que mientras la lógica asalariada del trabajo sigue siendo un dogma incuestionable, sin embargo se produce una descualificación creciente del mismo. El nuevo voluntariado, por ejemplo, "crecería a la sombra de la precariedad". "No es casual que la "explosión" del voluntariado se solape en su inicio con una crisis del mercado laboral" [18]. El capital consigue incluso convertir el altruismo en una punta de lanza más de la precarización del trabajo, ataviada en este caso con los retales retóricos de la economía social y solidaria que apenas alcanza a tapar sus desnudeces.

Otro ejemplo revelador de la capacidad del sistema social imperante para subordinar todas las facetas de la vida y las iniciativas de cambio social a la lógica precarizadora es lo que ocurre con la crisis de los cuidados. "La crisis de los cuidados no se convierte en un desencadenante para exigir un modelo de organización social que priorice las necesidades de las personas, sino que se está convirtiendo en un motor de generación de más precariedad" [19].

Los precarios son precarizados y precarizan a su vez también. En "la precariedad se entrecruzan numerosos ejes de poder: la clase y el género, pero también la etnia y el país de origen o de residencia, entre otros". Pero el poder exalta las políticas de identidad consiguiendo al mismo tiempo segmentos específicos de mercado y competidores entre sí por las migajas de seguridad laboral y social. La superposición de identidades se convierte en política comercial y en estrategia de división de clase, simultáneamente.

Los jóvenes, sin testigo de lucha, desconfían del movimiento obrero clásico que "ya no parece proporcionar una esperanza colectiva y que, incluso, parece encerrarles en un mundo viejo, en el que las palabras sociales ya no aferran realidad" [20]. Los inmigrantes sufren el turbio racismo de otros obreros nativos agarrotados por el fantasma y el riesgo de la subproletarización. Todos contra todos en este baile de máscaras de las identidades múltiples de la posmodernidad.

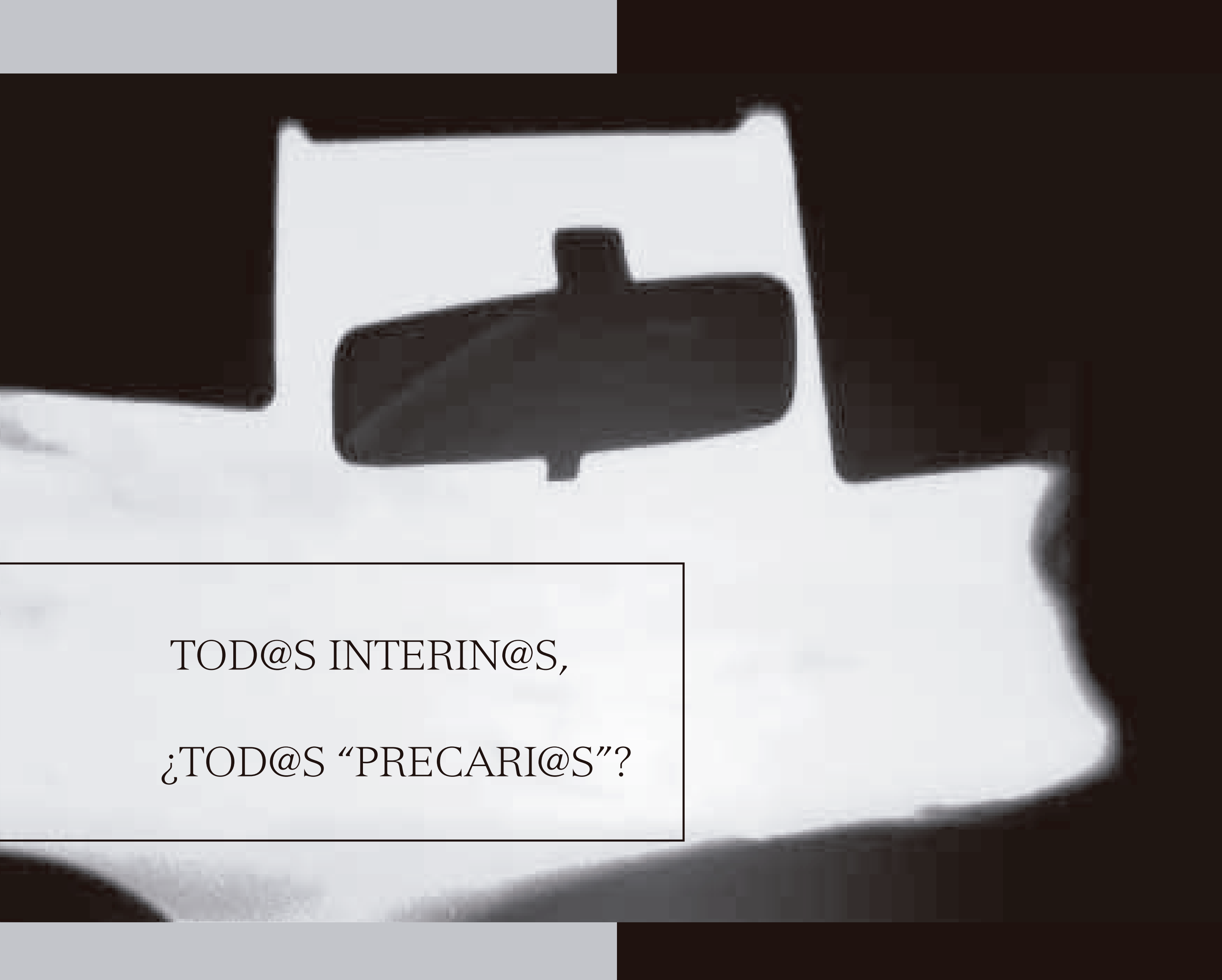
El consentimiento de la precarización creciente no es producto solo ni fundamentalmente de la "seducción del espíritu del nuevo capitalismo", sino el resultado de un entramado complejo de violencia económica, social, simbólica y cultural.

La precariedad, la condición social obrera, puede sacudirse la opresión e interpretar el deseo general de la emancipación humana. La verdad universal es enteramente subjetiva, unilateral como se encargan de recordarnos Zizek y Badiou. El surgimiento singular de la verdad de la barbarie contemporánea puede incubarse en los sujetos precarios: el movimiento antiglobalización y contra la guerra fue en su inicio, precisamente, una primera tentativa de expresión.

Sólo en la ternura y el coraje de los desposeídos, que retratase magistralmente Charlie Chaplin, se encuentra la esperanza de otro mundo .

Referencias bibliográficas

1. "Los límites epistemológicos de los análisis sobre el trabajo", de Lina Gavira. Sociología del Trabajo número 34.
2. Obra esencial, de "Edward P. Thompson" .Editorial Crítica.
3. Obreros y capital, de Mario Tronti. Editorial Akal.
4. Manuscritos de Economía y Filosofía, de Karl Marx. Editorial Alianza.
5. El telemárketing en España, de Angel Luis Lara. Sociología del Trabajo, número 49.
6. El empleo precario, de Andrés Bilbao. Introducción del CAES. Editorial Los Libros de la Catarata.
7. Manifiesto contra el trabajo, del Grupo Krisis. Editorial Virus.
8. Más allá del siglo XX, de Marco Revelli. El Viejo Topo.
9. Egolatría, de Guillermo Rendueles.
   Publicado en www.rebelion.org
10. "A vueltas con la condición obrera", de Stephane Beaud y Michel Pialoux, en Sociología del Trabajo, número 52.
11. Representaciones discursivas de la precariedad, de Ana María Rivas Rivas. Publicado en Jornadas de Economía Crítica. http://www.ucm.es/info/ec/
12. El nuevo espíritu del capitalismo, de Boltanski y Chiapello. Editorial Akal.
13. Guillermo Rendueles, obra citada.
14. El trabajo de Dionisos, de Antonio Negri y Michael Hardt. Editorial Akal.
15. Historia y consciencia de clase, de Georg Lukács. Editorial Grijalbo.
16. Ontología del ser social, de Georg Lukács. EditorialHerramienta.
17. Angel Luis Lara, obra citada.
18. Voluntariado y precariedad, de Ángel Zurdo Alaguero, en Sociología del Trabajo número 52.
19. La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel, de Sira del Río, en Rescoldos número 9.
20. Obreros sin clase social, de Stephane Beaud y Michel Pialoux. Trabajadores precarios, de Rafael Díaz-Salazar. Ediciones HOAC.



TOD@S INTERIN@S, ¿TOD@S "PRECARI@S"?

Jorge García López,
Pablo Meseguer Gancedo
Alberto Riesco Sanz*

La “precariedad” como origen y como consecuencia de todos los males que nos asolan

En la última película de Lars Von Trier, *Manderlay*, las relaciones de dominación esclavistas que se producían en una explotación algodonera de los EE.UU. son supuestas por la bienintencionada protagonista, Grace, como el resultado de la cultura y los valores de los amos de la plantación. Cultura y valores codificados en el *Libro de Mam*, especie de “tablas de la ley” por la que se regía el gobierno de la explotación y cuya lectura estaba prohibida a los esclavos. Según la hipótesis de la protagonista, la explicitación de los valores de dicho Libro, y su relación directa con las miserables condiciones de vida y de trabajo soportadas por los esclavos, habrían de bastarse para hacer explosionar el antiguo “orden” al revelar la arbitrariedad del mismo, abriendo simbólicamente para aquellos la posibilidad de otros órdenes posibles. Buena parte de nuestras estrategias de lucha y transformación social actuales quizás se están apoyando en los mismos presupuestos con los que opera Grace.

La “precariedad”, por ejemplo. Un término con el que nos hemos familiarizado últimamente a la hora de diagnosticar la situación presente, entendiéndola como “todo fenómeno” de “degradación” de las condiciones “de vida, empleo y trabajo” que dificulte la realización de “proyectos de vida personales emancipados”. Pero, con dicho término, ¿estamos dando cuenta de la especificidad de ciertos procesos sociales o describiendo algunos de sus efectos? Parece, más bien, lo segundo. La “precariedad” funciona entre nosotros muy a menudo como *un adjetivo* que adherimos a la realidad social en varias de sus dimensiones y, potencialmente, en todas ellas: precariedad en el “empleo”; en los “salarios”; en las “condiciones de trabajo” y la “salud laboral”; en los “niveles de vida” y “consumo”; en el conocimiento; en las “identidades” personales y sociales; en los “vínculos sociales comunitarios” y en los proyectos vitales, etc. Con ello, ¿conseguimos algo más que connotar negativamente los fenómenos así señalados? En otras palabras, estaríamos ante una “precariedad” que podría acabar resultando un saco sin fondo en el que ir introduciendo todo lo “malo” de todos y cada uno de los niveles de la experiencia social. Experiencia que podemos vernos tentados finalmente (¿o, más bien, desde un principio?) a tratar de explicar por, precisamente, su “precarización”, enfangándonos en explicaciones tautológicas.

Al tratar de escapar de este tipo de explicaciones circulares, las razones de dicha “precarización” de TODA vida social se nos van, muy a menudo, hacia algo tan general, universal y abstracto que nos podemos ver obligados a delegarlas en instancias como el “capital”, la “economía”, la “racionalidad instrumental de mercado”, la “ofensiva neoliberal”, etc. La mayor parte de las veces, tras estos vocablos, colocaremos los intereses, la cultura, los valores y las estrategias de las “clases dominantes”. Éstos serían los elementos claves que señalarían el punto de inflexión histórico y el origen último del fenómeno de la “precarización”. Así, por ejemplo, el tránsito del pleno empleo a la desregulación sería el resultado de un cambio de la “política” económica: del keynesianismo al neoliberalismo. Paradójicamente, los mismos Estados que por razones “estructurales” (la conversión de los salarios en un componente activo de la demanda interna) sostuvieron en su momento el crecimiento del poder adquisitivo de las clases trabajadoras son reinterpretados implícitamente como habiendo, en aquel entonces, “elegido” hacerlo, lo que permite entender el “giro neoliberal” de la década de los ochenta como un asunto esencialmente “ideológico” con el que lograr una nueva relación de fuerzas más favorable para las “clases dominantes”.

Algunas de las dificultades que nos plantearían este tipo de diagnósticos irían, por ejemplo, por aquí: ¿Cómo se llega, concretamente, de los valores e intereses de la clase dominante hasta una regulación normativa por cupos del derecho de residencia para los inmigrantes laborales extracomunitarios en España apoyado por los propios colectivos de inmigrantes? ¿O a un expediente de regulación de empleo que afecta de forma diferenciada a trabajadores y trabajadoras de un grupo de empresas y que es sancionado favorablemente por los comités de empresa? ¿O a la subcontratación de jóvenes a través de una ETT por parte de una empresa cooperativa de Alicante cuyo consejo de administración está conformado por antiguos sindicalistas “revolucionarios”? ¿Estarían directamente involucrados en dicho “giro” o “conspiración” los técnicos de las administraciones de todos los países occidentales, junto con los miembros de los colectivos de inmigrantes, todos los miembros de dichos comités de empresa y dicho consejo de administración? ¿No resulta sospechoso, en estos planteamientos, la utilización que hacemos de instancias como el “capital”, la “economía” o la “racionalidad instrumental de mercado” (instancias que nos permiten siempre explicar la emergencia de toda medida “chunga” por su funcionalidad para la “clase dominante” aún cuando, en toda evidencia, en muchas de dichas manifestaciones y medidas coparticipamos activamente también las clases “subordinadas” o “dominadas”)?

Por otro lado, el corolario de este modo de operar es un intento de detección y configuración de los nuevos sujetos transformadores potenciales en aquellos colectivos que más miserias suman en cada una de las dimensiones sociales “precarizadas”: empleos tempo-

rales, salarios bajos, altos porcentajes de accidentalidad laboral, proyectos vitales suspendidos de forma permanente, identidades marcadas por el "complejo de Peter Pan", vínculos sociales tradicionales desestructurados, etc. Aquellos colectivos que reúnan tres o cuatro de todas estas características serían los que más fácilmente pasarían a encabezar la pancarta de las manifestaciones futuras contra la "mercantilización de la vida". Se puede percibir la utilidad movilizadora del argumento: un significante (la precariedad) que lo engloba todo es un significante tras del cual podría movilizarse, potencialmente, todo el mundo. Salvo que, hasta la fecha, pocos son los interpelados en la práctica por éste y, aquellos que lo son, resultan serlo únicamente durante un tiempo. Precisamente, durante los períodos en que el deterioro simultáneo de varios niveles de su experiencia social les permiten reflejarse en esa imagen miserabilista que proyectan las usuales figuras obreras "precarias" de analistas, políticos y sindicalistas. En definitiva, aún desde un punto de vista puramente ideológico, la predicación sólo parece funcionar para los ya convencidos.

Reformulación del diagnóstico: la "interinización" generalizada de la fuerza de trabajo

A nuestro juicio, si hay un proceso clave en el conjunto de transformaciones englobadas hoy bajo el término de precariedad, es el de, precisamente, la temporalización del empleo. Ésta ya no afecta únicamente a los jóvenes o a las mujeres, ni a los trabajadores sin formación, ni a los mercados secundarios... Cada vez más empleos cualificados resultan hoy ocupados en régimen de interinidad: programadores informáticos, artistas, investigadores, ingenieros agrícolas, técnicos audiovisuales, arquitectos, guionistas, profesores universitarios, empleos ligados a antiguas profesiones liberales (auxiliares y técnicos de ópticas, clínicas dentales, estéticas, etc.), etc. No resultan, por ello, empleos infrapagados o caracterizados por unas malas condiciones de trabajo y/o de consumo (en comparación con los demás). Pero en ellos, como en los otros, su ocupación y desempeño en tal empresa, organización u administración se realiza por un período de tiempo determinado.

Evidentemente, las formas jurídicas en las que se concreta este proceso de interinización no son unívocas: en paralelo a los contratos asalariados temporales en sus diferentes variantes, nos encontramos con la conversión de empleos asalariados en "trabajos por obra y servicio" y "falsos" autónomos e incluso en "becas" y trabajo "voluntario".

Este proceso presenta, pues, un nivel de generalidad tal (trans-sectorial e, inclusive, transnacional) que pretender remontar el río hasta localizar una fuente original y única de su explosión y desarrollo, en los valores de ciertos personajes[1] resulta actualmente forzar la realidad hasta límites que rozan la insensatez. La cantidad de colectivos implicados hoy en este proceso es tal que resulta imposible que todos compartan la misma ideología y los mismos valores, convergiendo, sin saberlo, en una misma estrategia o Plan Maestro Universal. Y no es que no existan "informes" y "proyectos" de mil y una consultoras y fundaciones por la Ley y el Orden *(Think Tanks)*, declaraciones programáticas tras reuniones de altísimo nivel (Davos, G8, etc.) o acuerdos internacionales apadrinados por instituciones, como el FMI o el Banco Mundial. Sin embargo, todas estas elaboraciones no constituyen tanto los capítulos de un *Libro de Mam'* en el que se codificaría la dominación universal y sus procedimientos como, quizás, intervenciones desde las que se trata de experimentar socialmente sobre los mismos procesos en curso que, desde otros puntos de vista y situaciones, nosotros (o cualquier organización social, ya sea ayuntamiento, sindicato, movimiento social o colectivo, etc.) también tratamos de influir. En otras palabras, por mucho que se retroalimenten, es necesario distinguir los instrumentos sociales a través de los cuales se describe, se experimenta y se intentan regular los procesos sociales, de los procesos sociales mismos. Resulta evidente que, en nuestros días, en torno a los intentos de transformación y gestión de dichos procesos hay intereses particulares en juego[2], que esas regulaciones y experimentos[3] cambian los precarios equilibrios existentes entre las diferentes partes y protagonistas beneficiando a unos frente a otros, etc. Sin embargo, no es posible, a nuestro entender, comprender el rumbo que están tomando procesos y transformaciones atendiendo exclusivamente a los valores, intereses e intenciones de ciertos actores en su actuación sobre aquellos.

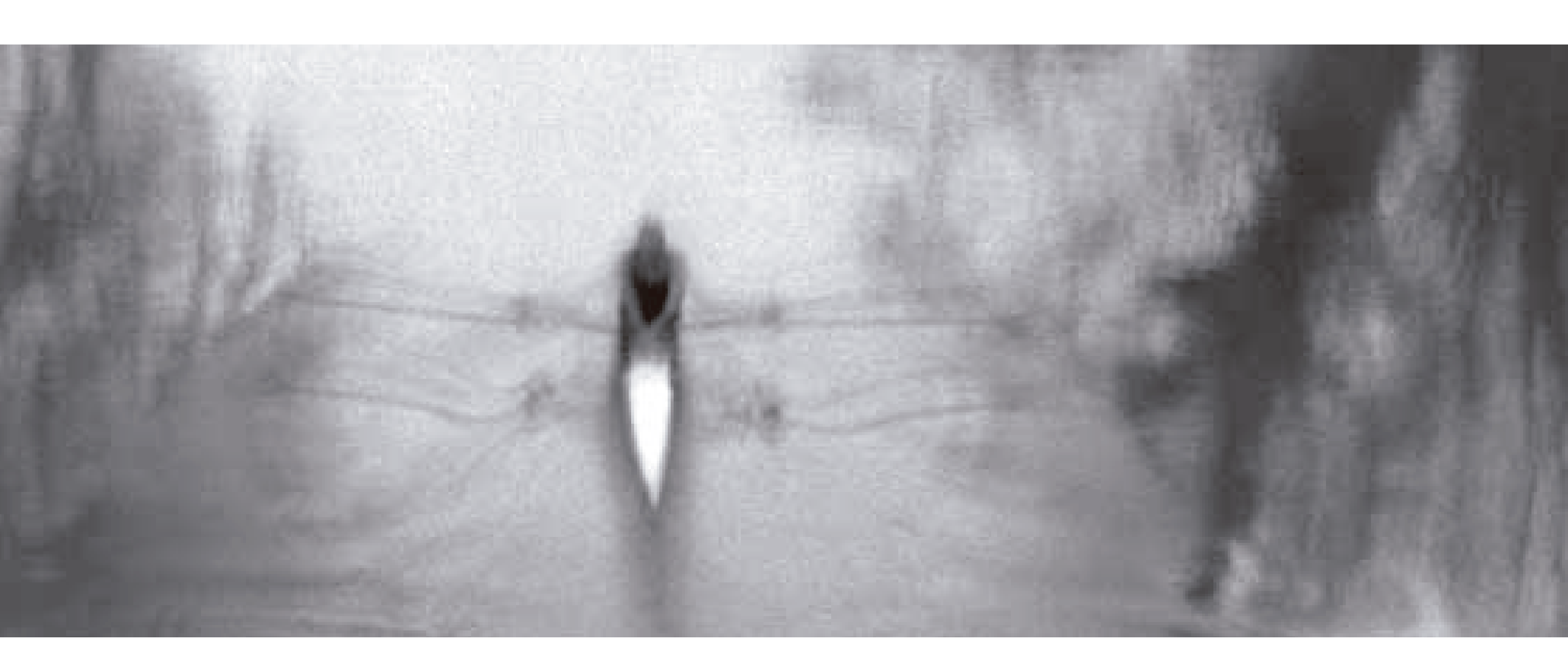
Pongamos un ejemplo. La política educativa desarrollada en los últimos decenios por parte de la Unión Europea, la política de "formación a lo largo de toda la vida", no podría estar pavimentada de mejores intenciones por parte de sus promotores originales. Jacques Delors, pedagogo ligado inicialmente a los movimientos cristianos de base operantes durante los sesenta y setenta en Francia en el ámbito de la educación de adultos, fue el artífice, en los noventa, de sendos Libros Blancos cuyo propósito declarado era coadyuvar en Europa al paso de la sociedad "industrial" hacia la sociedad del "conocimiento": una sociedad, esta última instancia, compuesta por "ciudadanos emancipados" en lugar de por "operarios descualificados". La piedra filosofal de dichas políticas -la sustitución de la "obsoleta" gestión de las clasificaciones y carreras profesionales en tér-

minos de "cualificaciones" por una novedosa gestión en términos de "competencias"- abría un vasto campo de experimentación social cuyos sentidos y efectos últimos resultan difícilmente deducibles de la letra, aún de la pequeña, contenida en aquellos informes. Son más bien los resultados de la actuación de unos y otros agentes sobre dicho campo de experimentación la que nos coloca sobre la pista de efectos y sentidos generales cargados de una fortísima ambivalencia[4].

Por todo ello, desde el punto de vista de la elaboración de un diagnóstico que nos permita operar en ese conjunto difuso de medidas y movimientos que agrupamos bajo el término de "precariedad", quizás resulte más conveniente pasar a un análisis que nos permita llegar, no sólo a decir algo de cómo se pretenden gobernar los procesos sino, también, de las transformaciones y características propias de los procesos sociales mismos "a gobernar". Para ello habríamos de atender a las mediaciones que, operando sobre las actuaciones de los actores y determinando sus ámbitos de actuación, les constituyen socialmente como tales actores, condicionando así los efectos generales de sus actuaciones.

¿Qué mediaciones serían esas? La automatización productiva, la inserción general de los servicios en el conjunto de la producción industrial, la unificación y reticularización de los procesos industriales a nivel mundial y la descentralización y unificación de los mecanismos organizacionales de gestión de las condiciones de formación y vida de las poblaciones. Es su análisis el que nos permitiría entender la creciente temporalidad del empleo (la interinización generalizada de la fuerza de trabajo a la que antes nos referíamos) como un proceso alimentado por la multiplicación de las posibilidades de reorganización productiva que, de forma cada vez más acelerada, están llevando a cabo las unidades productivas, privadas y públicas, con vistas a alcanzar crecientes cotas de productividad que les permitan mantener sus niveles de competitividad.

Así, por ejemplo, y volviendo a las políticas de formación europeas, la movilidad acrecentada de los trabajadores por los puestos de trabajo resultaría ininteligible sin atender a la transformación seguida por las instituciones educativas. Labor cada vez menos circunscrita a los periodos iniciales de la vida de los individuos y que se desarrolla a lo largo de toda la biografía laboral mediante la combinación de periodos de empleo con otros de perfeccionamiento o reciclaje profesional.



Si el aprendizaje permanente se ha instalado ya, hace años, como un elemento fundamental de las políticas de empleo del Estado español, la articulación entre los sistemas de formación ocupacional (la dirigida a los parados) y formación continua (la dirigida a los trabajadores en activo) se ha desarrollado hasta el punto de que el reciente Acuerdo de Formación Profesional para el Empleo, firmado el pasado enero, prevé la integración de ambos subsistemas. Lo que permite constatar la importancia que adquieren en nuestros días los mecanismos sociales que posibilitan una rápida adaptación de las habilidades laborales de los trabajadores a los cambios que reclaman los espacios productivos en su evolución.

Si la formación aparece así como una mediación de



primer orden en la creciente movilidad de los trabajadores entre los espacios de producción, las formas que está adoptando su sanción social también parecen ir en el mismo sentido. Tanto la homologación de las titulaciones a nivel europeo, como la creación de un Catálogo Nacional de Cualificaciones Profesionales (en el que éstas aparecen descompuestas en una serie de competencias cuya adquisición se acredita bien en sistemas de formación -reglados o no-, bien a través del trabajo efectivo), nos dibujan un panorama en el que las habilidades laborales reclamadas en cada puesto de trabajo pueden buscarse en espacios cada vez más amplios y más fácilmente reconocibles, lo cual implica abrir de forma creciente las posibilidades de movilidad y recombinación productiva de trabajadores y puestos de trabajo.

Estas movilidades y recombinaciones no resultan, en absoluto, ajenas a las transformaciones que han venido operándose en los procesos de trabajo. La automatización funciona hoy en todos y cada uno de los sectores productivos y, tras su implementación, el trabajo humano resulta cada vez menos una parte del engranaje y más un elemento necesario para la programación, regulación y supervisión de funcionamientos crecientemente automatizados. En un sector como el agrícola, que no solemos asociar con la tecnificación en la producción, la introducción de maquinaria dotada de las tecnologías más modernas ha permitido al Estado Español pasar de una cobertura de abastecimiento del 80% en 1980 al 125% actual[5]. Estos aumentos en la productividad tienen su reflejo en los precios: mientras que en 1958 los hogares españoles destinaban el 55% de sus ingresos a alimentarse, hoy, con una dieta mu-

cho más rica y variada, destinamos menos del 20%. Pero los tomates hoy cultivados en, por ejemplo, lana de roca o fibra de coco y con sistemas de riego activados a través de teléfonos móviles, nos hablan también de otras cosas: el incremento exponencial de los empleos de "servicios" no se está realizando al margen o en detrimento de los sectores primario y secundario tradicionales sino que está traduciendo una mutación en las formas agrarias e industriales de producir. Unidades productivas agrícolas e industriales cada vez más pobladas de programadores informáticos, biólogos, físicos, matemáticos, ingenieros, etc. Con ello, la explosión de los servicios, lejos de representar una mutación "post-industrial" de nuestras sociedades (eufemismo con el que se trata, en muchas ocasiones, de invocar un pretendido carácter "post-capitalista" para estas últimas) estaría encarnando, más bien, las formas adoptadas por la producción propiamente capitalista en los estadios más avanzados de su desarrollo.

Esta forma propiamente capitalista de producir caracterizada por la automatización, pasa por la fluidificación (cuyo paradigma original se haya en la industria química) de todos los procesos productivos, esto es, por el recorte incesante de los tiempos implicados tanto en los ciclos productivos como en los de la distribución y el consumo. Estos procesos (automatización de la producción de bienes y servicios, pero también de las redes de transporte y comunicación) nos permitirían entender también la expansión de una estructura productiva hoy marcada por la dispersión y la articulación reticular de las conexiones entre diferentes unidades de producción. La "empresa" que se hacía cargo, de principio a fin, de la producción de un bien o servicio tiende a desaparecer; es sustituida por una red de unidades de producción descentralizadas y en constante recomposición en la que convergen empresas de diferentes países y tamaños, centros de investigación públicos y privados, organismos políticos nacionales y transnacionales, etc.

La deslocalización empresarial, la subcontratación o el aumento del comercio mundial son las manifestaciones más visibles de una transformación por la cual las unidades de producción, en diferentes puntos del planeta, se complementan entre sí, alquilándose las unas a las otras los conocimientos, los materiales y los clientes con vistas a encontrar la forma más productiva y rentable de producir y vender mercancías. En esta estructura, los trabajadores son empleados por períodos limitados y variables a propósito de operaciones y actividades que cambian a velocidad de vértigo, y que reclama de ellos un aumento de su movilidad y su reciclaje permanen-

Un significante (la precariedad) que lo engloba todo es un significante tras del cual podría movilizarse, potencialmente, todo el mundo.

El trabajo humano resulta cada vez menos una parte del engranaje y más un elemento necesario para la programación, regulación y supervisión de funcionamientos crecientemente automatizados.

te. Procesos sólo entendibles si tenemos en cuenta la mediación que ejercen tanto las instancias formativas de las que hablábamos antes, como toda una serie de medidas a través de las cuales se habilita, en unas u otras formas, la disponibilidad hacia el empleo de los diferentes segmentos de la clase de los asalariados[7]. Un contexto productivo como el descrito está obligando también a las empresas a ajustar su producción, cada vez con mayor exactitud, a los niveles de demanda efectiva[8]. Estamos, en definitiva, asistiendo a una producción en la que los stocks son cada vez más residuales, habiéndose dotado las empresas de mecanismos para articular de forma cada vez más precisa su producción a los niveles y formas de consumo de las poblaciones.

Por mucho que se retroalimenten, es necesario distinguir los instrumentos sociales a través de los cuales se describe, se experimenta y se intentan regular los procesos sociales, de los procesos sociales

Es evidente que los procesos de automatización que aquí hemos tratado de describir en sus efectos sociales resultan también, a su vez, un producto social. Un producto condicionado por la especificidad propiamente capitalista de las relaciones sociales contemporáneas: las tecnologías implementadas son aquellas que coadyuvan a separar al trabajador colectivo de los puestos de trabajo efectivamente existentes, permitiendo así la permanente recomposición, en nuevas formas, de estos últimos (condición sine qua non para el permanente desarrollo de la productividad][9]. No obstante, los efectos sociales ligados a la penetración de la ciencia y la tecnología en el conjunto de los procesos productivos ¿se agotan en las intenciones e intereses específicos de cada empresa a la hora de su aplicación?[10]

Nos guste o no, es en ese contexto en el que debemos actuar, y parecen existir dinámicas suficientemente generalizadas como para pensar que las transformaciones en curso no responden al mero arbitrio de los intereses de ciertos actores sociales, sino que tienen que ver con una forma de producción, circulación y consumo, articulada a escala planetaria, con pocas probabilidades de resultar reversible. Las dificultades que se nos presentan en un contexto así son enormes. ¿Cómo conciliar la creciente inestabilidad en el empleo con la necesidad que tenemos, en tanto que asalariados, de obtener una remuneración a lo largo de toda nuestra vida? ¿Qué garantiza que nuestros esfuerzos formativos vayan a permitirnos hacernos con el empleo anhelado, cuando existen otras muchas personas cuentan con competencias similares y encima nuestros empleadores potenciales pueden irse a buscarlas a otro lugar del planeta? ¿Cómo construir instancias a través de las cuales abordar los riesgos que se nos están planteando y que, según parece, difícilmente pueden abordarse a través de las formas tradicionales que se sustentaban en un empleo prácticamente estable de por vida?[11].

Ahora bien, si es cierto que tras la interinización generalizada de la fuerza de trabajo nos encontramos con tasas crecientes de temporalidad que estarían quebrando muchos proyectos vitales y profesionales, también es cierto que, hoy en día, una misma persona puede ser utilizada en un conjunto creciente de puestos y cada puesto puede ser ocupado por una cantidad más grande de personas, lo cual permite pensar en una distribución y disminución generalizada del tiempo de trabajo como una posibilidad de transformación, no utópica, del lugar que ocupa el trabajo en nuestras vidas. Igualmente, el aumento de los niveles generales de formación y la automatización y tecnificación de la producción están permitiendo alcanzar unas cotas de productividad en absoluto desdeñables a la hora de pensar en una generación y un reparto de la riqueza desde otros parámetros distintos a los actuales. En la misma línea, la articulación de espacios productivos impensables hasta hace pocos años o la hibridación entre producción, circulación y consumo están posibilitando una producción en tiempo real y una maleabilidad en los sistemas productivos que podrían resultar fundamentales a la hora de poner en marcha algún tipo de planificación y gestión social de la producción. Dinámicas que, de alguna forma, están contenidas, en tanto que posibilidad, en los procesos que hemos descrito pero que, quizá, resulte demasiado complicado el planteárselas si sólo abordamos las alternativas al presente desde la añoranza de un pasado mitificado.

Notas:

*. Jorge García López, Pablo Meseguer Gancedo y Alberto Riesco Sanz son sociólogos y coautores, junto a Jorge Lago Blasco, del libro: *Lo que el trabajo esconde. Materiales para un replanteamiento de los análisis sobre el trabajo,* Traficantes de Sueños, Madrid, 2005.

1. En, por ejemplo, las ideas de Smith o Hayeck, las de los co-firmantes de los Pactos de la Moncloa, las de los técnicos que diseñaron las políticas estatales amparadas en la lucha contra el desempleo juvenil de los ochenta en España o los supuestos ideológicos compartidos por los redactores del último informe económico de la Caixa, etc.

2. Entre países, entre bloques de países, entre capitalistas, entre segmentos de la fuerza de trabajo, etc.

3. Aprobar o no determinados proyectos de reformas laborales, determinadas reformas educativas, políticas fiscales, prácticas como la deslocalización empresarial, la inhibición pública en materia de vivienda, la regulación en términos restrictivos de la circulación del saber y las patentes, reformas sanitarias, etc.

4. Vía de financiación *para el sindicalismo de concertación,* instrumento para la disolución de sendos cuellos de botella en el mercado de trabajo *para amplios grupos de empresarios,* coartada para el blindaje en el empleo -vía experiencia laboral- *para determinados colectivos de trabajadores estables,* instrumento para la reorganización interna de las enseñanzas regladas superiores *por parte de unos y otros grupos de funcionarios docentes,* etc.

5. La combinación del conocimiento científico y de sus aplicaciones en la agricultura ha coadyuvado a que las vacas de 2006 produzcan el triple de leche que las de 1976 y que una sola granja produzca 12 millones de huevos al año, suficiente para proveer de un huevo al mes a un cuarto de la población española.

6. Como en muchas ocasiones es interpretado el dato: dando cuenta, exclusivamente, de los trabajos de masajistas, restauradores, trabajadoras del sexo, trabajadores domésticos, etc.

7. Como podría ser la futura Ley de Dependencia, ley que abre la posibilidad de facilitar el acceso al mercado de trabajo para muchas mujeres con personas dependientes a su cargo.

8. En este sentido cabe entender la diversificación de sus proveedores y los intentos por ampliar sus mercados potenciales, al igual que la implementación de procesos productivos "justo a tiempo", activados una vez que la demanda ya se ha producido o anticipándose a ella con un alto nivel de precisión a través de diferentes estudios y prospecciones del mercado.

9. Desde este punto de vista, *para cada fracción de capital particular invertido en la pro-ducción,* la razón inmediata para una posible renovación de su componente fijo pasa por los incrementos que, previsiblemente, aporte a su tasa de beneficio y por los plaz-os de amortización que ésta permita.

10. Dos ejemplos más al respecto. Por un lado, hoy por hoy, uno de los mayores pedazos del pastel que supone Internet viene constituido por empresas que gestionan y venden bases de datos relativas a los consumos e itinerarios habituales de los cibernautas. Por el otro, se han creando programas capaces de analizar cientos de miles de canciones y que, en función de los esquemas rítmicos, melódicos, tímbricos, etc., de los mp3 almacenados, son capaces de establecer patrones de búsqueda de archivos similares. Los primeros son usados para castigar a los usuarios con spam; los segundos para asesorar a las discográficas sobre las características a cumplir por sus lanzamientos para lograr probables hits. Pero esta automatización de las prácticas de consumo y de los gustos musicales permite también otras cosas: constituye una condición de posibilidad preciosa para nuevas planificaciones colectivas conscientes y democráticas de la producción, la distribución y el disfrute de la riqueza social.

11. No obstante, ¿es que alguien piensa que los asalariados no vamos a exigir próximamente las mismas o similares garantías para las nuevas situaciones que ningún convenio de rama o empresa puede ya garantizar? ¿No las exigió en su momento cuando los gremios y los mercados de trabajo regulados por los sindicatos de oficio dejaron de funcionar como avales del poder de negociación de los asalariados en las empresas industriales de finales del XIX principios del XX? Y ¿a qué organizaciones sociales se le podrían exigir en un futuro próximo esas nuevas garantías (salarios, salud, vacaciones, jubilación, etc.) cuando empecemos a constatar que vida laboral ya vencida de muchos de nuestros compañeros ha pasado por la firma de 20 contratos en 8 organizaciones productivas diferentes -públicas y/o privadas- pertenecientes a 3 sectores distintos ubicados en territorios alejados?... Una posible acción colectiva a medio plazo pasaría por tratar de alcanzar acuerdos entre instituciones formativas, administraciones y organizaciones privadas de ambos territorios, como de hecho viene ya ocurriendo -aunque sea de modo incipiente- en algunas movilizaciones europeas (desempleados, actores, etc.).

HACIA UN DERECHO UNIVERSAL DE CUIDADANÍA (SI, DE CUIDADANÍA)

Carolina Junco
Amaia Pérez Orozco
Sira del Río

CGT – COMISIÓN CONFEDERAL CONTRA LA PRECARIEDAD



De cómo un guiño del azar rompe con el dividido y excluyente pensamiento cartesiano (ciudadano-no ciudadano):

Ocho de Mayo de 2004, día de la inauguración de cierto centro vecinal en cierta casa por rehabilitar en cierto barrio de cierta ciudad… para lo cual se destapa una placa conmemorativa de tal evento, fruto de años de lucha, resistencia y vecinaje… denuncia de la especulación y demás, apoyo a las personas afectadas, conciertos, paellas y actividades en la plaza y en las calles… relaciones entre la gente del barrio, un proyecto común… Pero ¿qué pasa?, ¿qué pone en la placa?, ¿es por error?.

"El día 8 de Mayo quedó inaugurado este centro vecinal teniendo el poderío las vecinas y vecinos del barrio de Pumarejo para uso y disfrute de la ***Cui****dadanía*"

Salió así, por error, por lapsus, por azar, pero la cosa es que ahí está, cristalizando tantos debates y tantas ideas sobre nuestra realidad social y los cuidados… Lo pillamos al vuelo con la ligereza que dan los guiños y como tal lo vivimos, como guiño que nos permite salirnos del pensamiento más lineal, que nos encorseta en conceptos cerrados al margen de la realidad que nos circunda. No es un concepto que nos pertenezca a nosotras ni a nadie, es una idea, un proceso abierto, una posible construcción colectiva esperando aportaciones desde distintos ámbitos que recodifica nuestra realidad cotidiana y política en torno a las necesidades de las personas, que pone en el centro el cuidado de la vida como responsabilidad social y colectiva. Como tal lo lanzamos para que resuene desde las distintas experiencias y ámbitos, para que seamos capaces de dejar el avance de una idea, de un proceso colectivo en construcción.

¿Por qué renunciar a la idea de ciudadanía?

¿Qué hay de malo en eso de exigir derechos en base a nuestra condición de ciudadanas y ciudadanos? ¿Por qué renunciar a la idea de ciudadanía? Por tantas cosas… Porque el significado, la historia y el contenido de la noción de ciudadanía como forma de reconocer a los sujetos en una sociedad están marcados por el predominio de los mercados capitalistas y por la exclusión y la invisibilidad de quienes ven sus derechos negados para que se garanticen los de otros/as. La idea de ciudadanía no nos sirve, desde un feminismo anticapitalista apostamos por una referencia distinta a la hora de reclamar derechos sociales. *Cuidadanía* como una manera diferente de reconocer a las personas en colectividad, como una plataforma distinta desde la que reivindicar viejos y nuevos derechos.

Ciudadanía: sobre la exclusión y las fronteras

La ciudadanía es una noción construida por y para el sujeto privilegiado de los patriarcados capitalistas blancos en los que vivimos: por y para los hombres blancos, heterosexuales, burgueses, sin discapacidad… La exclusión de toda persona que se desvíe en parte o totalmente de esa figura privilegiada es algo inherente al propio concepto de ciudadanía y la invisibilización de los colectivos excluidos (de sus trabajos, de sus problemas, de sus formas de vida, de su sexualidad…), determinante para su puesta en escena. Y por ello no se aplica (ni puede aplicarse) en su plenitud y toda persona que se sitúe en esa amplia mayoría de las minorías (de las mujeres, de las personas migrantes, de las que tienen alguna discapacidad, del colectivo tlgb, de quienes viven en la pobreza…) ha tenido, históricamente y en el mejor de los casos, un acceso incompleto a la ciudadanía, una condición de ciudadanía de segunda. Porque la ciudadanía se erige sobre la norma que representa ese sujeto fetiche y las desviaciones se penalizan. El pleno acceso a todos los derechos civiles, sociales, económicos y políticos sólo está pensado para quien se asienta por completo dentro de los límites de la norma. Hemos creído poder revertir exclusiones históricas explícitas, como la negación de los derechos políticos a las mujeres, o a los hombres que no poseían un renta suficiente, pero ahora sabemos que desde este marco es imposible, porque la exclusión de unas/os es lo que garantiza los derechos de otras/os. La ciudadanía se construye sobre la clara demarcación de fronteras que establecen quién está dentro y quién está fuera. Y no todo el mundo puede entrar, porque el sistema se desbarataría. Pero, además, entrar significa asimilarse a la norma, renunciar a todo potencial trasgresor. Significa que las personas migrantes han de integrarse, que gays y lesbianas han de casarse. Pobre cuestionamiento de un sistema excluyente, si sólo queremos abrir nuevas vías para la domesticación.

Ciudadanía: alrededor de los mercados

La ciudadanía es una forma de reconocer a los sujetos en una sociedad patriarcal que ha puesto a los mercados en el epicentro. Una sociedad que se organiza en torno a los mercados, priorizando su lógica de acu-



mulación (en la determinación de los espacios, de los tiempos, de los objetivos sociales, de las instituciones colectivas...), pone constantemente en riesgo la vida. Las necesidades de los mercados no son las necesidades de la vida y dar prioridad a las primeras supone abrir un conflicto social de lógicas irreconciliables: la acumulación frente al cuidado de la vida. Este conflicto sólo es socialmente "aceptable" en la medida que sea invisible; en la medida en que la tensión se esconda. Así, la vida queda relegada al terreno de lo invisible, donde las tensiones parecen desaparecer, porque se ocultan. Y ese ámbito de lo invisible ha estado protagonizado, en gran medida, por los trabajos de cuidados que han realizado históricamente las mujeres desde lo privado, desde lo doméstico. Los ciudadanos del ámbito público necesitaban de la ocultación de las no ciudadanas en el ámbito privado. El sujeto fetiche del capitalismo, el ciudadano de mercado, con pleno acceso a todos los derechos, se ha erigido sobre la invisibilidad de los cuidados y de sus protagonistas femeninas, actuando en los límites de un sistema heterosexista, donde se determina qué formas de convivencia reciben reconocimiento y respaldo social, qué clase de amor y de sexualidad se acepta. La vieja dicotomía de lo público y lo privado (o doméstico) y el control de las identidades, sexualidades y formas de convivencia están en la base de una sociedad de mercado y de su forma de reconocer a los sujetos: la ciudadanía. Sólo se reconocen derechos a quien protagoniza, material y simbólicamente, la esfera pública.

Uno de los grandes mitos en la exigencia de derechos ha sido el pleno empleo de calidad. El pleno empleo... que nunca ha existido, excepto para quienes estaban en los mercados. El pleno empleo de los años dorados del capitalismo, basado en la ocultación y expoliación de otros países (invisibilizados en un juego de hegemonías globales), de los recursos naturales (ocultos a pesar de ser la base de todo sistema social), de las mujeres (y sus trabajos de cuidados en lo privado). Reclamar el derecho al empleo, pensando que puede incluir a todas y todos aquellos a quienes ha excluido no es sólo una quimera, sino un no reconocimiento de que una sociedad organizada en torno a los mercados nunca ha podido (ni podrá) funcionar si no es en base a la exclusión y ocultación de quienes absorben las tensiones y las amenazas, aún a costa de sí mismas, que esos mismo mercados generan. Reivindicar el derecho al empleo de calidad, no como movimiento estratégico,

La idea de ciudadanía no nos sirve, desde un feminismo anticapitalista apostamos por una referencia distinta a la hora de reclamar derechos sociales: *Cuidadanía*

sino como horizonte vital y político... ¡qué figura tan clara de cómo reivindicar la inclusión a través de la domesticación, aspirar a ser parte del engranaje que mantiene la lógica del beneficio en marcha!.

La condición de ciudadanía se basa en una idea individualista e imposible de autonomía. El pleno ciudadano es autónomo, frente al resto que son dependientes: dependen quienes no trabajan en el mercado. Poner a los mercados en el centro significa que el trabajo de mercado es el único trabajo que recibe reconocimiento social, todo otro tipo de contribuciones se sumergen en ese limbo de lo invisible y de la dependencia, en esa caja negra de la inactividad. La mitad de la población, llamada inactiva, parece depender de quienes sí están activas/os en el mercado. Y es tan fácil pasar de la idea de la dependencia a la de parasitismo social... y es una fina línea la que divide ambas visiones, fina y movible línea que está tan en juego, por ejemplo, en el actual debate sobre las pensiones, o en el decretazo que logró paralizar el 20J... Creación, por tanto, de una clara dicotomía autonomía/dependencia, organizada sobre el eje de los ingresos monetarios, que impide el reconocimiento de la interdependencia social, que nos va construyendo horizontes vitales individualizados y monetizados, donde quien no logra ser autónomo/a engrosa las filas de las/os fracasadas/os, las/os dependientes.

Y, por esto, porque la ciudadanía se basa en la exclusión y las fronteras, en la invisibilidad de los trabajos de cuidado de la vida, porque es la manera de reconocer a las personas en una sociedad organizada en torno a los mercados e impone un modelo imposible de autonomía atomizada; porque supone exigir derechos a una macroestructura que impide la capacidad de las personas de autogestión colectiva de sus vidas, por todo ello y por más motivos que no hay tiempo de describir o que nos cuesta visualizar, rechazamos el reclamarnos ciudadanas y lanzamos una propuesta distinta, la *cuidadanía*. Porque el orden de los factores sí altera el resultado.

Hacia una construcción de la *cuidadanía*

La *cuidadanía* como una forma de reivindicarnos sujetos en una sociedad que ponga la sostenibilidad de la vida en el centro, que se organice en torno a las necesidades de las personas. Poner el cuidado de la vida en el centro, el cuidado de las vidas, de todas, sin que sea posible excluir ninguna, sin que sea posible excluir a nadie. La *cuidadanía* sólo puede ser un concepto universal, aplicable a todas y todos, reconocer derechos a unas no puede hacerse en base a la negación de derechos de otros. Se trata de reconocer a la gente en su diversidad, reconocer la vida en su pluralidad y en la imposibilidad de encorsetarla, de reducirla a normas. Y, desde ahí, destronar a los mercados, transformar la organización social, instaurar las necesidades de las personas, los cuidados a las personas, como nuevo eje colectivo. Hablar de *cuidadanía* es poner la vida en el centro de la organización socioeconómica, haciendo responsable a la sociedad en su conjunto de su mantenimiento y destronando a la hoy dominante lógica del beneficio. Cuestionarnos las formas de jerarquía establecidas, las formas de convivencia perversas y opresoras, que asfixian la vida. La *cuidadanía* no puede excluir, porque toda persona ha de ser, o poder ser, parte de una red amplia y horizontal de cuidados; o de múltiples redes colectivas y autogestionadas. La *cuidadanía* es universal. *Cuidadanía* como lucha contra las relaciones de dominación, una apuesta por el cuidado mutuo no jerárquico y sin privilegios. Donde la responsabilidad y la acción con respecto a la sostenibilidad de la vida no ha de recaer en repetir estructuras de dominación y

privilegios, ni en la invisibilización a la que se ve abocado actualmente el trabajo de cuidados.

Desde ahí, replantear viejos derechos e inventar derechos nuevos. *Cuidadanía* como una idea que englobe el derecho a cuidarnos y a que nos cuiden. El derecho a cuidar en condiciones dignas y, por supuesto, a no cuidar. El derecho al tiempo. Poner la vida en el centro es afirmar nuestra íntima relación con el medioambiente y la necesidad de acabar con la idea de que la civilización es la dominación progresiva de la naturaleza.

Se abrió "la caja de Pandora". Resituando la vida en el centro, resituándonos en el mundo

El modelo actual de ciudadanía se construye sobre la invisibilidad de la esfera privada, la carencia de derechos de las personas ahí situadas y la división excluyente entre lo público y lo privado. La estructura social de funcionamiento patriarcal divide al mundo en dos mitades donde sólo una es visible y relevante (lo público), quedando lo privado o personal abocado a la invisibilidad y oscuridad más absoluta. La estructura social patriarcal también determina el tipo de relación, basada en la preponderancia y dominio de un género sobre otro, así como la naturalización de privilegios sociales y personales. Por tanto en la base misma de dicho modelo de funcionamiento, están las relaciones jerárquicas basadas en el dominio y la desigualdad. Con dicha estructura de funcionamiento, las relaciones de cooperación y apoyo mutuo parecen un sueño. Pero no es un sueño, cualquier chispa de trasgresión a dicho orden de funcionamiento patriarcal supone una chispa de vida que tiene fuerza por si misma.

La *cuidadanía* pasa, por tanto, por una necesaria ruptura y trasgresión de la división privado-publico, personal-social, sacando a la luz de lo social todas las necesidades, diversidades y posiciones a la hora de satisfacer las mismas en nuestro entramado social. Apuntando a un marco de libertad en el establecimiento de redes sociales y afectivas, respetando la diversidad sexual y de autodeterminación, independientemente del género. Deconstruir el modelo vigente pasa por desbancar las relaciones monetarias y mercantiles concebidas como los únicos motores de cualquier tipo de cambio y transformación. No todo lo satisface el dinero, no todo lo mueve el dinero, no todo lo hace posible el dinero, salgamos en nuestros planteamientos y modos de actuación de la lógica de la acumulación, la cual hace posible el mantenimiento de nuestro actual sistema económico, el capitalismo.

Los sujetos hemos de resituarnos y contemplar aspectos de nuestra vida y relaciones que generalmente mantenemos al margen de nuestro hacer político y social. La fusión de lo personal y lo político... saliéndonos de la lógica androcéntrista y la precariedad en los cuidados.

Un compromiso con el autocuidado, con todo lo que eso supone en nuestra sociedad actual, donde a las mujeres se nos enseña a cuidar de otros y a los hombres a ser cuidados. Ningún género hemos sido formados en el autocuidado, aunque es una opción de vida y salud que cada vez más personas asumimos. Apostando por un cuidado mutuo, sin privilegios ni jerarquías, en el marco de relaciones igualitarias. Superando posiciones caritativas y sacrificadas, donde se reproducen actitudes paternalistas, que subordinan al otro a un papel de supuesta dependencia o redención. Por la reciprocidad, como una opción de funcionamiento, donde todas las experiencias vitales y necesidades están presentes, no hay alguien que da y alguien que recibe, hay un mantener mutuo de un sistema de satisfacción de necesidades y relaciones equilibrado, justo e igualitario.

Teniendo en cuenta siempre el aspecto global de la *cuidadanía*, donde nuestros derechos no pueden asentarse en la pérdida de recursos y derechos de otras personas. Dando lugar a otras posibilidades de relación, otros grupos domésticos, otra diversidad sexual, superando la oscuridad de lo privado en su marco más clásico que es la familia, estableciendo redes de cuidado más amplias que pueden abarcar el barrio, las organizaciones sociales... *Cuidadanía* como una nueva forma de reconocernos como sujetos responsables de una sociedad no jerárquica que apueste por poner la vida en el centro.

Entendiendo la *cuidadanía* como un proceso vivo que va a ir destapando y relacionando diferentes realidades. Apareciendo protagonistas que se suelen mantener ocultos/as a lo social y lo político. Abriéndonos a la diversidad y cooperación entre distintas luchas, siempre apostando por poner la vida y su mantenimiento en el centro. Luchas feministas, de transexuales, prostitutas, movimientos vecinales, redes informales, jóvenes, inmigrantes, ecologistas, okupas, marginad@s y excluid@s sociales..., que todos y todas tengamos cabida y con cada aportación nos ayudemos a tener un visión más integral del mundo y las personas que lo habitamos.

Atentados contra la sostenibilidad de la vida, atentados contra la *cuidadanía*

Más bien habría que preguntarse qué no es un atentado contra la sostenibilidad de la vida. Desde decisio-

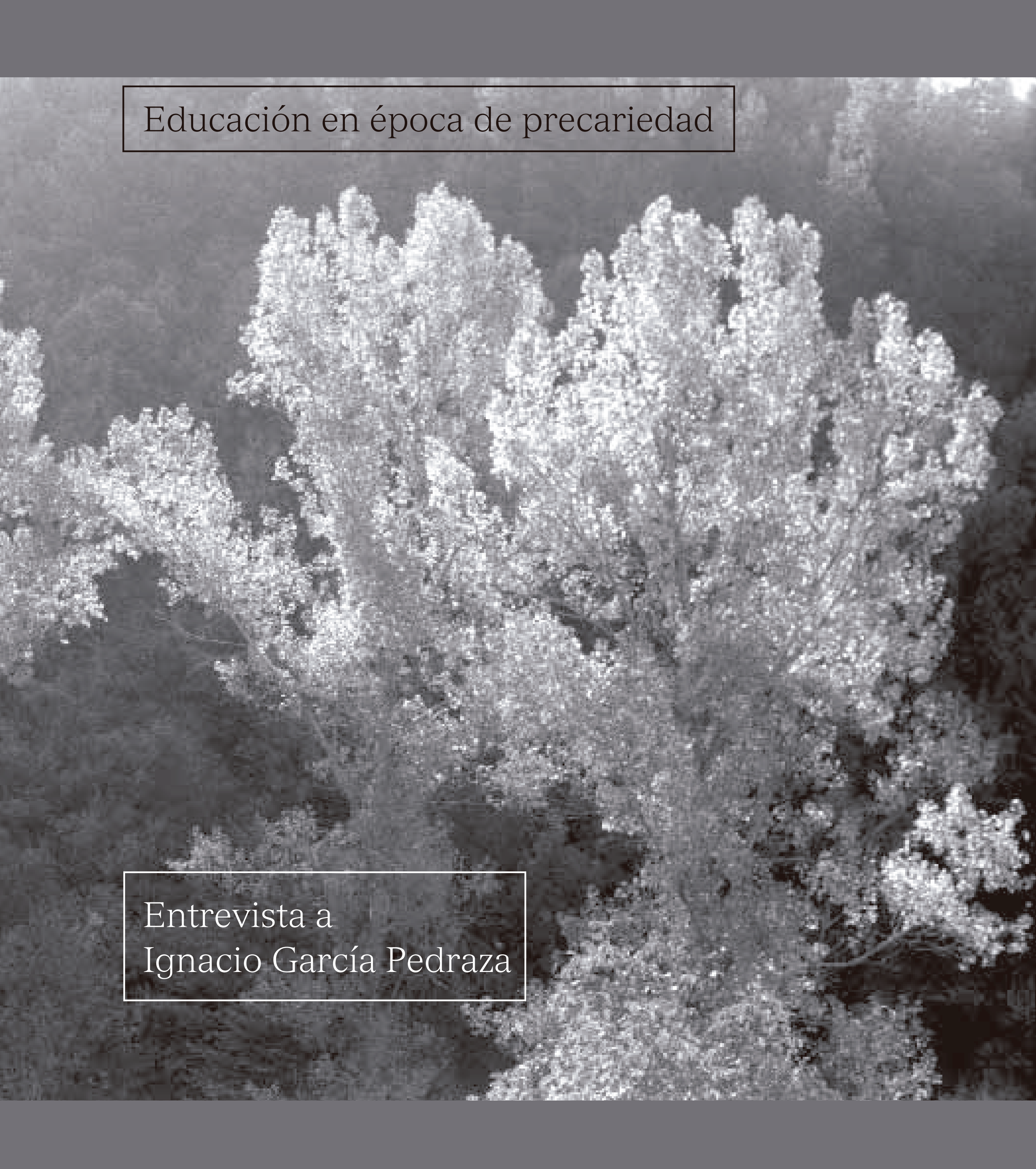
nes que atañen a la economía mundial hasta planes urbanísticos de especulación (perdón, remodelación). A nivel global y a nivel local. Y, por supuesto, a nivel medio ambiental... Mientras prevalezca la lógica de la acumulación frente a la lógica de sostenibilidad de la vida, se van a seguir cometiendo por parte de los estados, las instituciones y los mercados toda clase de crímenes contra el mantenimiento de la vida. La instauración misma de la ciudadanía como la única manera de reconocer a los sujetos en sociedad es un atentado.



Cuidadanía desde lo cotidiano

La *cuidadanía* no es una utopía para el futuro, es un tipo de relación y enfoque en el presente. La *cuidadanía* ya existe y podemos encontrar ejemplos de la misma a poco que agudicemos la mirada. Por ejemplo, prácticas en ocasiones tan habituales y necesarias como cualquier expresión de denuncia y acción de apoyo a las personas afectadas por cualquier conflicto, suponen una chispa básica de cuidado y reconocimiento del otro/otra como protagonista de la realidad social y vecino/a del mundo.

La propuesta de *cuidadanía* no surge de una mera especulación teórica, no es una digresión más (o menos) brillante. Es una propuesta que pretende hacer estallar una forma de pensamiento que nos encorseta y nos somete a una percepción de la realidad totalmente disociada de lo que vivimos y hacemos día a día. Queremos encarnar nuestro discurso en lo que somos, en lo que hacemos más allá del modelo de ciudadano de mercado atomizado que se nos impone. Aunque pretendan hacernos creer (y muchas veces lo logren, que lo creamos o que lo hagamos) que la mayoría de nuestras relaciones están fundamentadas en el individualismo, eso es mentira. Si todo el mundo funcionara así, aquí no sobreviviría ni dios. En lo cotidiano, en la gestión y el cuidado diario de la vida, nos movemos en base a otras lógicas, priorizando las necesidades, las nuestras y las de la gente a nuestro alrededor. Y de ese hilo, del hilo de nuestra propia vida, es del que debemos tirar. Sin legitimar las relaciones de jerarquía y poder que también aparecen en esa cotidianeidad. Construir una alternativa personal y política desde nuestras propias experiencias, desde las redes de cuidados que ya existen, las redes sociales que nos reconocen como personas, dispuestas/os a cuestionar lo mucho de malo y de opresivo que también aparece ahí enmarañado.



Educación en época de precariedad

Entrevista a Ignacio García Pedraza

¿Dónde estás trabajando en estos momentos?

Trabajo en una asociación que se dedica al desarrollo social del barrio a través de diferentes proyectos educativos, en concreto en el barrio de San Cristóbal de los Ángeles. La asociación lleva 15 años funcionando con una visión bastante global de la educación. Actualmente hay proyectos que se centran más en niños, otros en adolescentes, jóvenes o adultos, y otros más en el marco del desarrollo comunitario con el resto de asociaciones y entidades del barrio. Todos estos proyectos están muy relacionados entre sí, de ahí lo de un concepto global de la educación.

¿Trabajas con estudiantes?

Más bien con chavales de más de 16 años que han sido estudiantes, que no tienen el título de graduado escolar; muchos no pueden matricularse en educación para adultos, porque son menores de 18 y no tienen trabajo. Suelen acudir al centro porque quieren hacer algo, pero no saben qué. Y suelen dejarlo cuando se ponen a trabajar o se matriculan y se reincorporan al circuito de la enseñanza reglada. La mayoría no pierde el vínculo, porque seguimos compartiendo espacios con ellos, desde el propio local hasta la calle.

¿Qué labor realizas exactamente con ellos?

Doy clases y llevo los seguimientos personalizados en programas de formación prelaboral, labores de orientación, búsqueda de recursos, asesoría legal, etc. Dentro del programa que tenemos con jóvenes también dedicamos una parte importante del tiempo a la educación de calle y además todo lo relacionado con intervención comunitaria.

¿Por qué te dedicaste a ese trabajo en ese barrio?

Porque me gustaba dedicarme a un proyecto integral de este tipo, de carácter local, con el objetivo a largo plazo de mejorar la vida de un barrio. Para mí es muy importante que mi trabajo toque diversos ámbitos (calle, trabajo comunitario, trabajo en aula, seguimientos), ya que me permite relacionarme tanto con los chavales como con el entorno de una forma muy beneficiosa para lo que hago.

¿Por ahora estás contento con lo que haces?

Sí, me gusta lo que hago y me siento personalmente satisfecho. Si pienso en los resultados obtenidos, la valoración ya no es tan clara.

¿Por qué no es tan clara?

Porque es difícil evaluar el impacto del trabajo social. No bastan los criterios cuantitativos y los otros criterios solo se perciben a medio y largo plazo y es muy fácil que su valoración esté cargada de subjetividad. Encontrar indicadores apropiados para evaluar el impacto de la intervención social es todo un reto.

¿Crees que a esas edades ya no tiene fácil solución sus problemas?

Depende de a qué problemas nos refiramos. A los 17 años muchos se están definiendo como personas, aunque tengan ya rasgos de su carácter muy determinados. Que lleguen a madurar como personas me parece evidente que la mayoría lo harán. Ahora bien, las posibilidades de cambiar de estrato social o de encontrar trabajos que les desarrollen como personas no es tan alta. Esto no es un problema de edad, sino más bien de organización del sistema. Lo que si está relacionado con la edad es que cuanto más mayores, son más difícil tienen ampliar sus estudios.

¿A qué crees que se debe que hayan fracasado en sus estudios?

No se puede achacar a una única causa. Son muchos los factores. A partir de los 14 años ya es difícil retenerlos en los institutos. Los centros educativos no se adaptan a sus necesidades y con frecuencia carecen de un proyecto continuado porque cambian muchos profesores todos los años. Por otro lado hay muchos que están deseando cumplir los 16 años y ponerse a trabajar, sin darse cuenta de que no va a ser fácil. Por otra parte tampoco ven que obtener el graduado les vaya a servir de mucho, aunque no dejan de reconocer que te lo piden en todas partes. Eso sí, consideran que la posesión del título no les va a mejorar las condiciones laborales. En definitiva no ven lo que puede aportarles en su vida. Yo tampoco lo tengo claro.

Quieren hacer algo, pero no saben qué.

Sin embargo ese era un ideal básico de la pedagogía progresista: la escuela como lugar de promoción personal. ¿Por qué no crees en ello?

No he dicho que no crea que la escuela debiera ser un espacio de promoción personal, lo que no tengo claro es que ese sea el papel de la escuela en este momento ni que la obtención del título les vaya a proporcionar esta promoción personal sin más. Es cierto que les abre puertas formativas, y en algunos casos laborales, pero son puertas que no tienen interés en abrir. Si la escuela no genera la inquietud por aprender no vale. Y no solo la escuela, la familia, la sociedad en general. Pero cuidado, esta afirmación tampoco es absoluta. Siempre habrá chavales a los que les sirva, pero ya no a un sector importante. No quieren estudiar, no les interesa y no se adaptan al sistema.

¿Estás insinuando que la responsabilidad básica es de la escuela?

Sería un error decir que la responsabilidad es sólo de la escuela, pero desde luego tiene una responsabilidad importante. Sería necesario un proyecto común, percibido por el alumnado e incluyendo al alumnado; además debieran ver que tener formación es bueno para ellos y útil para su futuro. Ellos no ven claro que eso ocurra. Para acabar teniendo un trabajo precario ¿qué más me da estudiar?, dicen. A ello debes añadir la responsabilidad de la familia, porque con frecuencia el padre y la madre no están habitualmente en casa y poco pueden hacer para motivar a sus hijos. Pero, dado que tienen empleos precarios, necesitan trabajar más tiempo y no pueden dedicar tiempo a sus hijos.

¿No sería mejor que pudieran empezar a trabajar antes y que pudieran compatibilizar el trabajo con la formación?

No me parece bueno obligarles a estar hasta los 16. Por otro lado, dado cómo está en estos momentos el trabajo, mucho me temo que si se incorporaran antes al mundo laboral, tampoco les sería muy útil para su vida personal y su promoción. Es fácil terminar igualmente frustrado, y muchos de los cursos cortos que se dan en las empresas para acceder a trabajos precarios no son muy formativos desde la perspectiva del desarrollo personal. Por ejemplo los que organizan cadenas como Carrefour para ser cajero o cajera.



Si la escuela no genera la inquietud por aprender no vale.

¿Qué podría ser más útil?

La opción que planteas de compatibilizar trabajo con formación desde edades más tempranas no me parece mala, pero tendríamos que cuidar mucho el tipo de formación que se les da, para intentar evitar que los que siguen estudiando sean una elite cultural y los que trabajan no. Sería bueno explorar algo más las empresas de inserción, con unos proyectos coherentes de formación compatible con el trabajo. O revisar el sistema de escuelas taller que funciona en la actualidad. En el caso de las empresas de inserción, uno de sus mayores problemas es que resulta complicado hacerlas viables sujetándolas a criterios de producción económica, pero si atendemos a criterios de beneficios social la perspectiva probablemente cambie.

¿No tienen ninguna responsabilidad los alumnos en su propio fracaso?

En tanto en cuanto el alumno juegue un papel más activo en su propio proceso de aprendizaje aumenta la responsabilidad que tiene en el mismo. De hecho en la línea de la escuela progresista que comentabas antes, deberíamos tender a incrementar el protagonismo del alumno en este proceso, y a prepararle para enfrentarse a él con una conciencia crítica, lo mismo que sería deseable después de la escuela en su vida en sociedad. Por lo tanto no podemos eximirles de responsabilidad, pero cuando el fracaso empieza a generalizarse probablemente lo que falla no es el alumno. No debemos olvidar tampoco que estamos en una sociedad con un fuerte carácter hedonista, con el objetivo de la satisfacción inmediata de los placeres,

sin dejar espacio para el esfuerzo personal. Quieres ser mejor, cómprate estas zapatillas, en lugar de entrenar; consume y serás más feliz. Todo gira entorno a una cultura de la inmediatez, bastante incompatible con un proceso formativo de por lo menos 10 años. En realidad muchos no tienen motivación de logro claro. Ni siquiera suelen tener planes a largo plazo y cuando alguna vez les preguntas cómo se imaginan cuando tengan 25 ó 30 años, o no contestan o se limitan a decir que tendrán pareja, casa y coche, nada más y nada menos.

Eso nos lleva a causas sociales. ¿Cuáles serían estas?

Vivimos en una sociedad aparentemente contradictoria. En pocas épocas se ha hablado tanto de la cultura de la solidaridad, de la intervención comunitaria, del apoyo mutuo, de los movimientos de cooperación...; al mismo tiempo lo que te venden es todo lo contrario, un claro individualismo asociado a la cultura del placer y vinculado al miedo a lo extraño y a la posibilidad de ser agredido. A esto suma todo lo que ya hemos mencionado sobre la sociedad de consumo y el placer inmediato.

¿Crees que, en ese sentido de posibles causas sociales, es negativo para los chicos el vivir en un barrio marginal, casi un gueto como éste?

No le llames nunca barrio marginal ni casi gueto. Precisamente aplicar este tipo de calificativos no ayudan a cuidar su imagen. Es un barrio que tiene problemas sociales superiores a las de otros barrios: índice de paro, calidad de las viviendas, asimilación del rápido incremento de la mezcla intercultural. Eso sin duda plantea dificultades. Sin embargo en otros aspectos su situación es mejor: colectivos implicados en la transformación social, zonas peatonales, bastante vida comunitaria, zonas verdes, rejuvenecimiento de la población... Es una desgracia que los medios de comunicación estén difundiendo esa imagen que deteriora sensiblemente la conciencia que sus habitantes tienen. Además no es justo y no se corresponde con la realidad. Es frecuente escuchar ahora "menudo barrio San Cristóbal" "¿Cómo vas por allí? Tiene que ser peligrosísimo", cuando si atendemos a parámetros del tipo número de delitos, es más peligroso el centro, y nadie se cuestiona ir o no ir al centro.

Toda esta imagen del barrio repercute claramente en los chavales, probablemente los más influenciables.

Para acabar teniendo un trabajo precario ¿qué más me da estudiar?, dicen.





¿Cómo explicas que el índice de fracaso escolar sea uno de los más altos de Madrid?

Ya he mencionado antes algunas causas. Añade el alto desinterés por el estudio que es contagioso, las familias que no pueden dedicar tiempo, carencia de modelos de personas que hayan estudiado, menor cultura de la formación académica... Al final se terminan creyendo que viven en un barrio malo y eso confiere imagen a los mismos chicos que se identifican con ese modelo. Si en tu entorno de amigos ninguno estudia..., es mucho más difícil que tú lo hagas. Si lo que te identifica es que eres malo...

San Cristóbal también tiene un problema añadido de aislamiento, por estar rodeado de barreras físicas que hasta hace muy poco le daban un único punto de acceso al barrio (ahora hay dos), entonces cuando se generan hábitos es más difícil cambiarlos.

Así a grandes rasgos, ¿se te ocurre alguna manera de afrontar el problema?

Que no implique esfuerzo por parte de todos, no. A nivel general, se tendría que empezar por dar más estabilidad al profesorado de los centros educativos, y que parte de su tarea fuesen actividades de promoción sociocultural del barrio, para que no sientan que son algo ajeno a su entorno local. Asimismo, incrementar el protagonismo de los alumnos en los centros educativos, que no tiene por qué significar restar autoridad al profesorado (distinguiendo autoridad de autoritarismo). Estas dos cosas no pueden hacerse de cualquier manera porque podría terminar siendo un fracaso. También haría falta una revisión del mundo laboral para padres o madres de familia. Jornadas más cortas y continuas ayudarían bastante a la mejora de la educación de los hijos e hijas.

Por otro lado, en San Cristóbal, tendríamos que empezar aprovechando nuestros puntos fuertes. Por un lado los cuatro colegios

En el caso de las empresas de inserción, resulta complicado hacerlas viables sujetándolas a criterios de producción económica, pero si atendemos a criterios de beneficios social la perspectiva probablemente cambie.

y el Instituto que hay deberían estar mucho más coordinados, es en el paso de colegio a Instituto cuando muchos alumnos se pierden, y parece como si fuesen a un mundo completamente distinto cuando van de la escuela pública a la escuela pública y sin cambiar de entorno. En esta coordinación se podría contar con la Mesa de Educación del Barrio que aglutina a todas las asociaciones y entidades relacionadas con la Educación (alrededor de 13 y la mayoría de carácter vecinal). Fomentar que se genere una cultura de la participación (en la línea que comentaba en el párrafo anterior, con la implicación del profesorado, contemplándolo en sus jornadas laborales), facilitando que la gente joven del barrio pueda quedarse en el mismo. Para esto también debería procurarse dejar de estigmatizar el barrio con la campaña que se está dando desde diferentes medios de comunicación.

Son soluciones muy diversas para un problema que no puede tener un único enfoque. Por supuesto todas ellas discutibles, y no está claro que puedan ser exportables a otros barrios u otras realidades, aunque la situación sí merece que reflexionemos sobre ellas.

Estamos en una sociedad con un fuerte carácter hedonista, con el objetivo de la satisfacción inmediata de los placeres, sin dejar espacio



¿Puede considerarse digno el empleo asalariado?

José Iglesias Fernández

ECONOMISTA

Es más fácil ignorar, o negar, las cosas que enterarse de ellas.
Mariano José de Larra

Comprobamos la presencia de viejas reivindicaciones en organizaciones que pensábamos habían superado estas trampas. Nos sorprende que todavía, en el ámbito de la CGT, la Comisión contra la Precariedad y la Exclusión Social nos informe[1] que, como eje de de su acción sindical contra la precariedad en el empleo y la falta de derechos sociales, reivindique:

- El derecho a un **empleo digno**
- El derecho a un **salario social** para quien lo nece site
- El derecho a la **protección social** y **servicios públicos**

Con o sin contrato precario, ¿puede ser el empleo asalariado considerado digno?

Una de las características del capitalismo es que el empleo es siempre asalariado. Esto significa que, aunque esté mejor o peor pagado, todo empleo es siempre generador de plusvalía, de explotación. Si esto es así, ¿se puede todavía pensar que el capitalismo puede conceder a los trabajadores un **empleo digno**? La aceptación y reclamación a los empresarios de esta clase de empleos 'respetables' sería como aceptar la idea y constatar la posibilidad de que el capitalismo tiene dos tipos de empleo: los dignos y los indignos, los justos y los injustos.

No me toca a mí recordar a este colectivo del *universo de la izquierda* que los dos tipos de contratos, precario e indefinido, contienen una fuerte carga de alienación y explotación obrera. ¿Qué los segundos protegen más que los primeros a los trabajadores, tanto en términos de antigüedad, como de remuneración salarial, condiciones de trabajo, protección social, etc? Por descontado. Pero estos no dejan de ser tan indignos y explotadores como los precarios. No puedo dejar de incluir aquí lo que pensaban los viejos luchadores sobre el socialismo: esta forma de pensar no fue originariamente un movimiento para la abolición de la desigualdad económica, sino que su objetivo era esencialmente la emancipación del hombre, su restauración al individuo no alienado, disminuido, que entre en una nueva, rica y espontánea relación con su semejante y con la naturaleza. El objetivo del socialismo era que el hombre debía desprenderse de las cadenas que le ataban, de las ficciones y las irrealidades, y transformarse en un ser que puede hacer un uso creativo de sus poderes de pensar y sentir. Corregir mañana...

Esto me lleva a recordar como, en los años 90 se discutía la conveniencia de repartir el trabajo. Mi posición[2] por entonces era, y sigue siendo, que reclamar el reparto del empleo era una demanda equivocada de dirección: las reivindicaciones de la izquierda han de dirigirse contra la clase patronal, y no contra los obreros. Si ya los puestos de trabajo son escasos y mal pagados por la fuerza que tienen actualmente los empresarios, pedir a la clase trabajadora que reparta lo único y escaso que tiene es pedirle que reparta su pobreza. Mi posición, repito, era y sigue siendo el cambiar la dirección de la exigencia y reivindicar el reparto de la renta y no del empleo. En el universo de la izquierda todos sabemos que la contradicción es entre el capital y trabajo; por tanto hay que evitar el enfrentamiento entre los trabajadores por estos motivos.

El reparto del empleo era una demanda equivocada de dirección: las reivindicaciones de la izquierda han de dirigirse contra la clase patronal, y no contra los obreros

Como resumen de este epígrafe tengo que decir que me sigue llamando la atención que, en los ambientes sindicales, donde esta idea tenía que estar muy clara, se continúe con tal fascinación por el trabajo explotador.

La Renta Básica de los iguales (RBis) contra el salario social y las rentas mínimas

¿Por qué me opongo al salario social y las RMI?. Por dos tipos de razones: por lo que significan sus contenidos y por los diversos y equivocados usos que se hacen de ambos términos. Consideremos, primero, el texto de la CLPP:

"Salario social por ley no inferior al Salario Mínimo Interprofesional como derecho de ciudadanía para todas las personas desempleadas sin prestaciones y para quienes, teniéndolas, sean inferiores al SMI. Así mismo se plantean medidas que eleven las Rentas Mínimas (suponemos que las de Inserción) y las pensiones no contributivas". En otro párrafo, se exige una "Renta Mínima Digna".

Sobre el salario social.

Con respecto al salario social, recordamos los argumentos que exponíamos ya en otro trabajo:[3] "Algunos sindicalistas[4] se empeñan en llamar salario social a lo que en el actual sistema de prestaciones sociales se denomina **subsidio de paro no contributivo**. Otros llaman *renta básica* a esta misma prestación.[5] También podemos encontrar quienes utilizan ambos términos indistintamente, salario social y renta básica, para reclamar la ampliación del *subsidio de paro no contributivo*[6] para más parados. Como veremos más abajo, el *subsidio de paro no contributivo* está condicionado por el nivel de ingresos obtenido por el sujeto o la familia a quién se concede, imposibilitando, por tanto, plantearlo como un derecho incondicional y sin contraprestaciones, que es una de las esencias que proclama la RB. Para ayudarnos a aclarar estas diferencias de interpretación, puede ser conveniente explicar lo que algunos economistas entendemos por salario social:

- El término **salario social** significa la diferencia, positiva o negativa, entre lo que un ciudadano (o una familia) paga al Estado en concepto de impuestos, y lo que esa misma persona (o familia) recibe del Estado en forma de bienes y servicios públicos, tales como sanidad, salud, educación, defensa y protección ciudadana, ayudas indirectas mediante subvenciones a grupos a los que pertenece (teatro, cine, deporte, excursionismo, etc.), protección y asistencia social no contributiva, etc. Por ejemplo, si una persona o familia contribuye al erario público con 90 y recibe 100 del estado, este más 10 a favor del ciudadano es lo que el economista entiende y define como salario social positivo.

En resumen, nos parece, entonces, una equivocación rebautizar el *subsidio de paro no contributivo* con el término de salario social, puesto que el término salario implica siempre una contraprestación en horas de trabajo. Todo ello conlleva el peligro de identificar salario social con la exigencia de que el beneficiario haya de realizar alguna contraprestación social a cambio. Si el Estado, cuando concede el subsidio de paro no contributivo no exige ninguna contraprestación, ¿por qué han de reclamarla los movimientos ciudadanos, sindicales o políticos, supuestamente de izquierdas?[7] Por tanto, definido en este sentido, este concepto dista mucho de ser un término adecuado para sustituir al de subsidio de paro no contributivo, y menos al de *Renta Básica*, como frecuentemente es utilizado.

Sobre la renta mínima de inserción

Sobre la RMI, tenemos la misma opinión, por **muy digna** que se la reivindique o considere. Las limitaciones son las mismas. Por tanto, comencemos por revisar las características de lo que se denominan las ***Rentas Mínimas de Inserción (RMI)***, las cuales constituyen programas de concesión de subsidios a las personas o familias que carecen de suficientes ingresos para man-



tener una ***vida digna,*** y que han sido establecidos en algunas Comunidades Autónomas:

- **La RMI** consiste en la concesión de una renta mínima por parte de los poderes públicos, a "aquellas familias o personas que se encuentran en una situación de pobreza o marginación. Como la finalidad principal del Programa es la integración social y la inserción laboral, los beneficiarios están obligados a firmar y cumplir el convenio de inserción o reinserción social y/o laboral que se acuerde en cada caso".[8]



Resumimos las limitaciones y las diferencias cualitativas entre el derecho ciudadano a la RB y los programas sociales del tipo ***rentas mínimas de inserción,*** tomando como ejemplo el caso del PIRMI (Cataluña):

- **La RMI** no es un derecho ciudadano, sino un subsidio que se otorga a la familia.[9] Se concede de forma asistencial.
- **La RMI** no es un derecho universal; no todos los ciudadanos pueden beneficiarse de la misma, sino únicamente las familias pobres que se encuentren dentro de la definición establecida oficialmente; luego, no se erradica sino que permanece el estigma de la pobreza. En el 2000, la cuantía del PIRMI (Catalunya) era de 47.506 pesetas mensuales, y suponía un 67,2% del SMI; en este mismo año, la RB hubiera sido de un 123,9% del SMI.
- **La RMI** no es un derecho incondicional, ya que su concesión está sujeta al compromiso de inserción en el mercado de trabajo y al nivel de ingresos de la persona o familia beneficiaria; como con el IN, no se erradica sino que se estimulan las trampas de la pobreza y el paro y se generaliza el estigma del subsidiado.
- **La RMI** introduce un coste social, en términos de control; y un coste económico muy elevado, en términos de administración burocrática; la persona solicitante tiene que demostrar el origen y el nivel de sus ingresos, así como cumplir todos aquellos otros requisitos diseñados en el programa de inserción sociolaboral.
- **La RMI** atropella los principios de universalidad e incondicionalidad y, parcialmente, el de individualidad.

La propia CLPP reconoce "la ineficacia de la RMI en su acción contra estas problemáticas". Sin embargo, como más abajo persiste en reclamarla, queremos que sus miembros conozcan otras valoraciones de la misma.

En 1991, justo al comienzo de su implantación, advertíamos de estas limitaciones en otro trabajo que creemos mantiene todavía su frescura.[10] Posteriormente, y a la luz de sus resultados, volvimos a insistir y recordar las limitaciones que contienen:

"La propia aplicación de estos programas débiles pone en evidencia la escasa validez efectiva de los mismos. Las *condiciones* que se exigen para poder acceder a los programas sobre las rentas de inserción indican que contienen más ruido, para hacer propaganda del gobierno de turno, que nueces sociales en beneficio de los necesitados. Para el 2.000, el Ministerio de Trabajo había presupuestado 50.000 millones de pesetas, con el objetivo de insertar a 91.362 parados mayores de 45 años, y un sueldo mensual de 53.010 pesetas durante 10 meses. Sin embargo, hasta finales de agosto, el INEM

había recibido 22.008 solicitudes, de las que aprobó 11.085, rechazó 6.758, dejando pendientes de respuesta otras 3.870.

En otro informe, elaborado por el Consejo Económico y Social (CES), en mayo del 2001, sobre la exclusión social, "el 20% de los españoles vive en la pobreza y sufre las diferencias de subsidios entre comunidades". Un 40% de todas las familias manifiestan disponer de unos ingresos con serias dificultades para llegar a fin de mes, y sólo unas 70.000 familias están acogidas al sistema de RMI, "un sistema que sigue careciendo de coordinación suficiente y está generando desigualdades en función de su territorio de aplicación".[11]

En Catalunya, los resultados son todavía más negativamente concluyentes. Solamente se han presentado 548 solicitudes de un total potencial de 15.380 parados en esta edad. Las 705 denegaciones superan las aprobaciones, aparte de que, a juicio de UGT, "los beneficiarios no habían sido objeto de ninguna gestión encaminada a su colocación hasta septiembre".[12]

Sólo la RB es un derecho no asistencial, y que posibilita que cada ciudadano/a se beneficie de ella permanentemente, es decir en todo momento del año, y todas las veces que es preciso.

A la vista de estos resultados, este sindicato "aconseja modificar el programa, y propone que la medida no sea un derecho <<graciable>>, sino que tenga estabilidad de manera que cualquier persona que cumpla las condiciones pueda recibir la renta en cualquier momento del año, y más de una vez si es preciso".[13] Esperamos que UGT reflexione en algún momento sobre las condiciones que precisamente menciona y se dé cuenta que son ellas mismas las que crean tales impedimentos. Sólo la RB es un derecho no asistencial, y que posibilita que cada ciudadano/a se beneficie de ella permanentemente, es decir en *todo momento* del año, y todas las veces que es preciso.

Sin duda, la mejor apreciación de este tipo de modelo débil la hace el propio Síndic de Greuges de Catalunya: "es un sistema que responde más a una normativa de escaparate, y donde la apariencia prevalece sobre el contenido".[14] Para Toni Negri, es "una de las formas de asalarización de la miseria... un poco de dinero para que los pobres puedan reproducirse sin pestilencia, y no provoquen un escándalo social.[15]

Como resumen de este epígrafe incluiría otra evaluación[16] del PIRMI de Catalunya fundamentada más profesionalmente, que cataloga los cuatro aspectos más importantes de los RMIs en los términos siguientes: de cara a la cantidad estipulada, una *cobertura minúscula*; de cara al objetivo de aliviar la pobreza, un *fracaso total*; de cara a la posible inserción de los beneficiarios, *bastante dudosa;* y de cara a la supresión de los estigmas sociales, *apenas perceptible.*

La protección social y los servicios públicos

Algunos matices a añadir en este "tercer bloque". Hay tres grupos de reivindicaciones que aparecen claras: la universalidad gratuita del transporte público y de lo medicamentos; el uso gratuito del gas, la electricidad y el agua en los casos de necesidad; y que el alquiler de las viviendas públicas se haga en función del nivel de ingresos de la familia beneficiaria. De todas maneras, aquí queremos resaltar que la RBis cubriría todas estas contingencias de una sola vez y sin necesidad de tener que hacer declaración de pobreza ni de presentar la documentación que todas estás políticas suelen exigir. En todo esta tramitación de medidas sociales, hay un gasto burocrático y el frecuente abuso de poder de los funcionarios en los que no debemos incurrir con nuestras reclamaciones. En cuanto a la educación y a la sanidad pública, ya son universalmente gratuitas; si acaso reclamar una mejor y más amplia atención a los ciudadanos.

La Renta Básica, políticamente de moda

De moda, o a la moda, que no lo tengo claro. En 1982, excepto unos cuantos autores extranjeros, nadie daba un duro en el territorio español por el tema de la RB. Todavía es el día que me encuentro vetado en alguna revista pretendidamente de izquierdas por defender la RBis. Sin embargo, estos días sale en la prensa como el Congreso de los Diputados "considera necesaria la creación de una Subcomisión en el seno de la Comisión de Trabajo y Asuntos Sociales para la elaboración de un estudio sobre la viabilidad económica de una renta básica universal. El Gobierno deberá colaborar con el funcionamiento de esta Subcomisión aportando la documentación e información necesaria para el desarrollo de sus trabajos". Hemos de añadir que esta decisión responde a la *Proposición de Ley de creación de la Renta Básica de Ciudadanía* presentada conjuntamente por PSOE/ERC/IU-ICV al 18 de abril del 2005.

Ahora bien, si he de ser claro ante todo este alarde de información, digo que no espero que resulte nada positivo, como no sea alguna propuesta maquillada en forma de limosna pública: en este sentido, conviene recordar

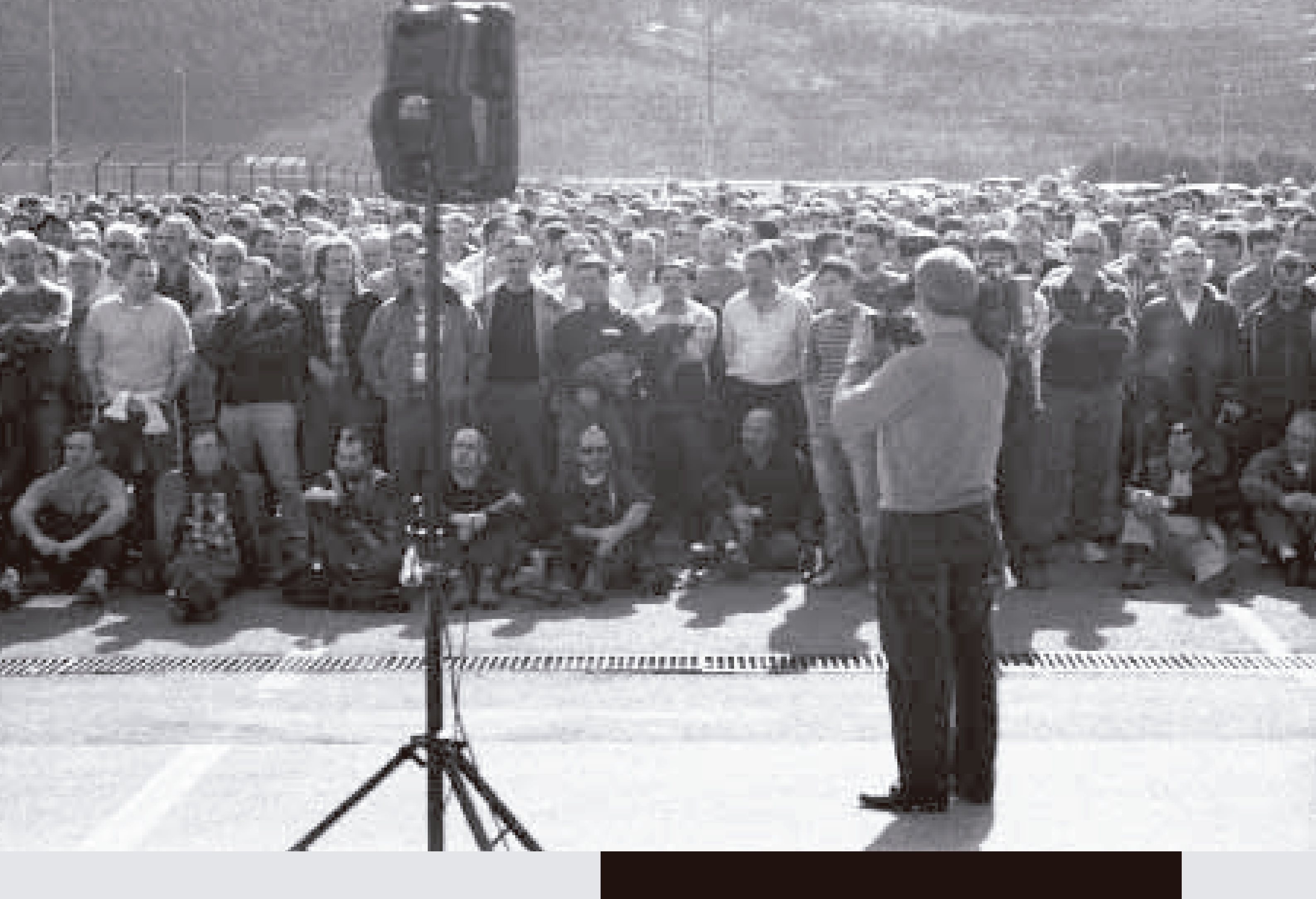
a la gente lo que decía Henry George: "que los políticos son generosos donantes de limosnas". Esto no quita para que, comparadas con las peticiones que se hacen en la Carta de Derechos Sociales que propone la CLPP de la CGT, me parezcan más positivas. De todas formas, en ambos casos, entiendo que los partidos busquen el voto en base a promesas que nunca cumplirán; pero lo que no acabo de entender a estas alturas es la timidez de los sindicalistas de la CGT. Decía al principio que parecía más sencillo negar los hechos que enfrentarnos a ellos.



Notas:

1. Comité de Lucha Contra el Paro (CLPP) Madrid. "Moviéndonos contra la Precariedad". Materiales de reflexión. Núm. 24 mayo 2005. Puede descargar en formato pdf en la siguiente dirección de la página web de CGT:

   http://www.cgt.es/modules.php?name=Downloads&d_op=getit&lid=708
2. Los argumentos pueden leerse en mi trabajo "Del reparto del empleo al reparto de la renta". *Mientras tanto.* Número 61. Primavera 1995.
3. José Iglesias Fernández. ***Las Rentas Básicas: el modelo fuerte de implantación territorial.*** El Viejo Topo. Barcelona 2003.
4. "El sindicalismo alternativo ha de reivindicar ... un salario social equivalente (al SMI) para la comunidad trabajadora que carece de salario o prestaciones por desempleo". En Pepe García Rey. B***ases para el sindicalismo alternativo.*** Libre Pensamiento, p. 31, Número 31, Otoño 1999.
5. Véase ***Proposición de Ley para una Carta de Derechos Sociales.*** Diciembre de 1996. Propuesta respaldada por un grupo de plataformas sociales de la Comunidad Autónoma del País Vasco. Para una evaluación de este texto, véase José Iglesias Fernández. ***Otro punto de vista sobre la Renta Básica.*** Hika, 85zka. 1997ko abendua.
6. Véase el tríptico ***¡Salario social aquí y ahora!*** firmado por ELA (Euskal Sindikatua), LAB (Langile abertzaleen batzordeak) Esk, STEE EILAS.
7. En los artículos que acabamos de mencionar, se reclama la contraprestación.
8. Para ilustrar los aspectos concretas nos referiremos al caso de Catalunya, donde el Decreto 144/1990, de 28 de maig, estableció el Programa interdepartamental de la renda mínima d'inserció (PIRMI), Diari Oficial de la Generalitat de Cataluyna.
9. Dispensada sólo a las personas de forma individual cuando estas viven y constituyen una familia unipersonal
10. José Iglesias Fernández. "La Renta Mínima de Inserción: un caso de beneficencia pública". Reimpreso en ***El derecho ciudadano a la renta básica.*** Libros de la catarata. Madrid 1998.
11. Loreto Setién. El País; 15 octubre del 2001.
12. Antoni Fuentes. ***La renta de inserción sólo llega al 12% de los parados.*** el Periódico de Catalunya, 13 de noviembre del 2000.
13. Antoni Fuentes. ***La renta de inserción...*** Trabajo citado.
14. ***Informe al Parlament de Catalunya.*** p. 153.1989.
15. Negri, Toni. El Exilio. El Viejo Topo. Barcelona 1998.
16. Adelantado, José y Noguera, José Antonio. "Polítiques de serveis socials i rendes mínimes d'inserció:les assignatures pendents de la ciutadania social". En Manuals/Sociologia. ***Govern i polítiques públiques a Catalunya (1980-2000): autonomía y benestar.***



POR UN SINDICALISMO DE ALTA TENSIÓN

Colectivo

Quizás hubo un tiempo en que lo sindical era, o podía ser vivido como, una parte. El empleo, la explotación laboral sujeta a un cierto equilibrio, permitía liberar tiempo en el que recuperar la vida. Lo contradictorio podía compatibilizarse. Hoy ya no, o cada vez en menos casos y en menor medida. Lo cierto es que no sólo lo laboral sino el conjunto de lo social han dejado de ser un problema de "relaciones" para ser algo mucho más constitutivo: no es sólo la forma de establecer mi relación con el resto de la sociedad, de forma especial con el poder que es su realidad, sino que son esas relaciones las que constituyen el "mí", las que me hacen lo que soy; no son algo distinto a mí ni yo soy distinto a ellas.

Seguramente son la precariedad y el consumismo los factores a través de los cuales esa relación invade las vidas. Decir que las relaciones laborales se han precarizado expresa muy débilmente la realidad. La precariedad, que es puesta a disposición y sometimiento ajustado, se traslada, cada vez más, al conjunto de la vida, sin posibilidad de equilibrio que las diferencie, que las haga aspectos distintos.

El segundo factor sería el del consumo, no sólo en cuanto a consumo de bienes y servicios, también de ideas, actitudes, modos de vida ..., un consumo que es, sobre todo, llenado desde fuera. Vivir es consumir y acaba siendo consumir la vida. Pero ese paso tiene una base material, de consumo de productos, de vida dentro y reproductora del modelo social, a la que ha contribuido el sindicalismo. El sindicalismo discute el reparto del PIB, el porcentaje que debe de ir a parar a los salarios contra el que pasará a engordar el beneficio del capital, esa es su tarea. Pero esa discusión puede plantearse en muchos terrenos, no sólo en el salarial, que es el que se ha convertido en predominante en el sindicalismo. Con ese predominio el sindicalismo admite su derrota: lo salarial es compensatorio, es indemnización, y admitiendo su derrota el sindicalismo pasa a ser parte y a contribuir a lo que existe.

Sin aparcar estas ideas, dejémoslas en puntos de vista para descender a los cómos, a los cuántos y a los posibles en que debe desenvolverse el sindicalismo

Enfrentarse o aceptar el chantaje

La única posibilidad de ganar una cierta autonomía sindical es hacer frente al chantaje a que el capital nos está sometiendo permanentemente. Un chantaje que es individual -otro estará dispuesto a hacer mejor tu trabajo, más barato, en peores condiciones- y colectivo –tendré que cerrar, me quitarán la contrata, me llevaré la producción a ... El chantaje no es un farol, la posibilidad de que se acabe cumpliendo es real, el capital ha generado todas las condiciones para ello hasta el punto de que, hoy y tal como estamos, más que una posibilidad real es una posibilidad inevitable.

Frente a este chantaje individual o colectivo sólo caben dos posibilidades: ceder o hacerle frente. Para ceder no hace falta sindicalismo, para hacerle frente sí. El sindicalismo puede dedicarse a racionalizar las sucesivas cesiones o a hacer frente a las exigencias; para lo primero es innecesario, las cesiones ya las razona el capital.

Hay una segunda razón para decidirnos a no ceder al chantaje: a través del trabajo buscamos mejorar nuestras condiciones de vida, y si el resultado viene a ser su deterioro en aspectos tan centrales como el tiempo, la salud, etc., está sirviendo para exactamente lo contrario a aquello que nos decide a trabajar. Y en ese proceso de exigencias y cesiones, el deterioro de las condiciones de trabajo y de las condiciones de vida llega a ser suficiente como para inclinar la balanza del lado de los inconvenientes del trabajo.

En ese permanente chantaje, las exigencias no tienen fin y ninguna de nuestras cesiones podrá aplacarlas definitivamente: ambas forman una espiral que actúa en forma de barrena y cada vuelta exigencia/cesión no hace sino enraizar la barrena en la madera y facilitar la vuelta siguiente. Además, nuestras cesiones nunca impedirán que la amenaza con la que se chantajea se cumpla. El que una multinacional decida cambiar de ubicación sus instalaciones o el que un empresario decida despedir a un trabajador para contratar a otro no depende sólo ni de manera preferente de sus actitudes sindicales. Otros factores son mucho más determinantes.

La empresa acabará haciendo lo que más le interese, lo cual no depende exclusiva ni centralmente de la actitud sindical, pero es en el ínterin donde obtiene la ganancia, es en el chantaje con que lo lleva a cabo donde logra la imposición de sus exigencias y el incremento de sus beneficios, es a través de la cadena de exigencias impuestas y de las cesiones obtenidas como apuntala sus formas de dominación. Y ese es el espacio propio del sindicalismo y el único en el que podemos jugar, el de evitar ese deterioro y esa rodada a la baja. Cuanto más ceda uno para que no le echen del trabajo, en peores condiciones entrará su sucesor; cuanto más cedan unas plantillas para fidelizar las instalaciones, más draconianas serán las condiciones laborales impuestas en el nuevo destino.

Los incrementos de productividad, las externalizaciones, las rebajas salariales, la precariedad de la contratación,... lejos de garantizar nuestra permanencia en un trabajo o la ubicación de una empresa, lo que hacen es facilitar y abaratar los procesos contrarios. No

se puede garantizar el trabajo ganando una carrera de rebajas. Defender las condiciones de trabajo es la forma de defender nuestro empleos.

Las oleadas de Bárbaros

Perdida la puesta en cuestión del capitalismo, el sindicalismo había venido a ser la fortaleza en la que el trabajador defendía sus posiciones dentro de un sistema hostil. La crisis vino a ser el asalto, o por lo menos el asedio, de esa fortaleza. El ariete empleado, oleadas de bárbaros, gentes quedadas fuera tanto de las relaciones de producción como del sindicalismo: desocupados, jóvenes cuya alternativa al trabajo era la calle, jóvenes cualificados y ávidos, inmigrantes... que han ido entrando en el mundo del trabajo a través de la economía sumergida, las ETTs, las contratas y subcontratas, los contratos precarios, o con estatus de segunda contemplados en convenio.

En este nuevo marco laboral, el sindicalismo siguió siendo cosa de la vieja hornada obrera y se dedicó a la defensa de los derechos de los trabajadores con derechos, defendiéndolos del capital, ciertamente, pero también de las oleadas de nuevos trabajadores precarios. Naturalmente ello fue minando la fortaleza obrera pues el deterioro de las condiciones laborales de una parte tira a la baja de las condiciones de la totalidad. Pero además abrió entre los trabajadores una escisión que se mantiene profunda y cuyo sellado debiera ser una de las tareas prioritarias del sindicalismo.

Los contenidos sindicales de resistencia al chantaje y a cada una de sus propuestas, tomadas con seriedad y como aspecto central del sindicalismo, debieran haber constituido un freno que impidiera esa escisión. Pero no lo fueron o no lo fueron suficientemente, en buena medida porque el sindicalismo se preocupó en exclusiva de lo económico –que divide- y no de las condiciones de trabajo –que pudieron haber sido el elemento unificador. Lo cierto es que hoy existen buena parte de trabajadores que en nada participan de las viejas conquistas laborales, reducidas a privilegios de una minoría en extinción. Es el resultado de las reiteradas imposiciones que ha venido ejerciendo la patronal y de las adecuaciones a la baja de la legislación laboral.Una realidad que puede seguir retrocediendo: la directiva Bolkestein, por ejemplo, es una amenaza clara para las condiciones laborales de millones de trabajadores.



Y es en esta coyuntura donde tendremos que seguir oponiéndonos a cualquiera de los retrocesos en materia de legislación laboral y, naturalmente, tendremos que intentar recuperar los niveles de reconocimiento de derechos que a lo largo de los últimos años de liberalismo a ultranza se nos han arrebatado en materia de contratación, condiciones laborales y despido.

A la vez hay que hacer un trabajo por unificar las realidades laborales, en la actualidad diversificadas artificialmente. Hoy está prácticamente admitido que una empresa no atiende a todas sus necesidades mediante contratos laborables directos sino a través de la contratación de servicios, que no son sino una forma de intermediación laboral. En un mismo recinto laboral funcionan empresas diversas con condiciones laborales diferentes, con el resultado que los trabajadores son ajenos entre sí.

Sin duda, aunque hoy sea inalcanzable, el objetivo de la acción sindical en esas condiciones ha de ser la reincorporación de todos los trabajadores a la empresa matriz, que es la que mantiene la capacidad de decisión y la que marca las condiciones de trabajo de todos ellos. Mientras tanto habrá que hacer un trabajo de unificación real de los intereses y de los procesos de movilización de los trabajadores en torno a aquellos cuyas condiciones laborales están más retrocedidas, normalmente los que se ocupan de las tareas menos centrales al proceso productivo de que se trate.

Sin embargo, el sindicalismo que ha mantenido cierto poder y se ha dotado de mayores medios de actuación es el de la empresa matriz y es él el que debe de dar el paso del acercamiento y de puesta a disposición si queremos cerrar esa escisión producida entre los trabajadores. Ciertamente cualquier lucha de la plantilla de una de las empresas secundarias ha de contar con todo el respaldo del sindicalismo y, a través suyo, del conjunto de la plantilla de la empresa matriz.

Esa escisión que se constata en el interior de cualquier centro de trabajo, se agiganta en el conjunto del mundo laboral. Hay sectores que están absolutamente precarizados y sometidos a condiciones laborales durísimas. En algunos de ellos (telemárketing, por ejemplo) por las formas de desarrollar la precariedad (despidos masivos) y por las características de las plantillas (habitualmente más jóvenes y cualificadas) se está desarrollando una respuesta sindical propia, interesante y que hay que incentivar.

El sindicalismo discute el reparto del PIB, el porcentaje que debe de ir a parar a los salarios contra el que pasará a engordar el beneficio del capital, esa es su tarea.

En otros, por el contrario, el enorme retroceso de las condiciones laborales no actúa como generador de rebeldía sino de sumisión, dando lugar a realidades más sórdidas y sindicalmente casi impenetrables. Sería el caso de sectores como hostelería, construcción, cuidados, comercio y otros en los que mayoritariamente se emplean trabajadores de baja o nula cualificación, mujeres, inmigrantes, sectores obreros cuya precariedad no es sólo laboral. Por su incapacidad de generar una dinámica propia, la relación de estos trabajadores con el sindicalismo se reduce (aun en el caso de estar afiliados) a demandas individuales en momentos puntuales en los que sufren delitos laborales flagrantes, habitualmente resueltos mediante la acción jurídica,



en el mejor de los casos respaldada por actuaciones de carácter externo,.

En los dos casos se constata un incremento de personas que acaban por adecuarse a la precariedad, tratando de aprovechar sus ventajas, lo que no deja de ser peligroso por olvidar que es una imposición y que esas ventajas, esas mismas, se pueden ejercer mejor y de forma más controlada y dirigida por el sindicalismo en una situación de estabilidad y garantías laborales. La precariedad induce una mentalidad y unos planteamientos vitales que en no pocos casos acaban interirizándose.

Los recursos sindicales

El poder dar respuesta a las demandas de trabajadores de estos sectores en los que no existe un sindicalismo propio y autónomo, así como la realización de otras tareas necesarias al sindicalismo aunque no sindicalismo estricto (tareas de infraestructura, de coordinación, de participación en temas sociales y generales, etc) requiere dedicarle recursos sindicales que habrá que retraer de otras tareas. Y lo normal debiera ser que fueran los sectores con mayor implantación, los de las empresas grandes, los que tuvieran más que ofrecer.

Frente al chantaje sólo caben dos posibilidades: ceder o hacerle frente. Para ceder no hace falta sindicalismo, para hacerle frente sí.

Naturalmente, no es fácil: cuando nuestra realidad sindical es pequeña porque nuestros recursos son pocos y cuando es grande porque las responsabilidades son muchas, lo cierto es que en cada empresa se generan unas dinámicas que absorben todos nuestros recursos y más absorberían si los tuviéramos. Por eso, aunque la vocación de nuestro sindicalismo es la de no dejarse encerrar en el lugar de trabajo sino la de salir a buscar a quien más lo necesita, el estar abierto a cualquier problema social y preocuparse de lo general, lo cierto es que el equilibrio entre lo concreto y particular por un lado y lo general y común por otro, se rompe habitualmente en detrimento de lo general, llegándose, en ocasiones, a una escisión entre lo que es la organización, su discurso, su imagen y su posicionamiento en lo general y lo social y lo que es su actuación en los centros de trabajo. No llegan a ser dos realidades contradictorias ni existe una dualidad mantenida voluntariamente, pero sí están insuficientemente unificadas.

Sin embargo, lo general, y dentro de ello lo social –en cuanto no específicamente sindical- debiera ser una fuente de enriquecimiento y un arma para el sindicalismo. Es él quien debe sacar sus problemas a la calle, convertirlos en problemas generales y sociales y, a la vez, asumir lo social y lo general. El capitalismo ha ganado su posición en el aumento de desigualdades a escala planetaria, en la competitividad y las guerras, en el incremento de la inseguridad y el individualismo; el control de lo general le ha supuesto un fuerte impulso para imponer sus exigencias en lo concreto y el sindicalismo no recuperará una posición medianamente favorable sin invertir esa correlación.

Esa unificación insuficiente del sindicalismo concreto con lo general no puede ser resuelta más que por una decisión consciente y debe de plasmarse en compromisos mínimos de participación en los cauces organizativos, siendo el objetivo la no escisión entre lo general y lo concreto: que lo general emane de lo concreto y que no se despegue de la realidad, y que lo concreto no quede atrapado por ella.

Las campañas generales

Entre lo general y lo concreto, nuestra organización viene desarrollando campañas generales sobre los temas de mayor calado sindical (precariedad, seguridad, trabajo de la mujer, reforma laboral, etc.), una tarea importante pero en la que nuestras deficiencias son todavía considerables. Para una organización no muy grande es muy difícil dotar a su actuación de una eficacia aunque sólo sea relativa y esa dificultad crece conforme se generaliza el ámbito de actuación.

Habitualmente esas campañas tienen un diseño dado: propaganda con soporte de papel, alguna concentración acompañada de rueda de prensa de nivel local y, en los casos más importantes, una manifestación del conjunto de la organización. No se trata de esquematizar para restar importancia, son actuaciones claves en nuestro modelo sindical.

Con ellas conseguimos testimoniar nuestra voluntad decidida de hacer todo lo que esté en nuestra mano por el tema de que se tratey también perseguimos una sensibilización social. Y todo suma, aunque resulte insuficiente. Pero testimonio y sensibilización son tareas previas, siendo el meollo de lo sindical la presión capaz de condicionar las decisiones, algo a lo que no podemos renunciar de previo en ninguna de nuestras actuaciones.



En estas campañas tendríamos que marcarnos unos objetivos, por mínimos que fueran, y la consecución de esos objetivos, pese a las enormes dificultades para conseguirlos, tendrá que ir condicionando el desarrollo de la propia campaña.

Esos objetivos no tendrían porqué ser únicos. Se supone que esas campañas generales salen de lo concreto y que deben de volver a lo concreto. Seguramente es más factible marcarse un objetivo en una empresa o en un sector o en una localidad determinada, que en el plano de lo general. Si fuera así nos obligaría a modificar el diseño de la campaña: la propaganda utilizada tendría que ser, también, más específica y su desarrollo debería de permanecer más tiempo en esos ámbitos más concretos. No es fácil porque en muchas ocasiones el impulso a lo concreto nos viene del apoyo en lo general, y no se trata de dejar de hacer lo que hacemos sino de mejorarlo. Marcados esos objetivos concretos en lo particular y perseguidos con mayor o menor grado de consecución, sería también más factible proponerse algún objetivo de tipo general y elegir en cada caso la actuación conjunta más adecuada a su consecución.

Esas campañas, que hoy van directamente de los órganos generales a los sindicatos, tendrían que pasar por las federaciones y las confederaciones y por las locales y sindicatos, que debieran hacer ese trabajo de adecuación. Esas campañas lo son del conjunto de la organización, y conseguir la implicación de toda ella en su propuesta, diseño y desarrollo tiene que ser lo que les dote de toda su magnitud. Naturalmente, todo dicho sin tratar de dar recetas y a sabiendas de que el problemas es complejo y diverso.

Unidad de actuación Sindical

Las organizaciones sindicales tienen una estructura piramidal. Convergen, o están menos distanciadas en la base, mientras que se separan conforme se asciende en el esquema organizativo. En este apartado nos referimos a las posibilidades y a la conveniencia de unidad sindical en lo concreto y particular, en cada uno de los lugares de trabajo.

El sindicalismo ha tenido una fuerte dependencia y vocación de unidad o, como mínimo, de mayoritarismo. Era el respaldo de la mayoría de los trabajadores lo que le daba legitimidad por un lado y contundencia y posibilidad de eficacia a su actuación por otro. Hoy la búsqueda de la mayoría para cualquier propuesta de actuación sigue siendo importante y, dado el panorama de diversidad sindical, resulta difícilmente alcanzable sin una puesta de acuerdo, sin un grado suficiente de unidad.

Las posibilidades de esa unidad vienen dadas porque todas las organizaciones sindicales presentes en un mismo lugar de trabajo tenemos unos mismos trabajadores concretos a los que referirnos. La unidad sindical ayuda a la participación y debe quedar ligada al mandato emanado de esos trabajadores implicados que nos sirven de referencia. De modo similar, impulsar la participación de los trabajadores y que sean ellos los que tomen las decisiones sobre sus asuntos es el mejor argumento para conseguir e impulsar esa unidad sindical. Para nosotros es esa referencia a los trabajadores implicados lo que da sentido a la unidad de las

organizaciones, y, de previo, podríamos proclamar que estaríamos dispuestos a aceptar cualquier mandato que emanase de ellos.

El problema de la unidad sindical es, por tanto, el de la participación de los trabajadores; ambos son factores absolutamente imbricados y que se influyen mutuamente. Nosotros tenemos que insistir en la participación porque es donde nos la jugamos.

Pero la participación, para ser viva y real y no sólo formal, además de a la unidad sindical está ligada a la movilización. Si tras un proceso largo y lánguido de negociación aburrida se plantea un referéndum, éste no dejará de ser un proceso de participación y es posible que a nosotros no nos quede otra posibilidad que la de aceptarlo y apostar por él. Pero será un referéndum trampa que coge a los trabajadores desarmados y hartos, sin ofrecerles más posibilidades que la de aceptar lo que le ofrecen o una negativa sin ninguna perspectiva de mejora. Esa participación a deshora, dando a elegir entre lo que hay o la nada, no es la participación a que nos estamos refiriendo. Nos referimos a una participación con cierta continuidad, que vaya dirigiendo su proceso, su voluntad de lucha grande o pequeña en relación al grado de consecución de objetivos que se le oferta. Esa participación, a nosotros nos permitirá apostar por un grado mayor de consecución de objetivos y por la movilización para conseguirla, y nos devolverá a la realidad de la mayor o menor disposición de los trabajadores a respaldarla.

La afirmación de que en unas condiciones de participación real nosotros estamos dispuestos a aceptar cualquier mandato que de ella emane puede requerir matizaciones que no limiten nuestro papel como organización ni nos disuelvan en el asamblearismo. Con todo, debemos jugar a la potenciación de esa participación y ello implica una aceptación de su mandato, aunque diverja de nuestras opiniones, que no puede romperse salvo en casos de contradicción flagrante y profunda ya que es algo que forma parte de nuestro juego sindical.

Pero a lo que no tenemos que someternos es a la suplantación de su decisión, a la no voluntad de apelación a los trabajadores o a los procesos que hacen de esa apelación un camino falso. En esas condiciones tendremos que defender nuestro derecho a la actuación en minoría y apostar por esa actuación, sin esperar a fiarlo todo a un referéndum de última hora en un momento en el que las bazas de los trabajadores están agotadas sin haber sido estrenadas y que tiene mucho de participación trampa.

Cuando la actuación sindical se instala en la pasividad y en la suplantación de la participación tendremos que proponer formas de actuación minoritarias que impulsen simultáneamente la movilización y la participación. Formas de las que tenemos déficit en un sindicalismo habituado al mayoritarismo y a la dicotomía victoria/ derrota que le es inherente. Fórmulas en las que tendremos que arriesgar, buscando el oportunismo de aprovechar el momento y la actuación más propicios que se presenten aun a sabiendas que en muchos casos sólo serán los menos inoportunos;

El capitalismo ha ganado su posición en el aumento de desigualdades a escala planetaria, en la competitividad y las guerras, en el incremento de la inseguridad y el individualismo

arriesgando y rectificando sobre la marcha, con propuestas que en muchas ocasione nos darán la medida de lo real y nos obligarán a ajustarla al alza o a la baja, pero conscientes de que nuestra peor opción es la de aceptar y quedar engullidos en la pasividad que se nos propone.

En definitiva, tendremos que apostar por la unidad siempre que la unidad sindical esté en relación con la de los trabajadores, pero estando dispuestos a jugar en minoría cuando la mayoría apuesta por la pasividad y la no participación, siempre en la perspectiva de generar otras dinámicas.

Por un sindicalismo colectivo e invidual

Retomemos para terminar lo que pretendíamos decir al principio: hoy las relaciones socio-sindicales no son algo externo sino parte constitutiva a nosotros mismos y lo que en ellas acontece no nos afecta en un aspecto parcial sino en la centralidad de nuestras vidas.

Por eso resulta muy insuficiente hablar de recuperar o de inventar unas formas de actuación minoritaria. Lo que es mi vida y mi persona dependen de mí y lo que haga en ese terreno es responsabilidad mía, es mi apuesta o mi renuncia, sin que sea lícita una postura de espera a ver qué hacen los demás o qué me proponen otros. Nuestro modelo sindical y nuestra forma de ejercerlo tiene que tratar de poner a cada uno en esa tesitura: las cosas dependen de ti.

Ante un cambio de horario, un aumento de ritmos, el trato de un encargado o la injusticia que se comete a un compañero se necesita una postura individual clara y activa. Lo que está en juego no permite una actitud de espera en otras instancias, exige una reacción y una toma de postura personal en primera instancia. Ni es fácil ni se trata de pedir actos de heroísmo; entre la colaboración y el enfrentamiento abierto hay un abanico gradual, y se trata de situarse siempre en la gama más alta de rechazo a todo nuevo retroceso. Ante cualquier imposición se trata de generar tensión y distancia a la que puedan sumarse otros, de marcar nuestra disposición a la rebeldía y de plasmarla, aunque sólo sea, en pequeñas medidas de resistencia, de obstáculo, que obliguen al aplazamiento y a la pérdida de eficacia de esa imposición. Sólo desde mi inicial actitud y toma de postura personal activa podré juntarme con otros que estén en el mismo camino convirtiéndola en colectiva. Y sólo desde ella se puede revitalizar o fundar lo organizativo. Lo colectivo y lo organizativo no es algo que esté ahí y nos venga dado, lo hacemos nosotros mismos. Si el punto de partida personal es la pasividad y la instalación en la impotencia, lo colectivo y lo organizativo serán suma de pasividades y de lamentos.

A la vez el sindicalismo debe de estar atento, alentando y convirtiendo en postura sindical todos esos brotes de rebeldía espontánea. Sin ello no hay sindicalismo El sindicalismo actual necesita iniciativa, rebeldía, agresividad. El sistema nos gana por insistencia, por acumulación, por cansancio. Enfrentarse es duro, necesitamos arriesgar en cada nueva causa las dinámicas que nos ha costado mucho tiempo y esfuerzo construir, más en un momento en que el ambiente nos empuja a la acomodación y a no abrir más focos de enfrentamiento.

La fuerza para todo eso sólo puede emanar de lo personal, de cada uno de nosotros. La organización está habitualmente desbordada de problemas y la fuerza para no dejar pasar una nueva injusticia, por pequeña que sea, sólo puede venir de aquél al que le afecta más directamente: su primer gesto de rebeldía, de descontento, de oposición, es la condición para su hacerse colectivo y organizativo.

Naturalmente el sindicalismo (y lo social) debe aspirar a ser colectivo, esto es, a ser mucho más que esa suma de rebeldías individuales concretas, ya que quedándose sólo en ellas permite un amplísimo margen de maniobra a la patronal. A esas rebeldías individuales, la organización tiene que ponerlas en contacto entre sí, enriquecerlas con otras preocupaciones y con otros puntos de vista, hacerlas reflexionar de modo que se ejerzan de forma más planificada y profunda y hacerlas parte de un proyecto que ellas mismas vayan construyendo.

En definitiva la relación entre lo individual y lo organizativo es compleja y no puede plasmarse en algunos párrafos. Con todo, es cierto que, en la actualidad y dado cómo están las cosas y lo que nos jugamos, la aspiración a la mayoría no puede excusar la no actuación en minoría, ni la búsqueda de lo colectivo puede excusar la no actuación personal. Todo lo contrario: sólo nuestra actitud personal puede fundar lo colectivo y sólo nuestro estar dispuestos a actuar en minoría puede fomentar la mayoría.

Una visión Trapera



José María García Bresó

FUNDACIÓN TRAPEROS DE EMAÚS

CORO:
(...) ¿Adónde hemos llegado, pobre Electra, adónde hemos llegado?

ELECTRA:
¿Adónde hemos llegado?

LA MUJER DE NARSES:
¡Sí, explícamelo! Me cuesta entender las cosas. Evidentemente percibo que algo sucede, pero no lo acabo de entender: ¿Qué palabra designa lo que sucede cuando amanece, como hoy, y todo se malogra, todo es pasto del saqueo y, sin embargo, respiramos, y lo hemos perdido todo, la ciudad arde y los inocentes se matan entre sí, pero los culpables agonizan en un rincón del día que empieza a despuntar?

ELECTRA:
Pregúntaselo al mendigo. El lo sabe.

EL MENDIGO:
Tiene un nombre muy bonito, mujer de Narsés.
A eso se le llama aurora.

Jean Giraudoux,
Electra[1]

Siguiendo la línea editorial de Libre Pensamiento efectivamente la pretensión de estos comentarios obedece a un intento de compartir con otros algunas reflexiones que parten del actuar cotidiano en el que "los traperos" (Traperos de Emaús de Navarra[2]) andamos faenando y del que extraemos algunas constataciones que nos brindan la oportunidad de tomar conciencia y construir nuestra vida, individual y colectiva, como sujetos "no estándar" con la "aspiración" de adueñarnos de nuestra propia historia y también de nuestra propia estética.

Y sin duda, por el ansia transformadora de una realidad que nos zarandea constantemente, a nosotros, a todos y a todo, como buenos traperos arriesgamos "rebuscando", entre tanta mezcla que obnubila, confunde, individualiza y deteriora, algunos fragmentos de respuesta en esta constante búsqueda compartida de alternativas que permitan construir y soñar el futuro.

Nada de lo que continua tiene otra pretensión más que compartir una interpretación humilde (parcial y muy limitada) de lo que ocurre a nuestro alrededor y en la sociedad que vivimos. Una interpretación desde el quehacer trapero involucrado en el submundo de lo que se tira como inútil e inservible, de lo que deviene como residuo después de un cada vez más desaforado afán de tener y producir cosas y más cosas que saturan nuestras casas, nuestras calles, nuestro tiempo y arrastran en una espiral absorbente que determina las formas de vida, los deseos, las aspiraciones, incluso las luchas laborales y sociales, y se meten tanto en nuestros "adentros" que se adueñan de la propia identidad, individual y colectiva, y sus más sublimes esencias, identificándonos también como cosas. Cosas que se dicen están hechas para cubrir necesidades, aumentar la calidad de vida, hacer "más feliz" la existencia, generar riqueza, dar empleo... y tras ellas la promoción más despiadada del capitalismo popular y de masas (en el que apenas se diferencia derecha de izquierda) que sitúa en el centro del pensamiento y de los corazones la posesión, "el no ser menos que los otros", la constante búsqueda de ocupaciones que generen ingresos... y en donde casi sin darnos cuenta todos los valores humanos se convierten en valores mercantiles.

Quehacer trapero que nos brinda la oportunidad de saber de la basura que se oculta en vertederos y de las tecnologías interesadas que se implantan para hablar del reciclaje, de los intereses ocultos en la denominada "valorización de los residuos", de la sostenibilidad, sustentabilidad y sus-mentiras, de ese binomio de producción-consumo que se vende como la clave de desarrollo y de riqueza... y de tantas lindezas que visten el lenguaje moderno en la mayoría de los ámbitos sociales, políticos y económicos.

Y también quehacer trapero para saber de las bondades de la reutilización, recuperación y reciclaje desempolvándolas de los intereses mediáticos y su poder publicitario y conectándolas con la ecología más lúcida que nos invita a usar los bienes disponibles y universalizables sin saqueo a la naturaleza, a consumir menos, a despertar la sabiduría ancestral del ahorro y a tomar conciencia que somos parte de la naturaleza y no sus dueños.

Por tanto, desde la actividad de la trapería en ese continuo juego malabar con "basuras" se puede disponer de una buena información de algunos entresijos que recorren el llamado sistema social y económico. En numerosas ocasiones hemos oído a nuestro amigo y querido Mario Gaviria decir que "a la sociedad se la puede conocer por la cara o por el culo", y que el trasero nos aporta datos importantes para definir lo que somos, hacemos y aspiramos, así como los diferentes responsables e intenciones programadas del actual estado de cosas.

Por reciente (Febrero 2006) se puede dar un vistazo al informe de Greenpeace sobre la situación de las basuras en España[3] que, aunque a mi juicio adolece de

matizaciones importantes en los datos y perspectivas, pone de manifiesto el incremento descomunal de residuos, la falta de análisis rigurosos de seguimiento, la ineficacia de legislaciones y planes de actuación y las mentiras del reciclaje, así como los intereses mercantiles y de negocios alrededor de la basura.

En primer lugar el incremento constante de residuos[4], incumpliendo todas las legislaciones y planes de actuación, nos da una idea del consumo acelerado, del derroche y de la insatisfacción continua en la que vivimos.

Crecen los residuos y crece paralelamente la "enajenación" de ciudadanos y responsables políticos. Para ambos "lo que no se ve no existe". Para el ciudadano todo se termina (con más o menos cumplimiento de las ordenanzas municipales de separación) una vez que se deposita la bolsa de basura en el contenedor. Para el responsable de la gestión (que son políticos –igual de izquierdas que de derechas- que en la mayoría de los casos tienen un desconocimiento descomunal y están impregnados del "efecto progreso y desarrollo", del de "imitación para no quedarse atrás", llevados de la mano de asesores y técnicos, también en la mayoría de los casos formados en las ferias y exposiciones de las empresas del ramo que muestras las bondades de los productos de última generación) se enajenan con la implantación de sistemas y metodologías de recogida y tratamiento que hagan desaparecer el residuo con la mayor rapidez, como son incineración o vertedero (según Greenpeace por ahí se "elimina" -¿se elimina?- más del 80 % de las basuras). Todo ello con independencia de costos (que pagan los ciudadanos) y eficacia real, trampeando datos y volviéndose locos por conseguir un punto más en el ranking del reciclaje.

Los ciudadanos separamos la basura, pero ¿preguntamos y exigimos respuestas sobre lo que se hace con ella? ¿Para qué sirve el esfuerzo de tener varios cubos de basura en casa? ¿A quién servimos de conejillos cuando consumimos? ¿Es verdad que todos esos productos que llevan la figurilla del "punto verde", y por los que pagamos, se reutilizan o reciclan?

Y los responsables de la gestión ¿se hacen las preguntas básicas? ¿Se puede evitar generar residuos o por lo menos que no crezcan? ¿Cómo prevenir? ¿Qué se hace y qué proceso siguen esos materiales que se dicen reciclables?

En todos los convenios de las administraciones municipales con Ecoembes[5] se establece una cláusula por la que la entidad pública puede hacer un seguimiento de todo el proceso que siguen los productos responsabilidad de Ecoembes hasta su fase final para certificar que realmente se cumplen los objetivos de la normativa. Dudo que algún ayuntamiento realice y se preocupe por este proceso.

Enajenación por parte de responsables municipales que deriva en irresponsabilidad cuando se desprecia sistemáticamente separar con convicción y tratar "con naturalidad" la mayor cantidad de la fracción que compone la basura: la tan traída y llevada materia orgánica



(entre el 45 y 50 % según zonas sobre el total de los RSU). Y podría tener su explicación:

* Primero porque arrastrados por la fiebre modernista de la tecnología, siempre más cara y no siempre efectiva, se desprecia "lo antiguo y tradicional" como es el clásico tratamiento aeróbico en donde casi solo hay que dejar que actúe el ciclo de la vida.

* En segundo lugar porque el residuo de materia orgánica no tiene dueño productor interesado y sus beneficios económicos son marginales sin que sea apetecible para los buscadores de riqueza. Y aunque las leyes obliguen y se argumente la necesidad urgente

que tienen nuestros suelos, cada vez más a la deriva del deterioro y desertización, de aporte de nutrientes y agentes estructurantes que regeneren la vida, no sirve de nada porque ello no cotiza en bolsa.

Otro tema son los envases y embalajes, los "envoltorios" de los productos que consumimos, que tienen sus



dueños bien definidos y que luchan a muerte por sostener en el mercado su producción pintada de ecológica e inoculando su necesidad en los consumidores.

Ya en los años 70 y 80 la industria de los envases se agrupa por sectores y se adelanta a la implantación de la recogida selectiva promocionando y financiando campañas de recogida de envases (con empresas de comunicación de primera fila como BURSON MARSTELLER) destruyendo lentamente la reutilización y el envase retornable e inoculando la idea de que lo reciclable en la basura es únicamente lo que se deposita en los contenedores de envases (azules o amarillos). Y todo ello siendo estos los que realmente generan el problema de la basura por su diversidad, incrementos, mezclas de materiales, incineración, extracción de recursos....

Y desde los intereses programados (de los que nos informan los envases, textiles, mobiliarios y otros residuos) se ha creado una sociedad superficial de imagen, máscaras y contradicciones en donde se valora más lo que se representa y se tiene que lo que se es y se contiene. Contradicciones que confunden, aíslan y evitan un pensamiento crítico que progrese en la reivindicación y en la estructuración de la propia vida.

Sociedad de fachadas que sitúa en el imaginario colectivo la atracción por lo nuevo, la conservación, lo saludable y la vuelta a lo natural. Y por el contrario se desprecia lo retornable, lo usado, lo que aún es válido y funciona pero que bajo la enorme presión de la publicidad comercial se identifica como sucio, inservible, viejo, con agentes contaminantes... que hay que desechar y sustituir rápidamente para no quedarse atrás y actualizarse, aunque todo ello sean imágenes engañosas proyectadas desde los intereses mercantiles. Se pide que las cosas se conserven, que no se pasen y a la vez la práctica del "usar y tirar" se impone con más ímpetu. Es curioso cómo se le pide a los objetos aquello que se añora y no se sabe hacer como personas.

Es típico el eslogan "le proporcionamos soluciones para que no pierda su tiempo" referido a la venta de objetos que supuestamente ofrecen durabilidad y que ahorran preocupaciones, tiempo, y por tanto dinero. Aunque la verdad es que casi todos los bienes de consumo de hoy están inteligentemente diseñados para que en un breve espacio de tiempo se deterioren o estropeen y su reparación sea más costosa que volver a comprar otro nuevo. Es curioso observar cómo se maneja el concepto tiempo. Con el anzuelo de que "comprando" determinados productos se dispone de más tiempo para la administración propia involucra en una "carrera vertiginosa" por lo rápido, lo inmediato (just in time), las prisas... que certeramente van vaciando de contenido la propia personalidad y poniendo de manifiesto que en realidad no se tiene tiempo para nada, porque en vez de ocupar lo que se ahorra en el ocio creativo, en compartir con otros las preocupaciones colectivas, en pasear, soñar..., se ocupa en trabajar más para ganar más, pasearse por los centros comerciales, ver televisión y consumir más. La cadena de la ocupación de la mente, la necesidad agobiante, el entretenimiento del cuerpo y la explotación de la fuerza productiva está bien montada.

La infinidad de promociones, novedades, modas, diseños de ropas, mobiliario, electrodomésticos, informática..., que se tiran como residuo casi al poco tiempo de su puesta en escena (y casi en perfecto estado de uso o funcionamiento) nos dibujan desde la observación

trapera el universo de la identidad individual y colectiva igualando al grupo social al que se pertenece o al que se sueña con pertenecer (imitación de patrones y modelos de determinadas élites) siempre en una escalada llena de máscaras y engaños hacia la consecución de metas de posesión de objetos y de apariencias. Como por una universo de novedades y vertiginoso cambio o reposición[7] que además de hacernos vivir entre una legión de máquinas inteligentes, que hablan, juegan, se apagan y se encienden solas, se comunican unas con otras y que como si tuvieran cerebro propio van programando el ocio, los quehaceres, los tiempos, la comunicación...,



especie de obsesión por "no quedarse fuera" se siguen las normas dictadas por los intereses industriales que incrementan ese vaciar de contenido la propia personalidad individual y colectiva.

Y a la vez, arrastrados por los mensajes de original, único, exclusivo que conectan con ese deseo de "ser yo mismo", diferenciado de lo otro y de los otros no dejan de manifestar la negación de ese deseo ya que "otros piensan y crean por ti".

Por otro lado y desde esta observación trapera y especialmente referido a los RAEES[6] se manifiestan con facilidad los avances tecnológicos que sin cuestionar, en este momento, su utilidad o conveniencia, abren un incrementan el afán de usar y tirar sin otros cuestionamientos y consecuencias sociales, económicas y medioambientales.

Y entre tantos "bienes" al alcance de la mano (de los que han tenido la suerte de nacer entre ese 20% de la población mundial que consume el 80% de los recursos naturales) que van transformando nuestras casas, nuestras calles, las relaciones sociales, el pensamiento y las utopías acumuladas en la historia de la humanidad y que con rapidez se devuelven a la naturaleza en forma de residuos se impone la necesaria búsqueda de su razón de ser y del por qué de este destino tan lleno de contradicciones.

Iniciar el camino de las preguntas, compartir las visiones (aunque limitadas como ésta), expresar las inquietudes y traducirlas en reivindicaciones políticas y sindicales abre el horizonte para soñar que aún es posible tomar las riendas del pensamiento y de la estética.

Dos aportes en este camino de búsquedas:

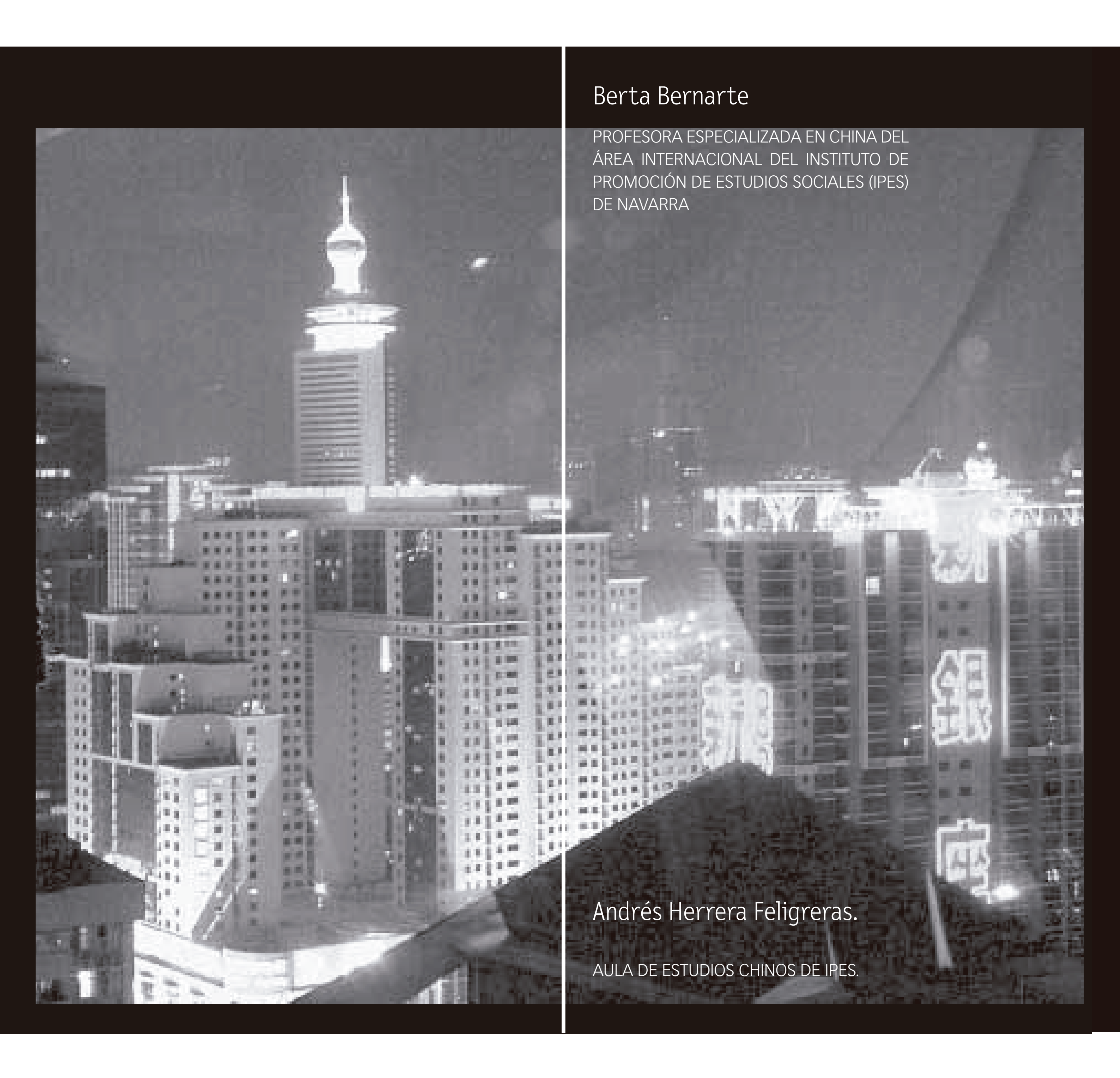
* La necesaria apertura de cuestionamientos en la izquierda referidos a la incursión de ese capitalismo popular y de masas que con una estética consumista y aspiraciones de apariencias van domando el pensamiento e impidiendo la construcción de escenarios alternativos y espacios liberados que permitan ensayar otra forma de vivir y de entender las cosas.

* La necesaria investigación y divulgación de la lógica de un sistema social, laboral y productivo lleno de absurdos e impulsado desde la fría racionalidad intencionada y programada de la Necesidad del Consumo y la creación del Sentimiento de Insatisfacción[8] que no se anda con remilgos y "...requiere que hagamos del consumo una forma de vida, que convirtamos la compra y la utilización de bienes en un ritual, que busquemos nuestra satisfacción espiritual, la satisfacción de nuestro ego, en el consumo.... Necesitamos que las cosas se consuman, se quemen, se desgasten, se sustituyan y se desechen a un ritmo cada vez más rápido"[9].

Notas:

1. Jean Giraudoux citado por Jean Zigler en ***Los Nuevos Amos del Mundo.*** Ed. Destino
2. Fundación Traperos de Emaús de Navarra, colectivo formado por 145 personas trabajadoras muy diferentes, en historias personales, razas, edades, opciones religiosas, sexo... que centra su actividad en la recuperación de objetos y materiales procedentes de la basura. Se puede consultar: www.emaus.net
3. http://www.greenpeace.org/espana/reports/la-situaci-n-de-las-basuras-en-2
4. Solo en la Mancomunidad de Pamplona (300.000 hab.), que realiza un seguimiento constante a lo largo de los años de la generación y evolución de la composición de los RSU, ha habido un incremento general de más del 4% en el año 2005 sobre el 2004; y más de un 24% en el caso de residuos de enseres domésticos, también llamados voluminosos.
5. Ecoembalajes España, S.A. (Ecoembes), es una sociedad anónima sin ánimo de lucro, cuya misión es el diseño y desarrollo de Sistemas encaminados a la recogida selectiva y recuperación de envases usados y residuos de envases, a fin de garantizar el cumplimiento de los objetivos de reducción, reciclaje y valoración definidos en la Ley 11/97, de 24 de abril, de envases y residuos de envases.
6. RAEES, Residuos de Aparatos Eléctricos y Electrónicos regulados por el Real Decreto 208/2005 que obliga a los productores de dichos aparatos a gestionar y financiar sus residuos estableciendo obligaciones en los procesos de diseño y producción.
7. Se estima una producción entre 4/5 Kg./hab./año.
8. ***Non olet.*** Rafael Sanchez Ferlosio. Ed. Destino, pag. 18
9. Víctor Lebow, experto americano en ventas en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial citado por Worldwatch Institute en su informe 2004 sobre ***La Situación del Mundo***. Icaria Editorial.

China, una potencia en desequilibrio



Berta Bernarte

PROFESORA ESPECIALIZADA EN CHINA DEL ÁREA INTERNACIONAL DEL INSTITUTO DE PROMOCIÓN DE ESTUDIOS SOCIALES (IPES) DE NAVARRA

Andrés Herrera Feligreras.

AULA DE ESTUDIOS CHINOS DE IPES.

"La Ascensión Pacífica". El papel de China en las relaciones internacionales

China, una potencia en desequilibrio

Los cambios económicos acentúan las diferencias en una sociedad que nunca ha sido igualitaria

China está viviendo asombrosas transformaciones que han multiplicado su atractivo económico para los empresarios de todo el mundo. Un desarrollo que, si bien ha servido para incrementar el bienestar de millones de personas en un proceso sin parangón en la historia reciente, está generando enormes diferencias tanto entre el PIB de las diferentes regiones, como en las posibilidades personales de acceso a bienes y servicios. En la inmensa China se han multiplicado el número de desposeídos, los "waidi ren", que únicamente dependen de si mismos y de la fuerza de sus brazos, inmigrantes internos, ilegales en su propio país, sin derechos ni papeles, campesinos que van del campo a la ciudad en busca de oportunidades y que suponen alrededor de 150 millones de personas. ¿Cómo es posible que se mantenga la estabilidad cuando las distancias entre rentas y estilos de vida se multiplican? Algunas de las claves se encuentran en el propio pasado chino, en la manera en que se están asimilando las transformaciones sociales y en una dinámica de crecimiento económico que no puede detenerse, a riesgo de provocar el caos.

Precisamente entre los cambios sociales que está viviendo el pueblo chino, se puede destacar una creciente movilidad y una reducción del control férreo de las estructuras puestas en marcha en la etapa maoísta, que proporcionan una mayor sensación de libertad individual, sin permitir ningún tipo de libertad política. De esta forma se anima a la búsqueda de la prosperidad y al consumo, dentro de una retórica nacionalista en la que la creación de riqueza se considera como una forma de engrandecer el país. Cualquier deriva ideológica que se enfrente a las directrices del partido único, se tiñe de un concepto que los chinos han aprendido a temer a través de una visión centralista de la historia y de la relectura de los mitos imperiales: el "luan" o caos. El Partido se presenta como el garante de la estabilidad y de la unidad, que aporta bienestar tangible o, al menos, el sueño de poder alcanzarlo algún día. Todo lo demás, insiste el discurso oficial, son aventuras peligrosas con un final incierto, que rompen la armonía, que sólo generan confusión y a la postre la debilidad del Estado y la desgracia de sus ciudadanos.

Unas desigualdades no tan nuevas

El supuesto igualitarismo que propugnaba Mao, nunca fue real, de ahí que las diferencias sociales actuales produzcan un menor rechazo del que cabría esperar. Tras la revolución se crearon una serie de instrumentos legales que marcaban distinciones entre los individuos desde su nacimiento y que condicionaban su vida diaria hasta en los aspectos más cotidianos.

Una de esas herramientas es el "hukou" que no sólo fija el lugar de residencia de una persona sino también su adscripción a una clase social, (campesino, trabajador, miembro de la pequeña burguesía, capitalista, terrateniente, etc.) que, en su día, determinaba completamente su futuro y sus posibilidades de acceder a un determinado tipo de vivienda, educación o puesto político. Las enormes diferencias entre tener un "hukou" de campesino o urbano consistían en que en la ciudad las empresas estatales proporcionaban de forma gratuita vivienda, alimento, educación o cobertura médica, entre otras ventajas, que contribuyeron a mantener esas desigualdades entre campo y ciudad. Con el "hukou" se restringe el movimiento de la población, a la que no se le permite elegir dónde vivir.

A pesar de sus innegables ventajas, el trabajador de la ciudad no dejaba por ello de estar controlado a través de su unidad de trabajo o "danwei" que, por ejemplo, llegaba a determinar cuando y con quién podían casarse. Esto generaba una profunda jerarquización que está facilitando hoy en día, que una gran parte de la población tienda a aceptar como natural las diferencias, siempre que no se cierre el camino para la ilusión de la

mejora. Si a esto sumamos que la marca de la clase social revolucionaria ha perdido su peso y que la "danwei no vigila cada paso, resulta obvio que se haya generado una mayor sensación de libertad en la vida personal, que, como veremos, no es del todo real.

¿Shanghai, un nuevo Río de Janeiro?

Desde 2001 se ha relajado este férreo control y las personas que logran un empleo estable y consiguen residencia (unos 20.000 pequeños pueblos y ciudades) pueden obtener el preciado status urbano. Pero las grandes ciudades donde millones de campesinos acuden en busca de empleo en la construcción y en los servicios e industrias privadas mantienen las restricciones, aunque las autoridades hagan la vista gorda. De hecho, como ha sucedido en otros países en etapas de industrialización acelerada, la presencia de estos trabajadores es necesaria como mano de obra barata y como garantes del flujo de capital desde las zonas desarrolladas (en China fundamentalmente la Costa Este) hacia el interior, como complemento a las magras rentas del campo. El elemento diferenciador que pretende introducir el Partido Comunista Chino es que no quiere admitir esta migración como permanente y se esfuerza por poner en marcha planes de desarrollo en las áreas interiores que puedan reabsorber esta población flotante, ante el temor a que las grandes ciudades chinas vean multiplicarse los bindonvilles. Su aparato represivo facilita que, cuando es necesario, se expulse a la población sobrante de un área urbana.

Mantener el crecimiento

El actual complejo equilibrio se basa en el mantenimiento de ritmos de crecimiento económico que ronden el 8%, que permitan esta transferencia de rentas y que mantengan a esos excedentes de población joven





ocupada. De ahí que sea difícil que a corto plazo desaparezca completamente el "hukou" que no sólo reduce la libertad movimiento interna, sino que priva de educación, de servicios médicos y de cobertura legal en el terreno laboral a tanta gente.

Una falta de atención social que se está extendiendo en todo el país, incluso en las ciudades, ya que la vivienda, las posibilidades de hospitalización o de recibir una pensión dependían de las empresas estatales, de los centros públicos, del ejército o de la universidad para la que se trabajaba. El desmantelamiento y privatización de gran parte de esta estructura hace que las personas tengan más posibilidades de elegir su empleo, de obtener mejores ingresos e incluso de montar su pequeño negocio, pero también que se vean más desprotegidas. El acceso a médicos y medicamentos, a un buen centro educativo, a un apartamento nuevo y salubre depende del bolsillo de cada ciudadano.

Desequilibrios

A pesar de la creciente libertad de elección, un sistema político autoritario y paternalista, poco transparente, con un cuerpo legal todavía insuficientemente elaborado, facilita el nepotismo y es un mal instrumento para corregir los desequilibrios.

Por citar un ejemplo, en los últimos decenios se ha producido una importante renovación de los cuadros políticos en China, pero las provincias más ricas del Este, sobre todo Shanghai, Jiangsu y Shandong están demasiado representadas, mientras que el Sur que supone el 10% de la población no cuenta más que aproximadamente con el 5,4% de los dirigentes centrales. O las mujeres, "la mitad del cielo" en palabras de Mao, tan sólo representan alrededor del 12% de los cargos, proporción que se reduce conforme se escala en el organigrama del Partido.

Desde las proclamas oficiales, el Centro de Investigación de las Condiciones Nacionales subordinada a la Universidad Qinghua, centro de élite donde se forman los futuros empresarios y dirigentes, reconoce que China se enfrente a cuatro grandes desafíos:

La enorme presión del desempleo y una pesada carga de creación de puestos de trabajo, en una economía que conforme se tecnifique será menos intensiva en mano de obra y más en tecnología y que todavía tiene pendiente la reconversión de sectores como el de la minería o la siderurgia. Además, admiten que es necesaria

El supuesto igualitarismo que propugnaba Mao, nunca fue real, de ahí que las diferencias sociales actuales produzcan un menor rechazo del que cabría esperar.



Un sistema político autoritario y paternalista, poco transparente, con un cuerpo legal todavía insuficientemente elaborado, facilita el nepotismo y es un mal instrumento para corregir los desequilibrios.

una mayor productividad "per capita" y una rentabilidad no sólo basada en los bajos costes.

De ahí que los planes estatales se orienten a reajustar la estructura de la industria, la de los productos y la del comercio. Además, son conscientes de que la inversión deberá desplazarse a los sectores no intensivos en consumo energético y poco contaminantes, dados los crecientes problemas medioambientales a los que se enfrenta China, con, como muestra, ciudades donde es casi imposible ver el sol.

Reconocen que a medida se acelere el proceso de la industrialización y de urbanización, el entorno se deteriorará cada día más, por lo que deben plantearse antes de que sea demasiado tarde un crecimiento sostenible.

Cuatro pilares

Frente a tales retos, el discurso oficialista plantea que China deberá crear una economía del conocimiento basada en cuatro pilares: un mecanismo de incentivos eficientes para la iniciativa privada nacional o extranjera; el establecimiento de una sociedad "empeñada en aprender"; la creación de las infraes-

tructuras necesarias para que circule la información y un sistema de ciencia e innovación.

¿Elementos que juegan a su favor? La propia flexibilidad ideológica del Partido Comunista Chino, su creciente tecnocracia y el convencimiento paternalista de que sólo si se mantiene la mejora de las condiciones de vida tienen garantizada su pervivencia en el poder. La esperanza de una población que sueña con los rascacielos de Pekín y Cantón, su dinamismo, capacidad de sacrificio y espíritu emprendedor. Una dialéctica nacionalista que promete un futuro de grandeza y superpotencia y que culpa a las disensiones que trae la democracia multipartidista de todos los males que aquejan a la sociedad occidental.

¿En contra? Además de los aspectos ya citados las desigualdades regionales, la desprotección de una parte creciente de los ciudadanos, el descontento de quienes han perdido un empleo que creyeron vitalicio en las empresas estatales, la corrupción que encarece cualquier proceso, la falta de garantías legales, el deterioro medioambiental y las dificultades para controlar los abusos de los mandos locales, entre otras dificultades.

Tarea de dimensiones ciclópeas si hablamos de cubrir las necesidades de consumo de más de 1.300 millones de personas, además de solucionar los problemas de empleo antes citados y pretendiendo que los cambios se produzcan sin modificar una estructura de gobierno autoritaria. No hay tarea pequeña en China, donde intenta sobrevivir, en mejores o peores condiciones, alrededor del 26% de la fuerza laboral mundial.



"La Ascensión Pacífica".
El papel de China en las relaciones internacionales

El final de la Guerra Fría, las impresionantes cifras de crecimiento y el lugar que la economía china ocupaba, ya desde mediados de los noventa, en los intercambios globales hicieron que por esas fechas empezara a elaborarse la imagen del dragón que despierta. Tras esta imagen, la idea de que China –potencia emergente del siglo XXI- pretende tomarse la revancha de las humillaciones a las que, durante los últimos 150 años, Occidente la ha sometido. De hecho, el presidente Bush empezó su primer mandato señalando a China como la nueva "Gran Amenaza" antes de que el 11-S lo cambiara todo. Pero más allá de los malabares publicitarios ¿Es China la nueva superpotencia que amenaza al mundo?

> Actualmente China es un agente secundario en la globalización capitalista y un actor político de bajo perfil en las relaciones internacionales, y la pregunta es ¿hasta cuando?.

Desde luego un crecimiento económico próximo al 10% anual y un incremento cercano al 15% en los presupuestos de defensa dan argumentos a los fabricantes de titulares para hablar de la "amenaza amarilla". Por el contrario, todos los indicadores parecen apuntar a que China es hoy la gran fabrica mundial, principalmente de productos de bajo valor añadido, y el proveedor de mano de obra barata de la globalización. Al día de hoy, su dependencia de las inversiones extranjeras es tal que, algunos analistas -de la izquierda, autodenominada, alternativa- han empezado a hablar de recolonización. Según estos análisis al igual que sucedió en el pasado, en el futuro las elites económicas chinas se convertirán en agentes al servicio de los capitales euroamericanos. Este horizonte si bien es posible, es en mi opinión demasiado determinista y obedece a los esquemas analíticos según el cual, el actual proceso histórico nos lleva a una especie de Apocalipsis neoliberal. El hecho es, que actualmente China es un agente secundario en la globalización capitalista y un actor político de bajo perfil en las relaciones internacionales, y la pregunta es ¿hasta cuando?.

Una panorámica de la política exterior China

Desde la proclamación de la Republica Popular China en 1949, la seguridad del nuevo Estado y la integridad territorial han sido objetivos centrales de las autoridades chinas. La política exterior ha estado al servicio de la consecución de estos objetivos, variando en sus 55 años de existencia en función de las características que han dominado en del liderazgo político interno. Así la llegada de Deng Xiaoping a la dirección del Estado en 1978, el ***pequeño timonel*** comparte la visión de Mao sobre la importancia de la relación estratégica con Estados Unidos, pero con una importante diferencia. Si para Mao la alianza con Estados Unidos es necesaria para contrapesar a la Unión Soviética –el enemigo principal-, y garantizar la seguridad de China; para Deng , Estados Unidos es necesario para el desarrollo económico de China. Si para Mao, la amenaza para China es la guerra inminente; para Deng, la amenaza para el desarrollo chino procede del interior, del atraso económico, la pobreza y el subdesarrollo, y la mejor opción para conjurar esa posibilidad esta en crear riqueza y a ese objetivo debe supeditarse toda la política exterior. En ese convencimiento esta el origen de la apertura al exterior, una apertura orientada, en primer lugar, a captar inversiones y tecnología de Estados Unidos.

China va a inaugurar en la década de los ochenta, particularmente desde el Congreso del PCCh de 1982, un nuevo perfil diplomático. Las directrices de la política exterior serán a partir de ese momento los intereses de la nación, abandonando el altruismo internacionalista del pasado y cualquier antagonismo con cualquier nación, optando preferentemente por encontrar formas de entendimiento y avances concretos en los distintos conflictos, en casi su totalidad de carácter fronterizo, que tiene abiertos. La política de Deng puso en marcha

una sofisticada estrategia diplomática basada en la defensa del ***statu quo*** mundial, que le permitió reincorporarse paulatinamente a la comunidad internacional, lograr acuerdos con Gran Bretaña y Portugal para la retrocesión de Hong Kong y Macao y mejorar las relaciones con Taiwán.

La política exterior diseñada durante la era Deng se ha caracterizado por su flexibilidad en las formas, su firmeza de fondo y -desde la consciencia de ser un país atrasado- si bien se ha rechazado ser señalado como el país líder del Tercer Mundo, la diplomacia china trazó un sistema de contrapesos entre Estados Unidos, China y la URSS conocido como "triangulo estratégico".

Jiang Zemin inicio su mandato haciendo frente al embargo de Occidente por los sucesos de Tian'anmen y al retroceso de las posiciones chinas en el exterior, que va a durar hasta 1992 cuando la diplomacia china logra recomponer sus vínculos, fundamentalmente con Estados Unidos con quien construirá una "asociación estratégica constructiva" que ha aumentado la interdependencia entre los dos países. Lograr la asistencia norteamericana, no siempre asegurada, será el principal objetivo de la política exterior china. Una política exterior que, como otras áreas de la política durante el mandato de Jiang, estará al servicio del desarrollo económico, descuidando otras variables de las relaciones internacionales con la excepción de la política de reunificación y la consolidación de lazos entre chinos y taiwaneses, que, sin embargo, no impidió la firme posición de China en bloquear cualquier intento de Taiwán de acceder al sistema de Naciones Unidas.

El legado de Deng y Jiang es el de una China integrada en la comunidad internacional, con una fuerte interdependencia económica de Estados Unidos (sirva como ejemplo el que China esté financiando el déficit estadounidense con más de 180.000 millones de dólares colocados en bonos del Estado americano o que más del 50% de las exportaciones de China a Estados Unidos sea obra de multinacionales estadounidenses) y con un bajo perfil político no exento de contradicciones, especialmente en lo relacionado con políticas de paz y seguridad

¿Y en el futuro?

China como actor político ha renunciado explícitamente a cualquier posición de liderazgo. Baste con examinar el caso de la invasión de Irak para darse cuenta del bajo perfil de China en las relaciones internacionales. No obstante, uno de los grandes temas de los analistas de política internacional es el papel que jugará China en el futuro.

Los análisis se dividen en tres grandes grupos.

1) Quienes creen que China será neocolonizada por el capital euroamericano y quedará reducida a Estado comparsa.
2) Quienes ven a China como un Estado concentrado en sus propios problemas, preocupada por lograr un crecimiento sostenible que le permita sacar a su población de la miseria e integrarse plenamente en la comunidad internacional, tratando a lo sumo de impulsar espacios de integración regional acordes a sus intereses de desarrollo y seguridad
3) Quienes entienden a China como una potencia cautelosa, concentrada en la acumulación del suficiente potencial estratégico, que aspira a lograr la hegemonía regional como paso para restaurar el lugar de potencia internacional de primer rango que le corresponde.

Más allá de las hipótesis, lo cierto es que la transición de la llamada tercera generación de líderes a la cuarta (los nacidos en torno a las décadas de los cuarenta y cincuenta) efectuada entre fines de 2002 / comienzos del 2003 y concluida en septiembre de 2004, cuando Hu Jintao asumió todo el poder –Partido, Estado y Fueras Armadas- ha traído consigo cambios en la política exterior china. Veamos algunos de ellos.

Tercer Mundo. Aunque China sigue renunciando explícitamente al liderazgo, puede apreciarse el giro que Pekín ha dado hacia el Tercer Mundo en busca de recursos. A través de distintas formulaciones diplomáticas, China está profundizando sus relaciones con los países en vías de desarrollo. La incógnita a despejar es si esta colaboración evolucionará o no hacia un liderazgo más activo.

Rusia. La relación entre los dos gigantes se sitúa hoy



sobre nuevos parámetros que han dejado atrás los contenciosos del pasado. Esto no significa la desaparición de tensiones entre Moscú y Pekín, sino que éstas son de distinta naturaleza. No obstante, desde mediados de los noventa existe un fluido diálogo que se ha transformado en acuerdos estratégicos en materia energética, de cooperación científica y de seguridad. Aunque con sus propios intereses, ambas potencias se sienten incómodas con la fuerte expansión de Estados Unidos en Asía Central

Estados Unidos. Todo apunta a que en ambos lados del Pacífico los intereses comunes siguen pesando hoy en día más que los contradictorios. Además, China es consciente de la superioridad de EEUU. Ello no le impide, sin embargo, desarrollar ciertos contrapesos a la presencia estadounidense en Asia. Así por ejemplo, aunque China ha respaldado la lucha antiterrorista y las políticas de seguridad internacional de Estados Unidos, no ha dudado en sumarse a la conceptualización que la ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático) hace de la lucha contra el terrorismo. Para estos países la lucha contra el terrorismo es la guerra contra la pobreza y debe priorizarse la cooperación económica con las áreas menos desarrolladas de la región. La siempre sigilosa diplomacia china, esta construyendo –a través de distintas alianzas en la región- un sutil pero claro mensaje para su socio estadounidense: la seguridad de Asia es cosa de asiáticos.

Europa. La exhibición de poder estadounidense en Oriente medio ha aproximado a China con la Unión Europea. Aunque tradicionalmente desde China se ha dado prioridad a las relaciones bilaterales la aprobación, en octubre de 2003, del *Libro Blanco sobre Políticas hacia la Unión Europea* impulsa la cooperación con la UE. En el nuevo contexto internacional post 11-S, Pekín comparte con Bruselas la preferencia por la negociación en las crisis, pero también asientos clave en los organismos multilaterales. El *Libro Blanco* es además sumamente interesante porque refleja una nueva conceptualización de la diplomacia china basada en la "participación activa" que parece indicar una mayor participación política de China en las relaciones Inter-regionales y globales

Japón. Esta nueva política exterior china tiene, naturalmente, como escenario privilegiado el Noreste asiático, uno de los puntos más calientes del planeta. En estas coordenadas geográficas están implicados los intereses de grandes potencias, una de ellas es Japón, rival histórico de China y que próximamente presentará una reforma de la constitución que posibilitará el rearme japonés, como preludio para recuperar el lugar que le corresponde como segunda economía del planeta. El conflicto con China es cuestión de tiempo, pero además hay que recordar la existencia de dos agentes altamente inestables: Corea del Norte y Taiwán, donde su presidente, Chen Shui-bian, está forzando la tensión con el Continente, que no dudará en "hacer lo necesario" para evitar la secesión de la antigua Formosa.

China busca seguridad, desarrollo económico que le permita salir del atraso, recuperar su rango de gran potencia y que sus posiciones sean respetadas. Un programa que tiene todos los boletos para colisionar con otras grandes potencias con intereses en la zona y para sembrar temor entre las naciones más pequeñas de la región. Es natural, por tanto, que los dirigentes de la "cuarta generación", que se hicieron con el poder en el 2003, apuesten por la "ascensión pacífica", una estrategia a largo plazo, basada en su propio desarrollo, que busca tanto convertirse en la principal economía asiática como incrementar sus capacidades defensivas. La "ascensión pacífica" tiene como objetivo declarado impedir cualquier conflicto evitando dar argumentos a otras grandes potencias para desarrollar políticas de contención. Desarrollo, autonomía y no-conflicto, parecen elementos de una política sabia y que refleja un hondo sentido de la historia y conocimiento de la estrategia. Ahora sólo falta ver cómo encaja con los objetivos económicos y políticos de Japón, Estados Unidos y las potencias europeas.

Para Deng, la amenaza para el desarrollo chino procede del interior, del atraso económico, la pobreza y el subdesarrollo, y la mejor opción para conjurar esa posibilidad esta en crear riqueza y a ese objetivo debe supeditarse toda la política exterior.



Para saber más:

Para ampliar información y datos sobre la evolución de China y su papel en la globalización capitalista y las relaciones internacionales, muy recomendable por desmitificador el artículo de Rafael Poch-de-Felíu "Por qué China no es un dragón" publicado en la *Revista de La Vanguardia* 13-11-2005, del mismo periódico. También el dossier *China, superpotencia emergente*, julio/septiembre de 2002. Imprescindible para todo aquel que quiera seguir la política China visitar la página web del *Observatorio de Política China* en www.igadi.org

Para aproximarse al mundo chino con una perspectiva de largo recorrido histórico: Jacques Gerner, *El mundo chino,* Critica 1999 o también John King Fairbank, *China, una nueva historia,* Andrés Bello editor, 1996. Para un acercamiento panorámico al momento actual, Yolanda Fernández Lommen, *China. La construcción de un Estado moderno, Catarata 2001 o Manel Ollé, Made in China. El despertar social, político y cultural de la China contemporánea,* Destino, 2005; para los que quieran profundizar, Ediciones Bellaterra (ed-bellaterra.com) tiene una estupenda colección de la que destacamos: Kate Xiao Zhou. El poder del pueblo, Geremie R. Barmé. *Las sobras de Mao,* Jonathan Unger (ed.) *Nacionalismo chino,* Lucien Bianco *Los orígenes de la revolución china (1915-1949)*, Taciana Fisac y Steve Tsang (eds.) *China en transición.* Sociedad, cultura, política y economía, Xulio Rios (ed.) *Política exterior de China. La diplomacia de una potencia emergente.* Sobre la problemática de Taiwán, el mejor libro en castellano es el de Xulio Rios, *Taiwán, el problema de China,* Catarata 2005. Para una perspectiva estadounidense sobre el papel de China en las relaciones internacionales Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos estratégicos.* Paidos1998



El Laicismo, principio indisociable de la democracia

G. Puente Ojea

PRESIDENTE HONORARIO DE EUROPA LAICA

Puente Ojea defiende la vocación democrática y de expansión de los derechos humanos propia del laicismo. Argumenta, comentando a Vinet, que en sólo en la conciencia individual, y nada más que ésta, es donde residen las creencias religiosas, y por ello mismo, la máxima libertad para el individuo significa no tratar a las Iglesias como instituciones públicas y, por lo tanto con supuestos privilegios o prebendas, sino como simples asociaciones de individuos (en su caso, de creyentes). El respeto debido a la identidad individual no puede suponer nunca un apoyo ni público ni acrítico a las creencias religiosas que puedan sustentar dicha identidad, y mucho menos a la pretensión milenaria de la Iglesia Católica de ser tratada como ente de Derecho Público.

No me parece adecuado afirmar que el *laicismo* es simplemente una "praxis de la igualdad", pero sí que no es ni una filosofía, ni una doctrina, ni una moral social, como escribe Michel Morineau en el libro *Laicidad* 2000 (p.77). Ciertamente, el sistema de ideas que define el laicismo no puede asimilarse a una fe, ni a una ideología—si con este vocablo se significa, en sentido marxiano, la cobertura intelectual de interéses particulares frente al interés general. Pero es mucho más que una "práctica". Podría aceptarse que designa una "praxis" si ésta se entiende como en sí misma inclusiva de dos dimensiones íntimamente asociadas, a saber: a) una concepción o interpretación teórica de la realidad social; y b) la plasmación fáctica de esa vertiente teorética en la vida colectiva de un entorno determinado. Sin esta segunda dimensión, toda práctica social resultaría ciega, no-significativa.

Si admitimos, como luego se verá, que el laicismo es un principio indisociable de un sistema político verdaderamente democrático, resulta sorprendente que multitud de gentes, y a veces muy cultivadas, ignoren realmente su esencia y sus consecuencias. Esta ignorancia revela la regresión intelectual que sufren hoy los políticos y los legisladores que a toda hora se llenan la boca con la palabra democracia. El principio laicista postula, en cuanto señal y cifra de la modernidad como hito histórico irreversible del autoconocimiento y la autoliberación del ser humano, la protección de la conciencia libre del individuo y de su privacidad, desalojando radicalmente de la res publica toda pretensión de instaurar en ella un régimen normativo privilegiado a favor de cualquier fe religiosa que aspire a "institucionalizarse" en forma de ente público.

El laicismo, como sector relevante de un sistema de ideas, se fundamenta en una ontología, en una filosofía, y en una antropología específicas, que permiten desterrar esa confusa amalgama retórica de lexemas como libertad, igualdad, equidad, etc., sin el menor rigor terminológico. Resulta inexplicable que sea reiteradamente omitida o silenciada la brillante contribución, para una sólida fundamentación del pensamiento laicista, que el filósofo suizo Alexandre Vinet que nos ofrece su Essai sur la manifestation des convictions (1839). Sólo encontré una brevísima referencia a él en la entrada que se dedica al francés Auguste Sabatier (1839-1910) en *Diccionario de Filosof*ía de J. Ferrater Mora, en su cuarta edición. Y al leerle surge de nuevo mi sorpresa al ver que no figura, entre las obras de Vinet que menciona, su precioso Essai, sin duda la de mayor valor para la filosofía política en general y el *laicismo* en particular. Debo mi conocimiento de este Ensayo a la lectura del importante libro del jesuita Joseph Lecler, *L'Eglise et la souveraineté de l'Etat* (París, 1944), que supo valorar la lógica implacable del helvético, aunque no compartiera alguna de sus premisas.

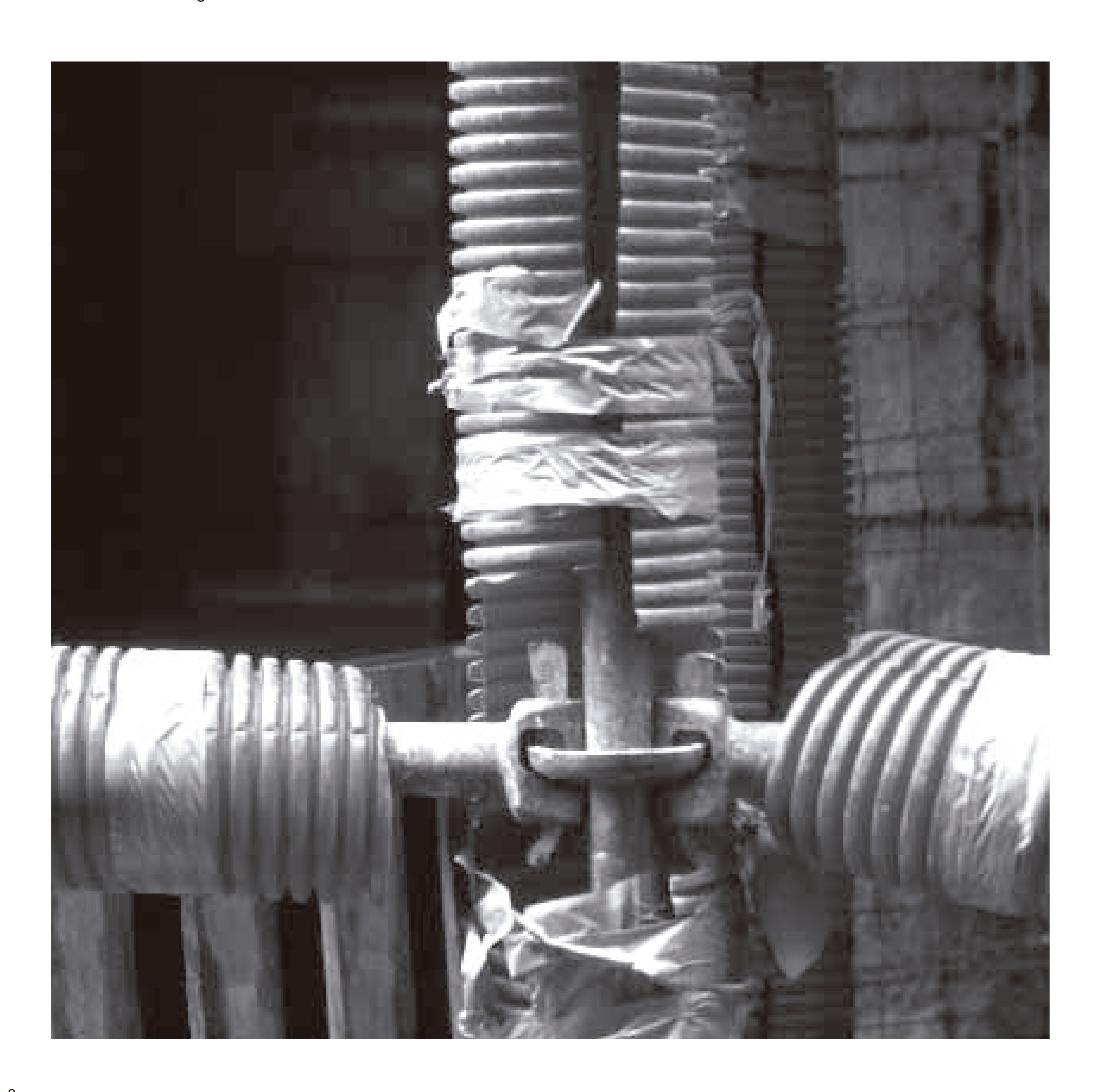
La sociedad no puede tener religión

Vinet nos brinda un riguroso asiento teórico del laicism, como elemento necesario para la legitimación del sistema democrático de libertades. Su esquema conceptual es tan lúcido como consistente, aun reducido a este enjuto núcleo: la sociedad como tal no puede tener religión. «Si la sociedad tiene una religión—escribe Vinet—es que tiene conciencia, ¿cómo prevalecerá la conciencia del individuo contra la de la sociedad? Sólo con su conciencia se enfrenta el hombre a la sociedad [...] Es imposible oponer soberanía a soberanía, omnipotencia a omnipotencia, imposible suponer que de todas las

Es urgente, en aras de la libertad, afirmar con energía que sólo existe un ser dotado de conciencia, y ese ser es el individuo humano.

conciencias individuales y diversas resultaría una conciencia social [...] No, si la sociedad tiene una conciencia es la sede de la religión, si la sociedad es religiosa, el individuo no lo es». Como quiera que es incuestionable que solamente el ser humano como individuo psicofísico, la persona física, posee el atributo óntico de la conciencia y la autoconciencia, sólo él puede ser religioso o profesar unan fe. Este sencillo teorema laicista de Vinet está saturado de consecuencias teórica y prácticas.

A quienes hemos sido educados en la tradición católica, la argumentación diáfana de Vinet nos confronta repentinamente con una evidencia tan insoslayable como inesperada, porque en nuestro repertorio conceptual básico figura, como algo incuestionable, la idea de una Iglesia como sociedad sacramental de fieles a través del bautismo, sociedad que nos integra en creencias recibidas de ella en cuanto sujeto pasivo de una revelación sagrada que instituye un capital carismático que administra e interpreta con la nota de su infabilidad, que los creyentes deben asumir como garantía de salvación. En la proclamación prepascual, la aún no era más que una asamblea escatológica de individuos expectantes ante la inminencia del Reino. En la proclamación postpascual, la asamblea es ya una comunidad santificada, la *ekklesía toû theoû*, el pueblo de Dios, la «raza elegida» según Pedro 2.9-10. Será Pablo de Tarso quien construya el pueblo (laos) de Dios *como sõma tou Xristoû* (Cor 12.12; Efes 1.22-23). El sentido de este *corpus mysticum* cristiano, al margen de su espiritualidad o su referencia metafísica, de hecho *corpo-*



raliza y sociologiza la asamblea de fieles empujándola hacia formas cada vez más *reificadas* de conciencia, e instalando en los creyentes la noción de la existencia de una *conciencia colectiva* que los *funde* en las prácticas de un ritual común. Pese a los esfuerzos teológicos para alegorizar y suavizar el crudo organicismo y sociologismo que late en la eclesiología católica, se presiente la fenomenología religiosa de E. Durkheim y sus sistematización de las *representaciones colectivas,* y la psicología del *inconsciente colectivo* de C. Jung.

La conciencia individual, única sede de las creencias

Frente a la ominosa tradición católica, y a los desarrollos organicistas de los totalitarismos de nuestro tiempo, es urgente, en aras de la libertad, afirmar con energía que sólo existe un ser dotado de conciencia, y ese ser es el individuo humano. Al no existir ni mente colectiva, ni conciencia societaria, sólo el portador singular y único de una mente puede poseer conciencia y albergar en la intimidad de ese fuero íntimo sentimientos y convicciones de orden religioso, es decir, relaciones con supuestas instancias de carácter sobrenatural. Así, sólo el individuo es, en último término, sujeto de derechos, y cualesquiera otros titulares de derechos lo son en cuanto imputables a los individuos. Es en el ámbito de su privacidad donde se configura la personalidad moral y jurídica del ser humano. La sociedad como tal no puede pensar, ni tener conciencia, ni poseer derechos en virtud de su propio estatuto ontológico colectivo. Sólo metafóricamente, y como reunión de individuos, es posible atribuir personalidad jurídica a las asociaciones, empleando al efecto una fictio mentis, y específicamente, en cuanto sujetos de derechos, una fictio iuris. Son "personas" exclusivamente per analogiam, pues los individuos que los constituyen son los únicos entes "imputables" y protagonistas del sistema jurídico. Como las sociedades no pueden tener religión alguna, tampoco pueden tener institucionalización alguna como unidad funcionalmente religiosa en la res publica. Perteneciendo ontológicamente la religiosidad al ámbito de lo privado, los poderes públicos en general, y a su cabeza el Estado o en su caso la comunidad internacional carecen ex natura del atributo de la religiosidad, así como de cualquier tipo de convicciones que habiten el espacio de la conciencia. Es ésta la premisa fundadora del laicismo.

El concepto de un Estado laico no admite ni la práctica de persecuciones políticas o administrativas contra la iglesia o asociación civil alguna que se someta a las normas del Derecho civil común, pero tampoco la concesión de mercedes o privilegios.

Las religiones no pueden ser entes de Derecho Público

Escribe impecablemente Lecler -aunque a fin de combatirlo—«para el liberalismo, la religión es un asunto privado, individual». Este axioma del laicismo tiene su inmediato corolario por la pluma del mismo Lecler: «Una Iglesia no es una institución pública, sino una simple asociación de creyentes. No puede, pues, hacerse de ella una sociedad perfecta, concurrente y rival de las potencias [...] Simple agrupación de conciencias religiosas, no depende en nada del poder civil; sólo le pedirá que le deje vivir, solamente con las condiciones requeridas para el mantenimiento del orden público». Como cualquier otra asociación de individuos, de ciudadanos: desde una asociación de ateos, hasta una asociación literaria, científica, espiritista, deportiva... En el espacio público es necesario practicar un relativismo metodológico como premisa de la tolerancia de quien admite que otro pueda tener razón, aunque en el fuero recóndito de su conciencia tenga la convicción de estar en la posesión de la verdad. Por lo demás, el creyente tiene pleno derecho a difundir su peculiar verdad, pero sin reclamar privilegio alguno para su actividad proselitista en el plano convivencial de la privacidad, y sin invadir el ámbito de lo público. El concepto de un Estado laico no admite ni la práctica de persecuciones políticas o administrativas contra la iglesia o asociación civil alguna que se someta a las normas del Derecho civil común, pero tampoco la concesión de mercedes o privilegios. Concluyendo su comentario al teorema laicista de Vinet, señala Lecler enfáticamente que un Estado auténticamente laico «no conoce a las Iglesias más que para tutelarlas, lo mismo que a otras asociaciones privadas, según las reglas del Derecho Común». Las religiones no pueden ser entes de Derecho Público.

La Iglesia católica, que siempre ha sido y es el más recalcitrante adversario del laicismo, y que se presenta de modo arrogante como una societas perfecta y superior a los Estados, por la suprema misión de extenderse hasta el último rincón de la tierra para predicar la Verdad absoluta y definitiva que le fue revelada en el proceso de la Heilsgeschichte (historia de la Salvación), se ha ido amoldando a los aires de la modernidad, renunciando frecuentemente a la idea del Estado cató-



lico, pero solamente in verbo, nunca in pectore, y aprovechando siempre la ocasión que pudiera favorecerla. Ha tenido que aceptar, por consiguiente, un régimen de separación del Estado, pero procurando que esta separación no sea absoluta y estricta, sino solamente relativa y limitada. Lo que la teología católica formula como un régimen de cooperación armoniosa entre un poder público de orden espiritual (Iglesia) y un poder público de orden temporal (Estado) lo formula siempre con una cierta preeminencia moral de la Iglesia en materias que afectan a los fines espirituales del ser humano. La mencionada "cooperación armoniosa" alcanza en Estados de fuerte tradición católica, niveles y matizaciones diversos. En España, puede decirse que actualmente impera una cuasiconfesionalidad, un criptoconfesionalismo, o una confesionalidad "de facto". En todo caso, una manifiesta violación de la estricta separación de religión y política, según lo exige el laicismo genuino. En mis libros *Elogio del ateísmo* (1995), *Ateísmo y religiosidad* (1997), y Opus minus (2002), hay un amplio desarrollo y compleción de lo tratado en este artículo, en el cual me veo obligado a omitir el tema capital de la enseñanza y la escuela en un sistema laicista.

La conciencia libre, valor supremo de humanización

La vigorosa tradición romántica alemana —aún muy presente hoy en diversas formas— ha privilegiado el término cultura, identidad cultural, en cuanto indicativo del substrato espiritual y comunitario de un pueble (*Volksgeist*), tendencia que en el cesarista Oswald Spengler alcanzó un momentum álgido en contraposición al término civilización en cuanto abstracción universalista de la vertiente racional, científica y tecnológica de la sociedad occidental en progreso hacia metas fáusticas. La convivencia civilizada de los ciudadanos encuentra su origen etimológico y semántico en la forma política de la civitas con su entorno ecuménico, superadora de los pueblos bárbaros, arcaizantes y patriarcalistas o simplemente regresivos. El laicismo entraña por su ideario una vocación universalista, racionalista y civilizadora; y por todo ello, postula el movimiento comprometido con la profundización y expansión de los derechos humanos en un contexto de un universalis-

mo civilizatorio, con los seres humanos en tanto que individuos como principales protagonistas de la historia. La igualdad y la libertad que reclama el laicismo es el desarrollo integral y autónomo de la conciencia libre como valor supremo del proceso de humanización y civilización de los ciudadanos. Estos valores no sólo imponen una elaboración teórica, sino también una estrategia. En la Antigüedad tardía, el limes imperial funcionó a la vez como barrera y como filtro para la lenta romanización de pueblos primitivos, guiados inicialmente por el deseo de botín y pillaje, pero que acabaron por aportar un fresco impulso vital de afirmación libertaria del individuo a una sociedad esclerótica y decadente. En nuestra actual coyuntura de mundialización civilizadora, es necesaria la acompasada contribución de lo que Arnolf Toynbee llamaba el proletariado externo, que mediante su explotación despiadada permite la continuidad de la acumulación capitalista con una alta tasa de plusvalía a favor del Primer Mundo. Los pueblos marginales deber ser incorporados generosamente y sin pausas a la civilización, pero con la mirada alerta contra los riesgos que comportan los ambiguos estereotipos de sociedades multiétnicas, culturas autóctonas, etc., que pueden ser –y ya los son en algunos lugares– los vehículos de implantación de comunitarismo regresivos, frecuentemente de raíz religiosa, que ya comienzan a erosionar los principios laicistas de sociedades avanzadas, o bien a consolidar el incesante trabajo de demolición de estos principios por parte de lo que cabe calificar expresivamente como internacional de las religiones y en vanguardia, los monoteísmos del Libro. Todos los pueblos tienen el derechos de fomentar su identidad en el plano de la privacidad –como lo postula el laicismo- y también el derecho de promover su independencia soberana frente a los coloniajes externos e internos; y a lograrla por la confrontación en el espacio público. Pero su último y primordial objetivo deber ser la emancipación y autonomía del individuo en el marco del laicismo como sistema de validez universal. En todo caso, las minorías étnicas o colectivos inmigrantes en Estados democráticos de Derecho –constitucionalmente laicistas– están jurídicamente obligados a respetar sus normas, sin exigir privilegios. Es este el momento de declarar mi rechazo de fórmulas engañosas y manipuladoras, de las que representan un arquetipo la bautizada como laicidad abierta, que equivale a otorgar un estatuto privilegiado de pluralidad a todas las religiones.

El laicismo entraña por su ideario una vocación universalista, racionalista y civilizadora

Los pueblos marginales deber ser incorporados generosamente y sin pausas a la civilización, pero con la mirada alerta contra los riesgos que comportan los ambiguos estereotipos de sociedades multiétnicas, culturas autóctonas, etc

Contra la Anarquía (o un horizonte para el siglo XXII)

Iñigo Elortegi



"Yo os digo, que si no veis una casa con alas de mariposa como la veo yo, no estáis viendo casa alguna".

Cada cierto tiempo, la mayoría de las cosas sino todas, acaban por enfrentarse a su propia actualidad, a la apremiante vigencia, aunque esta sea endeble o caótica. Ser el presente o participar al menos de él es, además de urgente, imprescindible para incorporarse al futuro.

Al albor del desalentador paisaje ideológico que a modo de tifón va dejando el liberalismo global, los lugares ideológicos parecen atravesar una crisis acuciante. Sin embargo cabría preguntar, ¿se trata de una crisis de sus pilares y valores o es una ausencia de alternativa pausible a lo real? Ambos factores explican hoy en día el por qué del debilitado discurso del socialismo clásico -o lo que es hoy la socialdemocracia- ya enmarañado en el centro político liberal. Al anarquismo no le ocurre lo mismo, o más bien no de la misma manera. Aunque no participe de ellas, hoy hay formas políticas muy activas que parecen inspiradas bien en el clásico o en el más cercano Anarquismo. Se trata de un movimiento libertario que ha superado el anarquismo, que no se define como tal –incluso quizá tampoco se defina libertario-, y que tiene en su forma una vasta riqueza cultural, política, participativa y que es consciente de la necesidad de organizarse globalmente.

Todo ello forma un extenso archipiélago libertario en el que lo más clásico del anarquismo es residual o ridículo como fuerza, aunque sí fuente de inspiración. De esta forma, el anarquismo no es actual pero, en contra de lo que les sucede a otras ideologías, su derrota puede abonar pequeñas victorias quizá en otros campos de batalla ideológicos en curso.

La no actualidad del anarquismo es una necesidad. A modo de imagen, cuanto más muera el anarquismo, más aportará a la necesaria alternativa libertaria que de alguna manera está en curso.

Qué conceptos

Cada colectivo anarquista ofrece su propio análisis de lo actual. Y no es extraño aún que haya a veces una nebulosa terminológica que utilizada por colectivos e individuos confunda lo anarquista con lo libertario.

Lo anarquista no ha sido ni es en la actualidad tan variopinto como su discurso presume. La uniformidad anarquista es más difusa que la marxista a fuerza de conceder heterogeneidad a sus formas pero no a sus principios. Estos han estado enraizados, frente al pretendido carácter científico del marxismo, en un imaginario muy religioso de "la Idea". Y por ello, no es extraño que el carácter revolucionario del anarquismo haya ido en paralelo o suplantado con un adventismo de clase.

Durante años el debate sobre la actualidad del anarquismo ha venido dado a la sombra fría que sufría lo más llamativo del anarquismo o sus alrededores: las organizaciones que se definían anarcosindicalistas[1]. Junto a ellas, multitud de agrupaciones y colectivos conforman una galaxia quizá vigorosa pero desenlazada, muy pendiente de mantener su espacio y carácter específico. Todo ello no forma un todo y sus partes tampoco pueden sumarse. Esa imposibilidad explica en parte la fabulosa resistencia con la que el anarquismo ha hecho frente a los avatares represivos y modernizantes del tiempo. Esa existencia desconexa y deslavazada también explica su falta de influencia como fuerza fáctica en la sociedad. Todo ello al margen del marcado carácter vivencial del anarquismo que incide más en el "ser" anarquista, en una conformación moral del humano, más que en una práctica política.

Pero a pesar de su compartimentación, de su fisonomía celular, el anarquismo ha hecho de su existencia una trinchera en la que ya pocos combaten pero de la que, curiosamente, salen ideas. Un éxito para quienes viven el apostolado del anarquismo pero que no oculta una realidad algo paradójica.

Tras cada refundación, sonaban los ecos del desplome. El desplome total de la izquierda parlamentaria

llegó con el "descubrimiento" del centro político. En él, la socialdemocracia venía jugando desde hacía décadas, pero su colapso ideológico nunca había sido tan evidente como en los recientes tiempos globales. Y en la búsqueda de alternativas globales que no hayan sufrido una severa deslegitimación, es donde se han dado formas filosóficas, de protesta, de organización que recuerdan al anarquismo.



No es un regreso del anarquismo y ni esta es una victoria suya. Aunque sea totalmente justo reconocer que fue el anarquismo la ideología que preconizó esos instrumentos hoy en ascendente auge. Y que lo hizo nada menos que hace dos siglos.

Lo actual

Aunque no es el tema en cuestión, viene a cuento lo añorante y desconexo que resulta en su temporalidad el discurso de buena parte de los actuales colectivos que se definen anarquistas. El suyo es una constante llamada a permear espacios de lucha como la okupación, la insumisión, el antimilitarismo, el ecologismo, agotados todos ellos desde hace tiempo y que el Poder bien ha asimilado o neutralizado. Es más un canto de sirena, un querer volver a ocupar luchas antaño movilizadoras pero hoy residuales. Si estos cauces de participación son, desde este punto de mira, ya endebles, no menos sorprendentes son sus estrategias futuras, fundamentadas en el impulso de asociaciones de vecinos o formas asamblearias del estilo[2]. No es esto lo común del anarquismo, pero sí un análisis muy común y sintomático en la geografía anarquista. Porque, curiosamente, conforme el tiempo pasa hacia el futuro, el anarquismo ofrece proporcionalmente cauces y líneas estratégicas pretéritos. Alguien pudiera dudar si el anarquismo en vez de proponer la revolución para el futuro, lo que hace es ensanchar el tiempo hacia el pasado.

Al anarquismo le abate un interiorismo histórico un tanto claustrofóbico visto desde fuera. Pretende en

buena medida ofrecerse al presente comprendiendo lo que fue en el pasado de hace casi un siglo. Su particular recuperación de la memoria incide en saber de sí. Su futuro es el futuro que puso en marcha y le fue truncado. Aunque en ese futuro participaran toda suerte de colectivos no necesariamente anarquistas.

Porque el anarquismo, lo quieran o no sus creyentes, ha vivido mezclado, influido, ha recibido virus enriquecedores, se ha escorado, ha albergado corrientes híbridas, posibilistas, férreas, puras, impuras. Por el contrario, no ha sido tan variada y fructuosa su influencia hacia el exterior. El anarquismo salió al exilio para exiliarse de alguna manera en sí mismo. Ha creído gozar de suficiencia ideológica, y al ver pasar los tiempos, ha derivado titánicos esfuerzos más en hacer enciclopedismo de su trayectoria que en sumarse al futuro y contagiarlo.

Lo libertario

Es imperiosa necesidad que lo libertario profundice y analice sin descanso su pensamiento a modo de ciencia social. Únicamente así podrá consolidar su naciente vigencia y su futura salud.

A lo libertario no sólo le atañe esclarecer y denunciar las relaciones de Poder y los intereses de las élites inmersas en el discurso objetivo social. Debe plantear también la alternativa al funcionamiento legislativo, jurídico, ordenativo en suma, de lo que se propone transformar[3]. Y plantearlo huyendo de los reduccionismos ideológicos.

Hoy, el conjunto de los símbolos ideológicos de lo libertario en nada se parecen a los del siglo XX. Porque lo libertario se organiza en los novedosos frentes del capitalismo de la era tecnológica y global. El antagonismo entre ricos y pobres existe, pero se manifiesta también y cada vez más en esferas antes inexistentes. La lucha por el Copyleft, el software libre, la ciber-organización frente al liberalismo, son luchas enlazadas que forman parte de la lucha del hoy y del mañana al capitalismo. Se añaden a las ya clásicas en el campo laboral, la exclusión y los derechos sociales. Ellos son, no unos, sino todos los laberínticos senderos de lucha en pleno siglo XXII.

Quiero concluir con una cita de Tomás Ibañez referente a lo que pueden hacer los anarquistas por el anarquismo: "lo ayudaremos si comprendemos que `los nuevos anarquistas` sólo pueden ser "anarquistas" desde la más irreverente falta de respeto por el anarquismo instituido. Y aún lo ayudaremos más si renunciamos a apresar dentro de la propia etiqueta de `anarquismo` aunque sea `nuevo`, lo que hoy se está creando"[4].

El anarquismo con su vestigio incaduco pero marginal vivirá porque es parte del pensamiento político humano. Serán baldíos los esfuerzos por atraer fuerzas al Anarquismo. Si acaso más positivo lo contrario en aras de engrosar ese movimiento libertario (este sí) que se está gestando a velocidad de muchos Kilobytes por segundo.

Notas:

1. Creo preciso clarificar las categorías anarcosindicalista y anarquista. Las organizaciones que hoy se definen anarcosindicalistas no son en absoluto anarquistas. Incluso las que así se consideran no lo son, pues si quieren ser meridianamente eficaces han tener que utilizar los recursos estatales para solventar los conflictos laborales. El hecho de que ninguna organización pueda hacer la revolución—a causa de su poca significancia numérica-- las convierte de facto en pragmáticas. Es decir, la acción directa, la recurrida huelga revolucionaria y demás son imposibles en el contexto actual. Conceptualmente es absurdo que un sindicato de carácter revolucionario pretenda ser anarquista, pues la adhesión ideológica contradice la aspiración de ser la casa del proletariado.
2. "La anarquía que viene", Ateneo Libertario de Sant Boi, La Lletra A, nº 57.
3. "Un nuevo anarquismo", Andrej Grubacic, El Viejo Topo, nº 202, Enero 2005.
4. "¿Es actual el anarquismo?", Tomás Ibañez, La Lletra A, nº 61, Sep. 2003

DE LA RED LIBERTARIA A LA RED PARA LA LIBERTAD

Si hay una empresa en Red, ¿por qué no un gobierno igualitario en Red?



Manuel Casal Lodeiro
CONSULTOR DE INTERNET)

Aunque desde los comienzos de la Red han sido muchos los autores que la han calificado de entorno *libertario*, poniendo el énfasis en su carácter *no controlado*, ¿alguno se ha detenido a considerar sus verdaderas potencialidades para facilitar una revolución social de carácter anarquista que culmine en una nueva organización de la sociedad basada en la igualdad y la solidaridad?

Son miles las páginas que se han escrito sobre los beneficios de las nuevas tecnología (NNTT) desarrolladas a partir de la mediados del siglo XX para el aumento de la eficiencia en todo tipo de empresas e incluso en la administración pública. Pero encontraremos muchas menos que apunten a su uso social, para una *mayor eficiencia* democrática o como medio para extender las libertades y la igualdad, más allá del tantas veces cacareado y muy relativo aumento de la libertad de expresión que proporciona Internet, y los experimentos a favor del voto electrónico, siempre dentro de los esquemas de las democracias representativas burguesas.

Sin embargo, en mi opinión es hora de repensar los usos de muchas de estas tecnologías a la luz de las teorías sociales y políticas clásicas, a las cuales pueden dar un sorprendente nuevo vigor. Así, cuando consideramos la utilidad de una tecnología como Internet dentro de un esquema anarquista de organización social (política y económica) podemos descubrir una potencialidad inmensa, donde la palabra clave es descentralización.

El uso anarquista de la tecnología

Si tenemos en cuenta que un aspecto fundamental en una concepción anarquista de la sociedad es un gobierno horizontal y totalmente descentralizado, tanto de la gestión social como de la economía, veremos que encaja a la perfección con las funcionalidades de una red como Internet, nacida para ser distribuida, descentralizada y autónoma. ¿Tenían esto en mente Vinton Cerf y Robert Kahn cuando definieron en los años setenta los protocolos TCP e IP, base de Internet? ¿Eran en realidad unos científicos criptoanarquistas infiltrados en la Advanced Research Projects Agency de la defensa estadounidense? Parece una teoría descabellada, ciertamente, pero lo que no se puede negar es que con mucha frecuencia las utilidades de un invento escapan a los objetivos iniciales de sus autores o promotores.

Es hora de que los movimientos contestatarios del altermundialismo conjuguen las viejas utopías con las nuevas posibilidades de la técnica y no dejen en manos exclusivamente de las grandes compañías comerciales los beneficios de sistemas como Internet, la telefonía celular de 3ª generación, la TV digital interactiva, los sistemas ERP de planificación y gestión de recursos, y tantos otros como han aparecido en los últimos años. Del mismo modo que las empresas, los moviemientos sociales (sobre todo aquellos que pretendan ser revolucionarios) deben aprender a redefinir sus objetivos y estrategias en función de estas posibilidades tecnológicas y no limitarse a usarlas para una simple mejora de su gestión o de su eficiencia. Por ejemplo, el uso de un sistema ERP no sólo sirve a nivel interno para gestionar de forma óptima los recursos que emplea en su día a día un sindicato o una cooperativa, sino que en teoría podría ser una herramienta fundamental para organizar según un esquema comunista libertario la producción de toda una industria dirigida por los propios trabajadores.

Al fin y al cabo el anarquismo, tal y como se define en diversas corrientes y modelos desde Bakunin y Kropotkin, es un modelo de sociedad altamente organizado (debo aclarar en este punto que me refiero a los modelos anarquistas que implican colectivización y autogestión, y donde el anarcosindicalismo sería el paradigma, y que dejo fuera de este análisis las tendencias del anarquismo individualista, cuyo potencial uso de la tecnología merecería un artículo aparte). Y ahí donde hay un alto nivel de organización es donde las NNTT más pueden aportar. Los sistemas de decisión mayoritaria a escala local, los sistemas de delegados, la federación de unidades organizativas, etc. son problemas que desde hace años están resueltos tecnológicamente en sus análogos empresariales. De hecho, el que estén siendo ya usadas estas soluciones a nivel de la esfera económica privada facilitaría enormemente la incorporación de estas empresas a un sistema controlado desde abajo por los trabajadores, no como en las colectivizaciones que se han llevado a cabo en momentos diversos de la Historia: ahora sería muchísimo más fácil la transición pues casi todas las empresas ya están preparadas técnica y organizativamente para una gestión democrática en red, aunque la propiedad siga siendo privada (propietarios, accionistas, comités directivos).

Así, cuando consideramos la utilidad de una tecnología como Internet dentro de un esquema anarquista de organización social (política y económica) podemos descubrir una potencialidad inmensa, donde la palabra clave es descentralización.

Si la empresa ha cambiado de paradigma y de la jerarquización de la Era Industrial se ha pasado al trabajo en Red entre unidades autónomas de la Era de la Información o del Conocimiento, ¿qué impide aplicar esa



misma evolución y filosofía organizativa a los sistemas de gobierno y sustituir el Estado jerarquizado actual por un conjunto de unidades libres organizadas como una red de iguales?

Los primeros pasos en esta dirección podrían estar ya dándose: redes de movimientos sociales que debate y se organizan por Internet, redes de comercio justo que gestionan desde la producción al consumo final por medio de sistemas de e-commerce, cooperativas y kibbutzim gestionados mediante aplicaciones de software inteligentes, etc. Hace falta extender la ambición y alcance de estas iniciativas, conectarlas unas con otras y atacar el intocable concepto de la organización social, política y económica. Se está avanzando desde abajo, mediante la autoorganización de los marginados del sistema, como en toda auténtica revolución.

> Es hora de que los movimientos contestatarios del altermundialismo conjuguen las viejas utopías con las nuevas posibilidades de la técnica

Ideas de partida para un anarquismo de base tecnológica

Estas ideas que he tratado de exponer encajan con las de diversos pensadores anarquistas del siglo XX que consideraban necesaria una reintegración de las ideas anarquistas a la modernidad. Así ,Noam Chomsky considera que estas ideas políticas y sociales son las *"adecuadas para una sociedad industrial avanzada" y* que, de hecho, *"el anarquismo sugiere ciertos principios de organización extremadamente realistas, una especie de evolución natural, con un nivel alto y suficiente de tecnología y comunicación"* [Conversaciones Libertarias, de. Madre Tierra (1994)]. Es la línea ideológica del anarcosindicalismo y del comunismo espartaquista de Rosa Luxemburgo, Anton Pannenkoek, etc. Chomsky lo explicaba con claridad ya en 1975:*"La industrialización y*

el avance de la tecnología han traído consigo posibilidades de autogestión como jamás anteriormente se habían presentado. Creo que el anarcosindicalismo nos brinda precisamente el modelo más racional de una sociedad industrial avanzada y compleja en la que los trabajadores pueden perfectamente tomar a su cargo sus propios asuntos de un modo directo e inmediato (...) y tomar las decisiones más sustanciales sobre la estructura económica, instituciones sociales, planeamiento regional y suprarregional, etc."[ibid].

Los puntos que cito a continuación no pretenden ser más un punto de partida para un necesario análisis y reformulación del uso de las NNTT para la construcción de una sociedad más justa, libre e igualitaria, basada en la filosofía del anarquismo. Pueden ser las bases de una nueva alianza entre las viejas utopías sociales y las nuevas realidades tecnológicas:

- Internet facilita la (auto)gestión descentralizada.

  Las aplicaciones modernas de gestión empresariales (ERP, SCM, CRM, etc.) son fácilmente adaptables y escalables a la gestión de un sector industrial en conjunto, una ciudad, un país, etc.
- El uso de estándares de intercambio de datos, como XML, permite interactuar a todo tipo de aplicaciones de gestión y organización, sin obligar a su uniformidad ni a su gestión centralizada.
- El desarrollo de aplicaciones desde la base, fundamental en el concepto de software libre, permite a los ciudadanos autoorganizarse armados de potentes herramientas tecnológicas sin depender del conglomerado empresarial-institucional.
- Las herramientas de trabajo en grupo (groupware,

El anarquismo sugiere ciertos principios de organización extremadamente realistas, una especie de evolución natural, con un nivel alto y suficiente de tecnología y comunicación





Para suscribirte, copia o envía este cupón a:

Libre Pensamiento
Sagunto, 15
28010 MADRID

o envía un e-mail a:

distri@acontratiempo.org

Deseo suscribirme a la revista Libre Pensamiento, al precio de 12 euros por 3 números, (para el extranjero, la suscripción es de 16 euros para 3 números) y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

☐ Domiciliación bancaria (Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto) ☐ Giro postal

A partir del número .... Nombre .... Apellidos ....
Domicilio particular .... Población .... C. postal ....
Provincia .... Teléfono .... País .... Fecha ....
Firma:

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Nombre ....
Apellidos ....
Domicilio ....
Población .... C.P.: ....
Provincia .... Teléfono ....
Banco/Caja de Ahorros ....
Domicilio de la Agencia ....
Población ....
Provincia ....
Titular de la cuenta o libreta ....
Domicilio ....
Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por CGT.

Nº Banco ☐☐☐☐ Nº sucursal ☐☐☐☐ D.C. ☐☐ Nº Cuenta ☐☐☐☐☐☐☐☐☐☐

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.

51




HELP WANTED